

La polla de Heraclio

Cresencio Montoya Cortés

La polla de Heraclio

Cresencio Montoya Cortés



La polla de Heraclio

Cresencio Montoya Cortés

Todos los derechos reservados por el autor.

Registro en trámite ante la Dirección General de
Derechos de Autor de la SEP.

Primera edición:

1000 ejemplares.

Edición digital

Marzo 2010

Creativos7editorial

Baila 871 Col. Gral. Antonio Rosales

Culiacán Rosales, Sinaloa, México. C.P. 80230

E-mail creativos7editorial@hotmail.com

Tel. 016671-4556615

Cel. 667-1757817

Diseño editorial y diseño digital

Pablo Reynaldo Pacheco Moreno

Revisión gramatical:

Giselda Ibarra Fierro

Diseño de portada:

Gilda Mariot Vidales Ibarra

LOS LIBROS HACEN HOMBRES LIBRES

Hecho en Sinaloa

Printed in Sinaloa

DEDICATORIAS

Para los que me dieron la vida.

Para quienes hacen, con su afecto, consideración,
cariño y tolerancia, que siga por los caminos sinuosos
de la vida.

Chapo Celso +
Doña Chayo +

Manny

Canor
Raffy
Crescien
Rity

Canorcito
Felipillo
Mellina
Alex
Bodoquito
Leonelito

Para el M. C. César Arturo Palacios Mondaca, quien
cuidó de la Polla, durante diez años.

A Don

Arturo Avendaño Gutiérrez

Cronista de Guamúchil,

gran amigo

PROLOGO

Crescencio Montoya Cortés es uno de los escritores más populares y simpáticos de nuestro municipio, ha sabido acoplar con mucha habilidad su tarea de docente con la de literato y su primer libro llamado *La Polla de Heraclio* ha salvado la frontera del editor y se entrega ahora, al juicio de los lectores.

En sus andares por el valle y el litoral de Angostura, *Chencho Montoya* ha recogido de todos los lugares fragmentos del habla popular, particularmente la angosturensis y ha armado un relato tan sensible y conmovedor que devuelve los enganches de los que han pretendido enriquecer la lengua nativa, terminando por empobrecerla.

Nada honra más a un pueblo que la fidelidad a su lengua materna, a esa lengua originaria que ampara la comunicación y justamente, al través de la comunicación se nutren los vínculos que consolidan la identidad de la sociedad humana.

Chencho Montoya ha articulado pues, una historia digna de ser leída, donde los personajes adquieren tal lícitud por la fuerza expresiva de la lengua madre, que se funda en el náhuatl y la derivación del cahita.

Juanita es el personaje central del autor. Se trata de una anciana que se acerca al siglo de vida con una lucidez gallarda y una malicia ranchera plenamente consolidada. Nada de lo que ha sucedido en la región le es ajeno a esta mujer, verdadera hechicera que advierte el eclipse de la Luna y la pisada ominosa del gato en

lo profundo de la madrugada. Ella ha sido testigo de los días y las noches de un pueblo en evolución. Desde la atalaya de su silla de vaqueta, recostada contra la pared de adobe crudo, ha visto pasar arrieros por el callejón cargados con sal de El Playón; también ha presenciado fiestas de la primavera y velorios con acompañamiento de jinetes rumbo a Alhuey.

Pero *Chencho Montoya* tuvo la suficiente persuasión para que la anciana le contara otra historia. No se hizo del rogar y le dijo *acércate para contarte lo que fue mi vida en el pueblo.*

Contó su historia predilecta, la que conservaba con mayor nitidez en su memoria. Siendo una niña conoció a Heraclio Bernal, un personaje de la historia sinaloense tan atractivo por lo contradictorio. Fue un bandolero para los ricos y un rayo justiciero para los pobres: ¿Héroe o bandido?

Juanita celebró su fiesta de quince años en una reunión campirana, fundamentalmente familiar, amenizada por su tío Loncho con su *cochi* y el tío Cipriano con la guitarra. Nico, medio hermano de Juanita, cantó canciones de la sierra, ahora olvidadas. Heraclio Bernal dijo que todos habían cooperado para la fiesta de la muchacha y que él no quería ser menos. Alargó la mano depositando en las de la festejada *cinco alazanas.*

Heraclio Bernal oyó cacaraquear a una pollita abada y preguntó quién era el dueño. Juanita dijo *yo soy la dueña.* Entonces le dio los cinco pesos oro y prometió volver por la pollita cuando tuviera el plumaje de la gallina. Como Heraclio nunca volvió, Juanita se quedó como el coyote, viendo rumbo al camino.

Chencho Montoya Cortés colocó a Juanita en el centro de la dispareja revolución. En la narración surgen los generales Ángel Flores, Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón y Macario Gaxiola. Ejerció sobre la mujer una extraña fascinación el General Obregón. Contó a *Chencho Montoya* que dos veces fue a verlo a la estación del tren. La primera como candidato a la Presidencia de la República y la segunda cuando pasó su cadáver rumbo a Huatabampo, en el verano de 1928.

En aquel tiempo tan difícil la gente pobre sufría mucho. Juanita recordó el Hospital del Carmen, donde vivían puras monjitas; allí les daban comida a los pordioseros, *a ellos no los dejaban entrar, les daban la comida por una ventanilla, que no dejaba mirar para adentro. Por ese entonces yo me dedicaba a lavar ropa ajena. Al principio*

batallé para que me soltaran la ropa, y ya alueguito me faltaban manos y horas del día para salir con la tarea. Por la fiereza con que la vida trata a los pobres, Juanita, la polla de Heraclio Bernal, tuvo un final muy triste. Murió en la indigencia y su cadáver fue sepultado en la fosa común.

Me permito con esta introducción abrir la puerta del libro de mi coterráneo, con el anuncio jubiloso de una lectura placentera, porque *Chencho Montoya Cortés* ha escarbado muy profundo en el alma popular para insuflarle savia a sus personajes.

Ha entrado la literatura sinaloense en el tramo de las afortunadas realizaciones, superando el largo aprendizaje. No ha acabado el camino ¡Claro que no!, pero se abre la brecha para ir perfeccionando el modo de hacer literatura. Se dice que el sinaloense se ha desentendido de la cultura al no soltar el volante del tractor; ha estado más tiempo cultivando la tierra que el intelecto. Sin embargo, en los últimos tiempos ha suscrito una abundante cosecha, donde los nuevos creadores están llenando las páginas que no colmaron sus antecesores. Tal florecimiento cultural ha probado que el sinaloense es tan hábil para cultivar la tierra como para hacer literatura. Tal vez esta dualidad dibuje mejor la evolución de ese sinaloense, incansable en la culminación de nuevos retos.

No se puede pronosticar el destino del libro de *Chencho Montoya*, cronista angostureense, porque eso es impredecible, tratándose de una obra literaria, pero si se puede percibir que el aporte del autor ha sido tan contundente que, seguramente, lo llevará a afinar sus materiales y volverá a ofrecernos otra señal de su vigoroso talento narrativo, tan natural como un puñado de sal.

Aquí pues, nos deja *Chencho* su estilo de gran sencillez, vivacidad y alegría, producto de la charla sabrosa con que en largas horas de ocio y descanso de nuestro pueblo, se comentan vidas ajenas y se relatan sucesos propios, atrapados por la prosa narrativa, sin tropiezos, como una corriente que fluye y que encontró *Chencho* en las leyendas que le refirieron sus mayores, para confirmar en este esfuerzo intelectual que la literatura que tiene su origen en la tradición hablada, es la expresión social con mayor sentimiento y profundo contenido humano.

No voy a dilatar más el disfrute de este libro, escrito utilizando la lengua de nuestros mayores; voy a abrir la puerta de par en par, para que, por ella entren *Chencho* y Juanita al recinto

de la avidez del lector. En algún momento de la larga plática del autor y de su personaje central, *Chencho Montoya Cortés* le hizo una pregunta a capciosa a Juanita:

- *¿Podré llegar a la mitad de sus cien años de vida?*

- *¡Claro que sí! No nomás a los cien, en un descuido a los ciento cincuenta, ¿y sabes cómo? Nomás no dejes de resollar y soy cabrona si no lo consigues.*

José Antonio López Sánchez

Angostura, Sinaloa, 2009.

LA POLLA DE HERACLIO

. . . *Acércate Chenko,
pa' contarte lo que fue de mi vida,
como tú dices,
"en mi pueblo" ándale,
orita que hay tiempo, pues. . .*

Se acomodó en una silla de descanso, que según ella, era de vara de *venadillo, taliste* y le había salido tan buena, que figúrate, me dijo, es el mismo bastidor y *crioque* el mismo lienzo, ¡oh, sabe Dios!.

Para ubicarme en el relato, diré que la que habla es una viejita que cumple sus primeros cien años el venidero dos de noviembre de este año.

El ya citado *Chenko*, que no es otro más que el que esto escribe, comparte la casa-habitación con doña Juanita, personaje central y femenino de este relato, y su familia, que está compuesta por su nieto Pancho, la esposa de él, dos hijas de ambos y dos bisnietos, hombre y mujer, hijos de una nieta que murió hace algún tiempo. Así, llegaba el momento de que me contara algo de su vida, allá en la sierra sinaloense y especialmente sobre Heraclio Bernal, a quien conoció y . . .dejemos que sea ella quien nos lo relate.

. **M**ira, comenzó diciendo doña Juanita, yo nací

Cresencio Montoya Cortés

en un caserío que se acabó poco tiempo después de que yo me viniera *pa'* la costa. Estaba como a unas cinco horas de El Chaco, pueblo de los Bernales. A Heraclio, lo había visto cuando yo aún era una "*güililla*" de apenas unos cinco años y eso fue en la casa de mi tata y tengo entendido que él para ese entonces, ya andaba en sus *andancias* y que por cierto, era mentira eso de lo que lo acusaban, de ladrón y roba-vacas, cuando menos con nosotros, era buena *riata* y nunca nos dio de qué decir. Yo lo volví a ver hasta en la fiesta de mis quince años.

Sucede que mi tata me dijo. . .

-- "mire *mi'jita*, pos ya falta poco *pa'* que *usté'* sea una mujercita hecha y derecha y *pos'* yo siempre he pensado hacerle una *comiloncita* y traerle un *ruidito pa'* que se alegre y comparta con los más allegados, ¿qué le parece?.

. . . Como *uste'* diga tata, -le contesté- *usté'* manda y se corrió la *chía* y todos empezaron a prometer y *aluego uno quiotro* llegó con la cooperación y *ai* tienes que llegaron cochis, *güijolos*, arrobas de maíz y muchas cosas más, *crioque* conejos y hasta uno del que ya no me acuerdo de su nombre, llegó con dos *mapachis*. Y como no hay fecha que no se cumpla, pues llegó el día, no sé si ya te dije que fue el día de muertos, ¿ya? Pues bueno. . .llegó el día y como si fuera *orita*, me acuerdo de todo y de todos: La música era de acordeón y guitarra, la *cochi* la tocaba tío Loncho y la guitarra tío Cipriano y en la cantada les ayudaba Nico, mi medio Hermano. Hubo comida al llene, nadie tuvo *pretesto pa' andar* con habladas al otro día, porque todavía no he sabido de alguien que ofrezca una fiesta, comida y tomadera y que quede bien. Cómo a media tarde, alguien gritó, *ivienen* los de la acordada!, y eso era *pior* que ver al mismo diablo, porque arrasaban con todo y fue un corredero y un metedero

en las casas, que no se sabía quién las daba. Y era cierto que alguien venía, a lo lejos se miraba la “*polvadera*” y se oía el tintin de las espuelas, ipero, qué te cuento! No eran del gobierno los que llegaron, inombre, era Heraclio! y como unos ocho hombres más: Crispín su compadre, un chapo de ojos grandotes y que tenía fama de buen pulsador, *quesque* era el único que le ganaba a Heraclio, que no era dejado en la puntería, con pistola o rifle. También recuerdo que venía Miguel, hermano de Heraclio, ese era el más *plebe* y muy *íntico* a Heraclio y aunque yo no conocí a sus demás hermanos, dicen que todos se parecían a Heraclio. Por eso decía mi tata que a Heraclio lo *vían* en muchas partes y a la *misma* hora y es que se repartían los hermanos por aquí y por allá y el gobierno se *maloreaba*. También venía con él la Bernardina, que por cierto, estaba muy panzona, por poquito y ya reventaba, no creo que *aiga* llegado a fines del mes, *pa’* cuando pariera.

Ya cuando se supo que era Heraclio, empezaron a verse como ardillas las cabezas que se asomaban y después fue una de ¿qué tal Heraclio?, ¿Cómo te ha ido?, ¡Que susto nos *metites!* y *aluego* una *chapaliadera* de abrazos. Bueno, pos’ a bailar se ha dicho, dijo Heraclio. . .Te voy a decir que yo me hallaba impaciente y a cada rato, estiraba el *buchi*, *pa’* ver si *devizaba* al Melitón, un *plebón güerote* que andaba en los dieciséis o diecisiete años, con el que me *luriaba*; nunca me dijo nada de cosas, pero eso sí cuando me veía que me encaminaba *pa’l* arroyo, se hacía el aparecido y me sacaba el agua, me subía el tambo a la cabeza y me encaminaba *pa’* la casa y poquito antes, se perdía. . .Como te digo, me hacía *colti voltiano* y nunca llegó. Al mucho rato, Heraclio le pidió permiso a mi tata *pa’* bailar conmigo y le dijo mi tata, “que pides

permiso Heraclio, si la Juana ya es de puesto” y a bailar, una tras otra. Heraclio era muy *livianito pa'l baile*, como plumita me sentía en sus brazos. Era muy alto, tenía unos ojos zarcos, barba muy prieta, y siempre se le salía por la frente, un *cadejito* enrolado que el sombrero no le tapaba; *traiba* un saco largo, le llegaba casi hasta las corvas, pantalón muy ajustado, de tubito y unas botas de cuero, que le subían hasta la rodilla; creo que le decían polainas. Pero te sigo con la bailada, i y que de una nos paramos! Y Heraclio empezó a *voltiar pa'* todos lados, como si buscara algo y si dicho y hecho, su mirada se topó con la de Crispín, quien andaba bailando por la otra orilla y que le grita: “compadre”, dile al Miguel que traiga la víbora que está en el *cojinillo*. . .que me la traiga con todo y *cojinillo*.

En un santiamén llegó Miguel su hermano y puso el *cojinillo* en sus manos y de allí sacó algunas monedas de plata, eran muchas y comenzó a llamar a algunas gentes, después nos preguntábamos como supo Heraclio que estaban necesitados, y de los que me acuerdo que les tocaron monedas, fue al tío Pragedes, *pa'* que pagara la hipoteca de unos terrenitos, ya que él supo que otro día iba a llegar el prestamista y que *traiba* las uñas bien afiladas, porque daba como un hecho, que las tierritas ya eran de él; a la tía Jesús le dio dinero *pa'* que bajara al puerto a *onde* la viera un médico *pa'* que la curara porque era mentira que *juera* un empacho lo que tenía, sino que él pensaba que era más bien otra cosa muy seria y así fue llamando y dándoles dinero a muchos, de los que ya ni me acuerdo a quienes ni *pa' que*. Y *aluego* le habló a mi tata y cuando llegó ante él, dijo Heraclio:

-Ya supe que todos ayudaron *pa'l fandango* y *pos'* yo no quiero ser menos, toma-, le dijo sacando de la víbora

cinco alazanas de oro, -éste es mi regalo *pa'* la Juana, por sus quince años-.

--¡Nooo! le dijo mi tata, pues cómo crees, es mucho dinero, no, no, ¡Gracias, Heraclio!.-

-No me malinterpretes-, le dijo Heraclio, -no lo hago con ninguna ventaja o algo que se le parezca, lo hago de buen modo y como amigos y Heraclio dio una *voltiada* a donde se oía *loquiar* a una pollita avada, que la que fue mi madrina de quince años me había regalado *quesque pa'* la comida. Como te decía, era una polla chichimeca, que estaba poniendo sin gallo y entonces dijo Heraclio:

-¿De quién es esa gallinita avada?- Y todos *voltiaron* a verme, salía sobrando el nombre del dueño o dueña.

-Vamos a hacer una cosa-, dijo Heraclio, -yo te compro la gallina en cinco pesos oro, y poniendo el dinero entre mis manos, dijo. -¡No se hable más! pero como voy de prisa no me la puedo llevar ahora, así que después vuelvo por ella-. Adiós, hasta luego y se fueron.

-Y ahí tienes, que me quedo como el coyote, nomás mirando *pa'l* camino.

Pasaron los días y me fui dando cuenta, de que ni un plebe se me acercaba y los *viejorrones* que antes me piropeaban cuando pasaba, se quedaban callados, es más, las muchachas de mi camada, me sacaban la vuelta; con decirte que me negaban hasta la mirada. Hasta que no aguanté y me le planté a mi medio hermano y le dije. ¡Oye, Nico!, ¿Por qué me discriminan?, Viejos y nuevos, chichos y grandes, ¿Qué es lo que les pasa? Si tú sabes algo, *idesembucha!*. Porque ya es poca la *pacencia* que me queda; quiero saber cuál es mi pecado...-

-Mira-, me dijo, -*asegún* la gente, a ti te compró Heraclio y en cualesquier día, viene por ti-.

-Cuál compró ni que *catorzal*, a mi *naiden* me compró,

Cresencio Montoya Cortés

Heraclio me compró la polla-, bueno, le dije mirándolo a los ojos, -entonces itú también crees que así fue?-.

-¡Nombre, mujer!-, me contestó, -ya te dije que no y te lo digo por una razón, yo conozco muy bien a Heraclio y es muy hombre como *pa'* hacerle a mi tata una cochinado así; es cierto que es muy viejero, pero ninguna ha comprado y menos que se las *aiga* llevado a la *juerza*, ellas se han ido con él porque les ha cuadrado. . . Desde ese día, agarré una *muina* contra todos los del pueblo y más con los hombres. No podía *acectar*, que así *via* sido, y fue por lo mismo, porque conocía, no a Heraclio, sino a su fama de hombre honesto y sabía por eso que lo que la gente pensaba y decía eran puras chingaderas. La cosa cambió después del año nuevo, cuando pasaron los del gobierno con Heraclio muerto. Lo habían matado nomás pasando año nuevo y tengo entendido que lo *baliaron* y que al final vino muriendo entre una de las cuevas del cerro que le llaman el *Cerro Pelón*.

Sucedió así: en la mañanita llegaron unos guachos y ordenaron *que todo el mundo se metiera a su casa y cerraran a piedra y lodo las puertas; que no salieran hasta nueva orden*. Despuesito llegaron a mi casa y que sacan a mi tata, *quesque* era el gobierno del pueblo y le preguntaron que si conocía al *ociso*, que lo *traiban* en una *perihuela* de venadillo y mi tata les dijo que sí, que era Heraclio y se fueron *quesque* rumbo al puerto o cuando menos así lo pensamos los del pueblo. A los dillitas, que se hace el aparecido el Melitón y que me empieza a echar habladas y a mí que se me empieza a retorcer la boca del estómago y sacando fuerzas le dije: -Mira, no me vuelvas a hablar en toda tu perra vida y ¿sabes por qué? Porque tú no eres más que un *fundilludo* y que me entro *pa'* la casa. Nunca

me imaginaba que años más tarde, cuando yo era ya una gallina *viejoncona*, me iba a hacer sentir lo más bonito que me ha pasado.

-La vi llorar, aunque sólo fue un instante, porque en segundos, del llanto pasó a la risa-.

....Después, cuando pasaba por donde había bolitas de hombres, oía que se decían unos a otros. . . ¡oye!, ¿La viste? Allí va la pollita de Heraclio y *crioque*, la dejó sin *enhuevar* y yo *pos'* *voltiaba* y los mandaba a tiznar a sus santas madres. Pero mientras más me enchilaba porque me llamaban así, más me decían y en lo que fue pasando el tiempo *pos'* me acostumbré y *aluego* me lo decían en mis narices y yo nomás me carcajeaba; con decirte que me atuve tanto al apodo, que casi me olvidé de que me llamaba Juana. Fueron pasando los años y hubo muchos que me llamaron la atención *pa'l* casorio, pero a ninguno le di por el lado y en 1911 me tuve que salir del pueblo, eso sí, ¡enterita! Y llegué en sube y baja hasta el puerto, ¿quieres saber el motivo de mi salida? Pues, verás. . . un día llegó una avanzada del “*calero*”, con mi tata, él ya estaba muy viejito, y quería que les diera información de no se qué cosa y mi tata, por ignorancia o porque no quiso, les contestó, *yo no me meto en cosas ajenas*, y eso fue suficiente *pa'* que lo llevaran a un *parejito* junto a mi medio hermano y los fusilaron a los dos, a ojos de todos. . . *Pérame* un tantito, déjame echarle las papas y el arrocito a la tocaya y te platico lo que al mucho tiempo vine a saber *acá* abajo.

-¡*Figúrate* nomás! La mala leche de los que compusieron el corrido de Heraclio, *quesque* Crispín fue el que lo centavió, ¡mentira!, Crispín era la alma gemela de Heraclio, era su segundo y su compadre, ¡era muy hombre, Crispín! y de ¡muchos *tanates*! Él daba la vida

Cresencio Montoya Cortés

por su compadre; yo me *afiguro* que Crispín atendió una orden de Heraclio, *pa'* que se *solivianara* con el dinero y de paso *pa'* que el gobierno no lo atosigara, porque si Heraclio tenía culpas, pos' también Crispín, eso creo yo. . . mira, allí vienen los *güilillos* y parece que *train* hambre, quédate *pa'* que te echas un caldito de una tocayita que *despescuecé*.

-¿Oiga, doña Juanita, pero no es la polla de Heraclio. .
. ¡Cállate! *Babieco*.

. . . Otra cosa también se dice, que las broncas de Heraclio, comenzaron por unas barras de plata, ino es cierto! A él lo acusó el mayordomo, junto con el mandamás, que era un gringo y fue por unas barras de acero. Acuérdate que él empezó sientto barretero, o sea el que hace los barrenos *pa'* colocar la pólvora que va a hacer que la piedra deje de ser un estorbo.

DE QUINCEAÑERA A CIENAÑERA

● Cállate, babieco! Yo por pura cortesía le dije que no me sirviera, que yo iba a ir a una comida que me ofrecía una amiga de la escuela, puros cuentos, la verdad pues yo miraba que aquello no alcanzaba ni para ellos, aunque hay que decirlo, por dentro me relamía. Hasta que no hubo lucha, me dijo con voz que no aceptaba réplica, te sientas o te siento. Bueno, nomás porque un favor y un desaire no se lo hago a nadie. Me acomodé entre el lugar que iba a ocupar doña Juanita y la esquina, digo una de las esquinas de la mesa y no bien me había acomodado, cuando me dijo:

. . .oye, de por sí eres medio fellón y negándote la suerte, *pos'* está medio café-.

Mientras degustábamos aquello que doña Juanita llamaba *la to cayita*, por tratarse de una pollona avada, yo buscaba la forma de comprometerla para que siguiera relatando, ya no sobre Heraclio, sino de lo que fue su vida en el puerto o por donde anduvo, ya que su estilo de llamar a las cosas y el cómo planteaba y desarrollaba las cosas en las que participaba, invitaba a seguirla oyendo. Yo me motivaba para seguir profundizando en lo que era su propia filosofía de la vida. Para ella no era nada más comer, dormir y cuidar plebes; no, iba más allá, como si buscara algo que se le había perdido o que alguien se lo había arrebatado y de que adoraba a sus hijos-nietos-bisnietos no cabía ni la menor duda; su amor

por el terruño lo manifestaba no sin cierto despecho y escasa melancolía. Con todo y sus años le daba vuelo al diente o dientes, porque aún conservaba la mayoría de sus piezas dentales. Ya al final de la *comilonga*, ella misma fue la que abrió el camino hacia la pregunta que bullía en mi mente y después de que terminamos de comer, empezó a platicar, que si a cualquiera de los que allí estábamos nos podían hacer majes con una chachalaca, que en la carne blanca y el sabor se parece mucho a las gallinas, como también se puede confundir con la carne de iguana; uno de los chiquillos, no soportó y fue a deponer, luego siguió con las comparaciones de todo animal semi-doméstico y terminó utilizando un dicho para rematar: *animal que nada, corre y vuela; ¡a la cazuela!*.

. . .Fíjense nomás lo que son las cosas, dijo, -hace un rato le contaba a Chenko, que cuando cumplí quince años me pagaron por una polla, cinco pesos oro y eso era un dinerito; ora esta gallina, refiriéndose a la que habíamos engullido, me costó doce pesos. ¡Que barbaridad! . . .-

Aquí me dije cabe la de un cobarde y tomé la palabra: -pues estuvo muy buena la tocaya y la felicito por su buena mano. Oiga le dije, hablando de precios y gallinas, dónde quedaron las cinco alazanas con que le pagaron la polla avada-.

. . .¡Qué bien sabía!, me dijo, -que te había quedado la codicia de las monedas, como también sabía que me ibas a preguntar por el Melitón y por lo que hice en el puerto, ¡bien que sabía! Como si viera sido una escritura-.

No pude contener una carcajada y a la vez, reconocerle la malicia a doña Juanita; -pues sí-, le contesté, -eso estaba pensando hacer-.

. . .Mira-, me dijo, -ya empecé y voy a seguirle pero con

una condición, que pongas esa chingadera-, grabadora de carrete, --pa' oírme como hablo-.

-¡Cómo no, ahora mismo se va a oír! y mientras regresaba con el dedo la cinta, miré que doña Juanita se alisaba el pelo, se pasaba la mano por la frente, como si en vez de escuchar, si en vez de grabar la voz le fueran a tomar una fotografía. . .-Listo, ¡ahora, sí!-. y puse a funcionar aquella máquina y sucedió lo que a todos nos sucede, creo yo, -que cuando escuchamos por primera vez nuestra voz, nos resistimos a creer que somos nosotros, que no es nuestra voz la que escuchamos-.

. . .Oye no, párale, párale, esa no soy yo, esa voz es de *chintorrillo* y yo no hablo así-.

-Mire-, le dije, -escúcheme a mí- y corrí la cinta más o menos a donde yo le había hecho algunas preguntas, -escuche. . .-

. . .Si, ése si eres tu, entre mil voces te distingo-.

-Usted también es la que oyó hablar hace un momento.

. . .Pues te digo que no soy yo, no voy a saber yo, ora que sí-.

Se me vino el mundo abajo, ¿Cómo le hago? Pensé tan bien que iba marchando todo y en eso estaba, cuando Manuelito, un muchachito que estudiaba secundaria en la Federal dos, -le dijo:-

-Mamá-, -así le decía, aunque en realidad era bisnieto, al igual que Lupita, que estudiaba en la Webster, ya que ellos eran hijos de una hermana de Pancho que había muerto cuando ellos eran aún muy niños y su mamá era pues doña Juanita, -no se oponga a esa voz, es su voz, así siempre ha hablado usted, a no ser cuando se morma, porque entonces si le cambia el tono, pero de que es usted la que se oye, es usted icaray!-.

. . . ¡ah! Entonces si soy yo, si es así, ni modo, entonces me consuelo de que hablo como doña Sara García-

Hubo festejo por la ocurrencia, se le olvidó que quería oírse y se puso a levantar la mesa. Yo por mi parte, recogí la grabadora y con un obligado *con permiso* me fui para mi cuarto, que como ya dije formaba parte de la misma casa, como quien dice pared de por medio.

Ya no insistí en seguir oyendo en sus relatos, es más, lo consideraba caso perdido. . . Cuando se acercaba el día dos de noviembre, fecha en que doña Juanita ajustaría sus primeros cien años, yo esperaba, aún conociendo las carencias de la familia, los preparativos de un humilde agasajo, pero nada. Y el mero día, me le presenté con un ramo de flores y un pastel, dos o tres refrescos de Pepsi-litro y llegué cantándole las mañanitas a mi manera, todo lo contrario a lo que esperaba, entonces oí que empezaron a decir: -¿Y éste loco que *traí*?- -Que loco ni que loco-, les contesté. -¿Acaso no saben que mamá Juanita cumple este día cien años? ¿O qué, creen? Que ella no tiene derecho a cumplir y festejar; no me digan que nunca antes lo habían hecho, hoy cumple cien añotes y no es tan fácil cumplir tantos años-.

Un balde de agua helada no les hubiera caído tan mal como la pregunta que les hice y sólo un *deveras* alcanzaron a decir y se fueron con doña Juanita a preguntarle. Yo no oí lo que ella les dijo, lo cierto es que salieron llorando de alegría y a la pobre cienañera, la traían en brazos, lo que son las cosas me dije, si Pancho con sus casi cuarenta años no sabía de la fecha, hay que aceptar que a los más jóvenes les asistía mayormente la razón, primicia de poco valor, ya que si Pancho no quiso enterar por los motivos que hubiera tenido, los menores pudieron haberle preguntado y sin más, se hizo la

fiesta. No sé de donde salió el primer cartón de medias, sólo sé que a ese le siguieron dos o tres más. Doña Juanita no cabía del gusto y no era para menos, porque no cualesquiera cumple cien años y ella los estaba cumpliendo!. Yo me le quedé mirando, pensando y comparando mi edad con la de ella; meditando en que si yo pudiera cuando menos cumplir la mitad de sus años cumplidos, serían ganancias y en eso estaba, cuando ella, casi me rozaba la oreja con su mano en forma de concha, como si con ello yo pudiera escuchar lo que ella me decía y cuando cesó la música, me dijo, sacudiendo su cuerpo con el esfuerzo de la risa, -¿En que piensas? ¿No vas a bailar? Ándale, invítame, ¿O, qué? ¿Le tienes miedo a Heraclio? ¡Ándale!.....-

-Espéreme, deje que le diga en lo que estaba pensando.

...Haber, dime. . .

-¿Podré llegar a la mitad de sus cien años?-

...Claro, me dijo y no nomás a los cien, en un descuido a los ciento cincuenta ja, ja, ja y sabes ¿cómo? No dejes de resollar y soy cabrona si no llegas, ja, ja, ja-.

Mientras ella limpiaba sus ojos con su inseparable delantal, yo aprovechaba para hacer un movimiento de huida, pero no, me siguió comentando de algunos pasajes de su vida sentimental, asegurándome que ella había amado a un solo hombre y que aquél amor era el dueño absoluto de toda ella, así como me oyes, me dijo, -yo fui agujero de un solo ratón ja, ja, ja-.

...Fíjate Chencho, ¿cuántos años pasaron de quince a cien? . . .

--Pues-, le contesté, -como ochenta y cinco, si es que no se quita algunos-.

...No, ¿Cómo crees? No hay más, ni uno más.

-Pero hay una gran diferencia-, le dije, -ahora no está Heraclio y no hay cinco alazanas como regalo-.

. . .Es cierto, pero estoy más a gusto ahora y, a todo esto-, dijo, -estoy pendiente contigo, cuando tengas un campito, vente y *trais* esa cosa del diablo y te cuento todo lo que quieras, sobre las alazanas, también como me fue en el puerto y ¿por qué no? también te diré del Melitón, que se salió con la suya, pero no fue a *juerzas*, no, fue por mi *volunta'*, ivale madre que no!, *Pos' mira*. Aunque no nos duró mucho el gusto, porque si alguien tiene mala suerte, esa soy yo, no pude hacer vida con él, cuando por fin se presentó la *oportunida'* de muy poco sirvieron, que quede claro que no me estoy quejando, los sueños y las ilusiones, de nada; digo esto, comparado con el tiempo de espera, ¡Nada! Sólo fue un santiamén-

El hecho de que la llamaran de por allá por el rumbo de la cocina, fue el motivo que utilicé para retirarme, evitando así el compromiso de bailar con la Polla. . .Después de que me recogí en mi habitación, seguí oyendo durante mucho tiempo, la música que reproducía un aparato de ocho trucks, que por cierto, nunca supe, ni pregunté de donde había salido, lo mismo que el ruido característico que producen las botellas cuando son destapadas. . . No podía ni siquiera imaginar, todo el sufrimiento que se había acumulado durante cien años y menos que pudiera caber en tan diminuto cuerpo.

¿DÓNDE QUEDARON LAS ALAZANAS?

Como mamá Juanita me dijo que de mí dependía el cuándo me seguía contando, nomás dejé pasar dos días para que se le quitara lo molido por el ajeteo; al día siguiente del pachangón me dijo Lupita a manera de reclamo: *-perombre Chenchó, le ganaste a las gallinas.*

Yo, medio ofendido y asombrado, le contesté; ¿Porqué me comparas con las gallinas? ¿Tienes motivos? Y me dice con clara evidencia de que se había dado cuenta que la había regado nomás porque hicimos bailar a mi *amá* y nos preguntaba que si dónde estabas y como te saliste sin avisar, qué podía responderle o ¿acaso le tienes miedo a la gordita? Yo me sentí peor, porque sabía que ella conocía parte de lo que yo quería que no se supiera. Y cuando ya se alejaba, me dijo: *-Discúlpame, ¿no?-. En ese momento, me di cuenta de que yo había ido más lejos sintiéndome ofendido y le dije, aunque no me escuchó: -No te fijas, así soy yo. . .-*

. . .Mira, me dijo doña Juanita, -las famosas alazanas ¿te acuerdas cuando platicamos la otra vez? . . .-

-Platicó usted, porque nunca soltó la palabra-.

*. . .Bueno, pues te dije, que no supe el motivo de por qué mataron a mi tata y a mi medio hermano, ¿te acuerdas?, *po's* las alazanas fueron, fíjate bien. . . no sé*

quien fue el lengua larga que soltó el borrego de que aparte de los cinco pesos oro Heraclio le había dejado unas *talegas* con pesos de plata, de esas del 0.720 a mi tata, *quesque* porque lo *traiban juído* los del gobierno y que *pa'serle* más ligera la carga a las monturas, se las dejaba y que en tantito tuviera un *sagillito* volvía por ellas. ¡Mentira! Si *juera sido* así Heraclio no se hubiera tardado tanto tiempo en mi fiesta y tampoco cargaría con la Bernardina, no te dije que ya le andaba por tirar el *plebe*.

Entonces con el cuento regado y como Heraclio ya no volvió ni por la polla que había dejado pagada, al decir aquello soltó una carcajada llena de malicia, porque lo mataron en el siguiente año nuevo y allí fue donde creció la creencia de que mi tata tenía parte del tesoro de Heraclio Bernal, puras mentiras, y en cuanto a lo que sí era cierto, o sea lo de las alazanas, *po's* esas sí, yo las tenía guardadas, primero porque me había dicho mi tata. . .

-Mire, *mi'jita*, guarde bien esas cosas, que aunque yo no lo creo, si viene Heraclio con la monserga de llevarte, le regresamos su mugre dinero, pero como te digo, no lo creo, Heraclio es muy hombre-

. . .y en segunda, después de su muerte, *po's* no había en el pueblo en que gastarlas, *figúrate* nomás, con una alcanzaba *pa'* comprar una vaca parida con hembra y primeriza y leche garantizada, además de un par de novillos ya listos *pa'* que el que los comprara, los hiciera bueyes a su voz y modo. Así que cómo crees que iba a gastarlas, pues y como te digo, a mi tata le preguntaron, primero por las *talegas* con pesos de plata, *quesque* le había dejado Heraclio y pues él les contestó que no era cierto y en cuanto a las alazanas, también les dijo y no faltó a la *verdad'* que *po's* él nada sabía, como también era

cierto. Yo te lo digo, como está Dios en los cielos, y se hizo la señal de la Santa Cruz, que si yo viera escuchado, pero cuándo, si estábamos encerrados a piedra y lodo y en el último rincón, cuando le preguntaron por las alazanas, salgo y se las tiro por el hocico, pero no, ahí tenían la raya pintada mi tata y mi medio hermano Nico. El tiempo que me llevó darles cristiana sepultura y terminar el novenario, fue lo que duré en mi pueblo y como si eso *viera* sido una señal del cielo, convencí a algunos familiares y que nos vinimos y como nos dimos cuenta que por el camino real era un ir y venir de gente armada, cuando no unos, otros y se oían los truenos y las tropeladas de los caballos, entonces nos dijimos que por ese camino no debíamos caminar y pues lo hacíamos por entre el monte, pero sin dejar el rumbo del camino real. Hubo algunas veces que nos topábamos con ranchitos, unos grandecitos y otros no tanto y *allí* te vamos, a rodearlo; algunas veces, cuando el hambre apretaba, tuvimos que comer culebras, conejos, armadillos, *papachíos* prietos, ciruelas del monte, *nanches*, nacidos, huizaches y todo lo que podía y se ponía de modo. Por agua no había pendiente, siempre la teníamos a la mano. Así anduvimos por más de dos meses, éramos seis mujeres y yo, la más vieja, pero por mi fachada, pegaba como la más *plebe*; venían dos viudas de buen ver y de mejor hacer; te digo esto porque las viudas en mi rancho no quedan tan jodidas y menos muy tiradas a la calle, ja, ja, ja, te iba a decir *aguantan pa' una llegada*, ja, ja, ja-.

-Cuando comíamos culebras, siempre me acordaba de mi tata, porque el siempre nos decía: *cuando se quieran comer una culebra, no se les olvide cortarle una cuarta de la cabeza y otra de la cola y si se trata de una culebra prieta, háganle lo que les digo, la abren por la panza y la dejan colgada hasta*

Cresencio Montoya Cortés

que se desangre todita y cuando vean que la carne agarró un color blanco, como carne de gallina, entonces es que ya está lista pa' las brazas, porque si se la comen con sanguaza, se pueden envenenar, ya que cuando la culebra prieta siente las ansias de la muerte se traga su propio veneno. Fíjate que yo siempre me acordé de los consejos de mi tata, te cuento de un caso que nos pasó en el camino. Que vamos bien despreocupadas, cuando de repente que se nos atraviesa una churea en el camino y que me acuerdo que mi tata nos decía: cuando se les atraviese una churea de la derecha a la zurda, no le sigan, quédense allí o arriéndense pa'tras, porque eso marca desgracia y así había cruzado la churea, entonces yo les dije: Hay que pararnos un rato, pa' echarnos una siestecita, pero no les dije porque, y después le seguimos; dos de ellas no me hicieron jalón y siguieron. No lo vas a creer, pero ya alueguito, oímos los alaridos que pegaban: A una se le había torcido un tobillo y la otra estaba metida entre un chiribital, toda llena de espinas, quesque habían visto un animal de uña y en la carrera les había pasado lo que ya te conté; yo nomás alcé los ojos al cielo y me persiné, diciendo, ¡cuanta razón tenías tata! y estas cabronas que no me quisieron hacer jalón y mucho menos hacerme caso.

. . . Pérate hombre, no acabé de decirte quienes más venían en el grupo. Como te dije, era yo, las dos viudas, dos plebonas bien mozas, como de veinte años y otra, la más bonitilla de todas, ya había tenido una trasmaniada, pero pa' su buena suerte no quedó cargada. Bueno, cuando decidimos que nos íbamos a aventar todas juntas esa aventura y como sabíamos de los peligros que tienen los caminos y en más tratándose de mujeres, estuvimos de acuerdo todas en que si por alguna desgracia nos encontrábamos con hombres malosos que

quisieran abusar de alguna de nosotras, la desgraciada se iba a poner *remilgosa* al principio, *pa'* que no creyera el *fulano*, que era una de esas de las que tú ya sabes y si no había lucha, entonces se iba a hacer como que le pegaba el ataque y si de plano no tenía salvación, *po's* que fuera lo que Diosito mandara; eso sí, a la que le tocara no iba a poner nada de su *parte pa'* no salir preñada-.

. . .Y siguió la penitencia de la andada, no te voy a decir que no encontramos a alguien, claro que sí y nos alcanzaron también, pero, si nos encontraban nomás agachábamos la cabeza; si nos saludaban, contestábamos y si nos alcanzaban, nos *voltiábamos*, como que íbamos *pa'tras* y lo mismo si nos saludaban les contestábamos y si nos hacían preguntas, *po's* nos quedábamos calladitas.

Un día nos pasó una cosa, que después creímos todas, era cosa de Dios. Sucedió así: Por costumbre, todas las mañanitas antes de hacer nada, nos hincábamos y hacíamos nuestros rezos, nos encomendábamos a Dios y a las oraciones de nuestras madrecitas, que por obra de la *casualida'*, toditas estaban en el cielo. Cuando terminamos de pedir *protección* y buen camino, que de pronto oímos una voz que decía: ¡*Así sea, amén!* y un rayo no hubiera *voltiado* más rápido que nosotras y, ¡qué te cuento! Que vemos a un hombre parado como a unos cinco pasos de distancia y que *asegún* nos platicó después, que cuando nosotros llegamos, él ya estaba allí. Así pues y sin saberlo, todas dormimos con el *mesmo* hombre y si cuando en *verda' allí* estaba su *echadero*, pues pudo haberse aprovechado o cuando menos asustarnos y no lo hizo y como seguía el mismo rumbo, ninguna *pataliamos* y estuvimos de acuerdo en que en adelante fuera nuestro compañero. Aquel hombre fue muy buena res con todas, nos hablaba de *usté'*, aunque su apariencia casi era

la de mi tata y después supe por él, que nomás con diez años me llevaba, nunca quiso saber por qué huíamos, en cambio, él si nos contó su historia, como que le hacía falta *desembuchar* todo lo que *traiba* adentro y nos contó que era *maistro* en la mina de Nuestra Señora, que había llegado dos años antes de que mataran a Heraclio y que en el último asalto que le hiciera al mineral, Heraclio se via llevado un tesoro, que nomás él, -el *maistrito*- y el gerente sabían donde se aguardaba; que se trataba de algo muy especial y que él con sus manos *via* ayudado a hacerse, ya que por las mañanas daba las *lecciones* y en la tarde-noche pulía aquello que Heraclio se había llevado y que como él nomás sabía de su existencia, lo acusaron de ser compio -cómplice- de Heraclio y ¡Ándale! al calabozo a pan y agua, no sin antes darle como cincuenta arrobas de azotes, -once azotes- y que cuando se supo que habían matado a Heraclio, *alueguito* lo sacaron y le dieron el pueblo por cárcel, sin horario de trabajo, lo *mesmo* era de día que de noche, sin recibir pago alguno, nomás por la pura comida y un rinconcito *pa'* dormir cuando le quedaba tiempo y que así pasaron los años, no supo cuántos, hasta que llegaron los alzados y les dijeron a los más viejos que agarraran *pa' onde* quisieran, no así a los nuevos, que se los llevaron a la leva. El *maistrito*, cuando se nos apareció estaba *retharto enjuto* y *pa'* cuando llegamos al puerto ya venía *repuestito* y hasta menos viejo se miraba. Estoy segura que si nos hubiera llamado el toro a cualesquiera, no nos hubiéramos hecho de la boca chiquita, aunque *pa' mi* estuvo mejor así . . .por lo que después te voy a contar-.

. . . Y así, el día menos pensado llegamos al puerto, se miraba un *reborujo* de los mil chingados. Había gente corriendo a pie, a caballo, gritos, balazos, un herido

por aquí y un moribundo allá, en fin, aquello era un pleito de perros y nosotros ignorantes; es más cuando alguien nos dijo que estábamos en plena revolución, no le entendimos, cuando menos yo, no le entendí ni papa. Pues bueno, ya llegamos al puerto y ahora ¿Qué vamos a hacer?, ¿De qué vamos a vivir?, ¿Quién nos va a dar la mano? Aparte que somos *aguachiles* y que, a leguas se nos notaba, estaba en su *mero cojollo* aquel pleito que le llamaban revolución, así pues, como quien dice: *el destino vino y nos tiró como costal de perras hembras*, haber, dime si no es cierto, ¿quién pide en una *parición* una perrita?, nadie ¿*Verda'*?, Pues así nos sentíamos. Así pasamos muchos días, durmiendo donde se nos hacía noche, eso sí, sin despartarnos con todo y maistrito, y andábamos *pa'rriba* y *pa'bajo*, comiendo aquí y allá lo que nos daban; había veces que las mujeres lavábamos los *trastes* o el *maistrito jachaba* leña, en fin, no nos faltó Dios.

Una noche me dijo el *maistrito*:

-Si tuviéramos dinero, rentaríamos un *tendajón* que están traspasando, y yo no le pregunté nada y se calló de la boca. A los pocos días la misma *cantaleta* y no hubo lucha, le pregunté que de qué se trataba, pero que me lo dijera en cristiano *pa'* poder agarrarle el hilo. Y *pos'* ya me dijo y yo *pos'* me quedé callada. A los *dillitas* fui yo quien le *atoró* y le dije: -Oiga maistrito y cómo cuanto se ocupa *pa' lo* del *tendajón*.

-¡Ay, Juanita! *Pa'* que le digo, si al cabo no tenemos dinero. . .

. . .No, no, dígame *usté'* cuánto.

-Mire-, me dijo, -con cien pesos, pagamos la renta de tres meses, que suman treinta pesos, con otros cuarenta pesos se compran taburetes y mesas y con los treinta que

Cresencio Montoya Cortés

nos quedan, se compra lo que se necesita *pa'* la cocina y de qué hacer la comida y como vamos empezando, es necesario estar listos y cuando menos con lo de unos diez días-.

. . .Yo me quedé callada. . .

-Ya ve, *¿pa'* eso quería que le dijera? *¿Pa'* quedarse muda?-

. . .Ya *paresto*, había pasado como un mes y para ese tiempo, las viudas que, eran dos, -y la que había dado un mal paso y que por la mano de Dios no había quedado cargada, se habían ido sin decir *pa' onde* y como dice la canción *sin despedirse siquiera*, ni *ai* nos vemos o hasta nunca, inada! Como si nosotros estuviéramos pintados en la pared, así pues, nomás quedábamos juntos, yo, el *maistrito* y las dos *plebes*. Nos íbamos cada quien por su rumbo, *pa' ver* que ranchábamos y en la noche nos juntábamos. Muchas veces nos dijeron que si de qué circo nos *viamos* escapado y yo pensaba, *estuvieras en mi tierra, ni manzanilla te cuezo hija de tu pelona*-.

. . .Un día se me ocurrió, como a eso del medio día, ir a la plazuela, *onde* ya sabía que el maistrito se ganaba los centavos haciendo cartas y otras cosas que los que saben *ler* y *escrebir* podían hacer. No me fue difícil dar con él ya que en ese tiempo el puerto cabía en un puño y que llego y de *sopetón* me le planto enfrente y le digo: *Oiga maistrito o soñé o usté' nos contó que sabe algo de los minerales y todas esas cosas*. . .

-No, Juanita, no soñaste, yo les platicué lo que hacía en el mineral, aparte de dar clases-.

. . .bueno, le dije y pegué la *trotiada*. . .

-Oye-, me decía, *onde* siempre me trató de *usté*, -¿para que querías que te sacara de la duda?. . .

. . .yo hice como que no lo oí y le *tupí* más aprisa. . .

En la noche llegó haciéndose el sentido, no me dijo nada, ya *pa' entonces* diríamos estábamos todos juntos pero no revueltos en un galerón que el viejo que lo cuidaba; se hacía de la vista gorda, porque no sé cuál de las plebes le llenaba el ojo y como te decía, el maistrito imudo!. Otro día, muy de mañanita, le dije: -Maistrito, quiero hablar con *usté'* de negocios-, y él me miró con una mirada muy larga, . . .-si-, le dije, -de negocios, haber dígame, ¿todavía está lo del *tendajón?*, ¡contésteme, no me mire así!. . .

-¡Ay, Juanita! ¿Qué se gana con que le diga que allí sigue, que no lo han ocupado?. . .a ver, dígame usted, pues. . .-

. . .pues, *pa'* rentarlo nosotros. . .

-- ¿Con qué, si no?. . .

. . .Con iésto!- Y que le saco una alazana. . .

El pobre se puso amarillo, verde, tornasol, de todos colores y *aluego*, que empieza a tirar *tarascones*, queriéndola agarrar; yo aún no movía la mano y él no atinaba por lo *tembelequi* que se puso al ver la alazana. Al fin se serenó y la puso en la palma de su mano, la miraba y la miraba, le daba vueltas, por un lado y *aluego* por el otro y de pronto, mirándome a los ojos, me dijo. . .

-¿Sabes, Juanita? Por esta moneda y otras cuatrocientas noventa y nueve más, yo sufrí lo peor que le puede pasar a un hombre; sufrí los castigos más inhumanos que se pueda usted imaginar, sufrí golpes, pasé fríos, hambres, hasta llegar el momento en desear quitarme la vida con mis propias manos y que si no lo hice fue porque soy creyente y sé que hay un Dios que traza nuestros destinos y cuando más inmerso estaba en mi dolor, muchas veces cuando oraba le decía: ¡Señor, tú sabes por qué me mandas este castigo!. . .

. . .Yo, de plano sentí que se me aflojaban las corvas y que una *juerza*, me jalaba a un hoyo negro y sin fondo.

Yo nunca había visto a un hombre llorar y ahora el maistrito a quien ya queríamos, por mí lo digo, lo estaba haciendo. No sé cómo me puse, total, que en vez de consolarlo, fue él quien empezó a decirme. . .

-No, Juanita, no se ponga así, yo no la culpo a usted, usted es ignorante de lo que a mí me pasó, ándele, ya pasó todo, pero, déjeme decirle Juanita, que esto, me decía mientras seguía dándole vuelta en su mano a la alazana, no es lo que la gente conoce o llama alazanas, onzas o pesos oro no, éstas y las otras cuatrocientas noventa y nueve más no son monedas, como le mencioné hace un rato, éstas son muy especiales; vea usted, ésta cara, es la de quien fue el dueño de la mina y aquí está su nombre en inglés y por éste otro lado, tiene la cara de *Washington*, quien fue el primer presidente de los Estados Unidos; estas monedas no sirven para comprar, se mandaron hacer para regalarlas y va a llegar el tiempo de que sirvan de colección.

. . .Como miraba que no le entendía nada, me dijo. . .

-No se preocupe, no importa si sabe o no lo que significan, usted siga creyendo que son alazanas. Está por demás, siguió hablando, decirles que mientras los pesos oro tienen la ley desde 8.80 hasta 9.20 y un peso el que más tiene llega a cuarenta gramos, esta moneda que usted posee tiene una ley de 9.75 y un peso de 65 gramos; eso sí, si halláramos un coleccionista nos daría cincuenta o más pesos plata por ella, así que no nos saca del apuro. . .-

. . .Pero, es que yo tengo.....ganas de quedarnos con el local, le dije, este.....lo que quiero decir es que tengo otras cuu.....dos más.

-¡Ah caray!-, dijo, -y se le puso la cara como de luna llena del puro *alegrón* y *aluego* dijo: -Entonces hay que buscar ahora que sí, donde ilas podamos platear!-.

-Estoy recordando-, dijo, -que cuando yo venía de la Ciudad de México con destino a Culiacán, porque iba a trabajar en la Casa de Moneda y que por cierto nunca llegué a mi destino, porque no había diligencia que se atreviera a hacer el viaje hasta allá, ya que todos los caminos estaban asolados por. . . y aunque me duela, tengo que decirlo, Heraclio Bernal y un tal General Ramírez, yo tuve que quedarme algunos meses aquí en el puerto y como había estudiado en el Colegio de Minería y logré la licencia de Tallador de Monedas, me encontré por tal razón trabajando en el taller de un español donde se trabajaba el oro y ya después me salió el contrato de maestro en el mineral y me tuve que ir para allá. Así pues, no pierdo nada con darle una buscadita al español-.

. . .Yo me quedé atontada por todo lo que había escuchado y nomás le vi que le volaba la mecha y me encomendé a todos los santos y me dije con mucha *resinación*: Si vuelve, *Bendito Dios* y si no, que le sirvan como pago por lo que sufrió, por culpa, *asegún* él, de Heraclio y que Dios lo tenga en la gloria, junto con mi tata y mi medio hermano Nico y me puse a esperar.

Como a media tarde le vi que venía con un bulto en las manos, con ropa nueva y un *tambiachi* en el hombro y que en cuanto se arrima un poco más cerquita, que empezó a gritar: *Juana, Juanita, mi'jita, ya la hicimos, mire, nos dieron doscientos treinta pesos del águila y sol, doscientos treinta pesotes, ahora sí a echarle ganas. . .*

. . .Yo, nomás lo miraba y aguantándome las ganas de llorar, ¡Por fin! dije *pa' mis adentros*, inos va a cambiar

Cresencio Montoya Cortés

la suerte! y en menos de lo que canta un gallo las *plebes* y yo nos pusimos los *trapos* y tuvimos que reconocer la inteligencia del *maistrito*, ya que a puro ojo nos trajo los trapos a la pura medida. . .con decirte que no soy *ajerativa* si te digo que a todas, los *trapos* nos quedaron como si en el cuerpo nos hubieran nacido y allí mismo, en ese ratito, les contamos a las *plebes* los planes que teníamos y que si antes no les dijimos nada fue por miedo de que no cuajara el negocio y quedara en puros sueños. Pero ahora todo era ya una realidad y que ellas, las dos plebes, eran socias del negocio. Al día siguiente salió el *maistrito* y al mucho rato volvió y cuando llegó me entregó un pedazo de bambú que *traiba* adentro unos papeles enrollados y me dijo. . .-Nos quedamos con lo justo para empezar porque no rentamos, *compramos* el *tendajón*, ¡Es de nosotros Juanita!, Es de usted, allí en los papeles dice que usted es la dueña ¿Cómo la mira? Y de *allí pa'l real*. . .

MELITÓN

. . . Fue cosa de no creerse y una cosa es que yo te lo cuente y otra que lo vieras visto. Aquello que un principio se me *afiguró* como que un *chumilquito*, como te diré, algo así como un *mosquerito*, ¡ándale! ya me cayó el veinte, como mesa de menudera, ieso es! . . . una mesita, unas dos o tres sillas *patichuecas*, *vasijas despostilladas* y sin que faltara uno o dos perros flacos y pulgientos y las moscas que no fallaban. Así me lo imaginaba, pero ¡Nombre! Fue un *restorán* en toda forma, jefa de cocina, cajero, meseras, meneadores y bueno, todo un negocio en serio. Con decirte que llegaban clientes de pipa y guante, llegaban en un *bugui* de un caballo; otros llegaban en cabriolés con dos tiros de caballos del mismo color y algunos en *calecines* de un caballo, en esos nomás cabían dos personas, por cierto muy *curras*, *de'sas* que miran y escupen por encima del hombro y con toda la facha de *repunantes*, hasta eso, que no todos eran así, o sea que uno *quiotro* dejaba uno o dos centavos de propina. Pero lo fuerte del negocio eran las llegadas de los guachos, unas veces, los llamados alzados o revolucionarios y otras los pelones. . . Hace un ratito, te dije que había un *titipuchal* de empleados, a ver si no me caigo del *recargón*, mira, el maistrito era el cajero y era él quien compraba todo lo que se necesitaba en el *resatorán*, en pocas palabras, era el dueño del dinero y *pos'* yo era

la *mera-mera* de la atención a los clientes, especialmente a los que se les miraban buenos *trapos*; a esos los invitaba a sentarse en las mesas grandes y *aluego* les preguntaba, *¿qué van a comer los señores?* y yo como *lora*, les repetía el mismo *sonsonete*: *tenemos machaca de venado, gordas raspadas, pollo frito, pollo en caldo, blanquillos al gusto* y todo, porque teníamos, como decía el *maistrito* un *bofete* de primera. Ya que pedían y sin moverme de donde estaba parada, nomás *voltiaba* y les gritaba: *quieren esto y estotro en la mesa grande o en la mesa verde o en la mesa güila* y...por cierto, que la mesa *güila* me costó una *madriada* de esas que ya no crecen; *aluego* te cuento, no, mejor *orita*, *al cabo* que tú tienes tiempo de sobra ja, ja, ja y yo, pues también, es lo que me sobra. Sucede, que a esa mesa la conocíamos por *güila*, porque en una ocasión, un cliente al querer sentarse ¡que para las patas *pa'rriba!* O sea, que a la méndiga silla se le había desclavado una pata y como no se le aseguró, *pos'* el pobre amigo se dio tremendo *porrazo* y desde entonces a esa mesa la llamamos la *güila*. Si me pudiera ver esa pobre *güilita*, lo que diría de mí, lo que son las cosas-.

. . .Y lo de la *madriada* fue porque un día llegó una mujer *de'sas* que iban muy *emperifolladas* y que se sienta en una mesa y cuando terminó de ordenar, después de haberme oído el rosario de cosas que teníamos, que grito: *una carne machaca pa'la güila!* Y no terminaba de decir, *pa'* cuando ya tenía encima a la *emperifollada*. . .*igüila tu madre!* me dijo y *manotazo* tras *manotazo* y yo, sin poder quitármela, pues no me daba *chanza*, hasta que a lo último, se dio la vuelta y salió echando chispas. Pues no hubo *di'otra*, tuve que irme a mi cuarto y a *jirimiquiar*, no tanto por el dolor, sino por la vergüenza y al otro día, el *maistrito* me explicó, que hasta cierto punto aquella

dama se ofendió porque creyó que a ella le decía *la güila*, *quesque* aquí en el puerto, *güila* quiere decir mujer de la calle y *pos'*, *será el sereno* pero no fue tanto lo recio, sino lo tupido como me pegó *la vieja hija del maíz*.

. . . Como *mandamás* en la cocina, estaba la *Micaila*, ella era una de las viudas que se vinieron con nosotros, las que muchas veces te he mencionado, la otra se llamaba Alejandrina. *La Micaila* se quedó en el negocio desde una noche en que llegó junto con la Alejandrina, venían muy dibujadas de la cara y olían a perfume y *chupaban* más que un *chacuaco*; ¡Nombre!, A leguas se les notaba a lo que se dedicaban. Llegaron y nos abrazamos, platicamos de todo, las invité a comer por parte del negocio y las atendí como lo que eran, mis amigas y paisanas. Al mucho rato dijo la Alejandrina. . .

-Vámonos Mica, porque ya es muy tarde,

-¡No!-, le contestó *la Micaila*, -vete tú y *ai nos miramos* después.

-Bueno, tú ya sabes a lo que te atienes, iacuérdate como es la vieja pinchi!

-Si, ya la conozco-, alcanzó a decirle la Mica, porque la otra, ya había alcanzado la puerta.

. . . ¡Nombre!, que en cuanto nos quedamos solas que se suelta con una *chilladera* y yo *pos'* nomás dejé que se le pasara y. . . dicho y hecho y *aluego* me contó cómo las trataban; *quesque* al principio muy bien, dinero el que quisieran, pero *ai* después, golpes, poca comida y obligadas a estar hasta con los perros-.

-¡Es el infierno!-, dijo *la Micaila*, -y siguió a ratitos llorando y a ratitos platicando-.

. . . A mí desde hacía rato, me *bullía* una pregunta en la cabeza y no me animaba a hacerla, hasta que no aguanté y por fin se la hice y que le digo: -Oye Mica, *la plebe*

Cresencio Montoya Cortés

que venía con nosotros, la María pues, ¿qué no se fue con ustedes? y *ipácatelas!*, si había llorado inombre!, *ora aullaba* y como que quería doblarse y pues, seguía llore y llore y que de pronto, sin más me dice. . .

-¿Sabes qué Juana? a la María, la mataron en el salón-, dijo al fin.

. . .y entonces fui yo la que no resistí y que caigo como costal de papas ¿Cómo estuvo eso? ¿Quién la mató?-

-Pues el pinchi padrotillo que la tenía, que a la mera hora *pos' quesque* se sintió celoso, porque la María estaba con un cliente y que llega y le dice: -¡María, levántate! Y pues la plebe, por lo que tú quieras, *pos'* no se levantó y siguió con el cliente y aquel *fulano*, sacó un cuchillo y le rebanó el *buchi*. . .

. . .Al mucho rato me dijo:

-Juana. . .¿no habrá algo en lo que pueda trabajar yo aquí? No quiero volver *pa'llá*-.

. . .Y *pos' ai* la tienes como jefa de la cocina. Pasé mucho tiempo imaginándome como murió la María, sola y *lo pior*, en un burdel, *allí onde* nadie te da la mano y *onde* cada cual se rasca con sus propias uñas. ¡Pobre jodida! *Onde* vino a quedar, lejos de las piedras, como ella decía.

Las plebes se encargaban de servir los platos y era una de ir y venir, ¡Pobrecitas! Le ponían mucha *enjundia* al trabajo ¡Y, cómo no! Si agarraban su buena tajada, comida, cama y lo mejor de todo, nos mirábamos como familia-.

. . . Cuando recién comenzamos se agregó un muchachillo, al que apenas le iba saliendo el bigote, muy acomedido, muy servicial; le decíamos *la chínche con pistola*, *asegún* él venía de Compostela y nos decía que había llegado en un barco y que se quedó en el

puerto hasta que dio con nosotros y era un decir a cada rato y en Compostela esto y en Compostela *estotro* y no hubo lucha, se le quedó *la chinche con pistola*. Bueno, *pos' verás*, él se encargaba de ir al mercado a traer todo lo que se ocupaba; así pues, todos teníamos un *quehacer* y la familia seguía aumentando

. . . Yo había notado que muy seguido llegaba un hombre muy alto, güero y de ojos azules, no hablaba muy bien el español, pero con *el maistrito* se entendía muy bien, ya hacía días que les notaba que cuando hablaban, seguido *voltiaban pa'onde* yo estaba y a mí la *mera verda'* me gustaba ver a aquel hombrote, porque me recordaba al Melitón y pensaba que con la *envarnecida* que se había dado debía de estar así de grandote; *pos'* como ves, el Melitón me seguía mojando la *zapeta* y muy seguido me acordaba de él y en cada güerote que miraba, lo miraba a él. El güerote acostumbraba a irse a eso de la media tarde y aquel día se quedó hasta casi *pardiando* y en eso que se acercan a mí los dos y que me dice el *maistrito*. . .

-Juanita, le presento a Mr. Charles, él es un americano que trabaja en el consulado, es de Estados Unidos, ¿se acuerda de aquel país que le mencioné cuando lo de las alazanas?, pues de allá es Mr. Charles. . .

. . .y, aquél hombrón, que me agarra una mano primero y la otra después y que *aluego* las junta y me las besa a la vez que me decía *mocho, gustou*.

-Él es una buena persona y dice que usted le cae muy bien y que la felicita por el negocio y quiero decirle también, que la casa donde él vive, la respetan todos los revoltosos y todos los pelones; no se meten con ellos ni con sus propiedades y lo que él dice es cierto, que hasta ahora todo ha sido muy tranquilo, que no hemos tenido problemas, pero que tal si mañana o pasado

llega un generalote y se opone a pagarnos el consumo, ¿qué vamos a hacer nosotros? ¡Nada! ¿Verdad? Pues entonces, él propone que para no tener problemas con nadie que se corra la voz de que el negocio es de Mr. Charles y que así nadie nos creará problemas, porque como le digo, todo lo de ellos es intocable.

. . . Con todo y mi poco entender les di la razón, hasta que después me aclararon que iba a ser el dueño de mentirillas y entonces le dije al *maistrito*: *Uste'* es el cerebro y por lo que toca a mí, no hay problema, ¿Tè das cuenta? Todo lo que hacía o decía el *maistrito*, yo lo daba por bueno y ¿Tè digo una cosa? ¡No me arrepiento!. Y sí, así fue, se corrió la voz de que Mr. Charles era el dueño y *pa'* hacerla mejor, todos los días, como a eso de media mañana, llegaba a recoger las ganancias del día anterior y *pa'* la gente no había duda de que él era el dueño

. . . Corría el tiempo y un general llegaba con su gente y a los días, salía corriendo porque llegaba otro con más fuerzas y *pos'* cuando no era uno era otro; no se sabía quién las daba o las perdía, eso sí la manera prepotente, altiva y burlona de portarse, era la misma, eso no cambiaba. Un día de tantos se oyó una gritería i allí viene el General Flores! Y como estábamos a orilla del camino, muchos clientes salieron a ver el alboroto. Yo no me moví, pues ya eran muchos los que *vian* llegado y salido, uno más no era gran cosa. Delante de mí estaba una de las mesas grandes y hasta ella habían llegado, antes de la gritería, tres señores con bastón y sombreros muy finos y cuando sucedió lo que te conté, uno de ellos salió y cuando regresa, dirigiéndose a uno de ellos le pregunto ¿A qué no crees, quien es el General Flores? Tú lo conoces requetebién, fue tu trabajador en

los muelles ¿Recuerdas al *cachimbas*?. . . Cuando aquel oyó la pregunta se puso de todos colores ¿Lo recuerdas? insistió el que hablaba. Cuando lo corraste te dijo que tarde o temprano se las ibas a pagar todas juntas y el pobre hombre no aguantó y más que caminando salió corriendo a todo lo que daban sus piernas y ya no volvió, o cuando menos al *restorán* no lo hizo.

. . . Unos días después me volví a acordar de aquella acción y eso porque vi entrar a un hombre no muy alto, gordito, frente grande y con un bigotito medio ralo y alguien dijo que era el General Flores, ¡Ah! dije, ya caigo, entonces este es el mentado *cachimbas*, que con sólo mencionar su nombre, por poquito aquel hombre del bastón casi caía muerto. La *verda'*, es que yo había hecho trato con el General Flores por medio de un Mayor de apellido Gordillo y ¿quién crees que venía con el Mayor?. Mira, todavía me pongo chinita, no me digas, no me digas, mejor sigue oyendo. Ya por la tarde del día que entró al puerto el General Flores se presentó ese que te digo, el Mayor Gordillo, un hombrón prieto, bien dado, con un bigote blanco y cuando me dijo su nombre, yo me dije *pa'* mi misma *el Mayor Gordillo*, que Gordillo ni que Gordillo y siguió hablando: -Quiere saber mi General Flores, que si cuántos hombres pueden atender en su *restorán* y que por el dinero no se preocupe, que él paga con pesos fuertes. Y yo como no sabía de cantidades, *voltié pa'* con el *maistrito* y antes de yo decirle nada, él dijo: Dígale que doscientos y *aluego, voltié pa'* con el Gordillo, -y ya oyó le dije sin verlo a la cara, porque lo que era yo, estaba *lela* mirando *pa'* la puerta onde estaba un *güachón* güero y que *pa' pronto*, me trajo el recuerdo del Melitón. . . -Muy bien-, dijo el Mayor ies trato!. . .y que pega un grito, -¡Sargento Melitón!-,

y de dos *trancos* que se le cuadra el Sargento Melitón. - *Apersónese* en el cuartel y que *fulano de tal*, se venga con toda su compañía, para que cenén es este lugar-.

. . . No, *pos'* eso no se hace, se me *aguadió* el cuerpo y las *enaguas* amenazaban con venírseme *pa'bajo*, ya que el Sargento Melitón, era el mismo Melitón de mi rancho y se me quedó mirando y no me *quedó di'otra*, mas que gritar, ¡*Micaila*, se te está tirando la leche! y ese fue el *pretesto pa'* correr rumbo a la cocina como alma que lleva al diablo, pero no me detuve allí, sino que me fui derecho a mi cuarto y cuando me acosté ya iba temblando y *ai* tienes que fue una *tembladera* toda la noche; no supe cuando me quedé dormida, pero mejor ni me *viera* dormido, porque en el sueño se me *afiguraba* el Melitón con cuerpo de diablo y con una *horqueta* muy puntiaguda y que se me acercaba y me la ponía en el *güergüero* y me decía: *Dime ahora que soy fundilludo* y yo le gritaba, -¡Perdóname! Melitón!- y él seguía martirizándome con reproches y me seguía diciendo: *Niégame que me cambiaste por Heraclio*"y *Eres una perdida, porque tú te vendiste por cinco alazanas* y yo le gritaba, ¡*No! Melitón, nunca te cambié por nadie y prueba de'llo es que estoy entera y puras pendejadas de'sas*; con decirte que me acordé de todo lo que hice, dije y pensé desde que lo conocí y como te digo, no se si dormí o no, lo cierto, es que me levanté, como si me hubieran *majado y patiado* mil perros y mil toros de la Isla de Saliaca. Cuando desperté, miré a la *Micaila* a mi lado y cuando me miró que había vuelto, me dijo: -¡Bendito sea Dios! y las oraciones de tu santa madrecita que está en el cielo que no te moriste.- -Sentía y tenía la boca partida, los ojos amoratados y me sentía muy *desguanzada* y eso sí, con mucha hambre, *asegún* yo apenas había pasado una noche, ¡Nombre!.

¿Qué crees? Pasó toda la media tarde y la noche de ese día, todo el día siguiente, otra noche y casi medio día del otro y no nomás yo, también la *Micaila*, allí pasó junto conmigo, sin apartarse ni un solo minuto, ¡Que buena era la Mica! Con decirte que no supo el motivo de mi *enfermeda'* hasta que yo le conté y a todo esto, porque llegó una de las *plebes* y algo le dijo al oído y cuando salió aquella, me dijo:

--Desde ayer en la mañana, está afuera un tal Melitón preguntando por ti,

. . . ¡Ay, el Melitón, exclamé, si supieras Mica, quién es.

-No me digas que es el que me contastes, el mismo que viste y calza, al que lo pusiste de *fundilludo*. . .

. . . En mala hora, le contesté.

-Y, ¿qué piensas hacer?

. . . *Pos'* enfrentarlo, no puedo pasar toda la vida *refundida* en la cama.

-¡Pues *órale!* *Alicúsate*, pero antes, tomate este tesito de limón y ese caldito de pollo, *aluego* te das un baño y te pones colorete en los cachetes, *pa'* que se te borre el *mal aire* que tienes y *pos*, que sea lo que Dios quiera.

-Oiga Juana, aquí entre nos ¿siente algo por él?.

. . . Digo, *pos*, todavía. . . *pos'* ¿qué te diré? . . .

-¡Ándale!, No me digas nada y ponte a comer.

. . . Y *pos'* manos a la obra, me peiné bien apretadas las dos trenzas, me puse un moño azul en cada una, me dibujé con los menjurjes que le *vian* sobrado a la *Micaila*, de cuando anduvo de *birriondía* y que ivoy *pa'juera!* y como me habían dicho que allí estaba el Melitón, yo salí sin ver a nadie, quería que mis ojos vieran nomás la figura del Melitón, pero ¡Nada!, Me la volé, no estaba. . . y eso fue *pa'* mi como un *leñazo* en la cabeza y bien dado. Pues no hubo *di'otra*, a iesperarlo! y pasó ese día,

otro y una semana y a preguntar, porque era mucha la *muina* que tenía y fue el *maistrito* el que me dijo que por buenas fuentes, sabía que la tropa del General Flores, estaba *parapetada* en la Loma Atravesada, esperando al enemigo que amenazaba con atacar la plaza. Más desespero fue el que sentía y pensaba. . .que tal si en losocolazos se lo lleva la *huesuda* o por lo menos me lo atrasan de un *plomazo* y que se me ocurre ir a buscarlo, pero cometí la *burrada* de decírselo al *maistrito* y que me va parando mi *recua*. . .

--Eso sí que no-. . .y me lo dijo a gritos, -usted no sale de aquí!- y yo nomás me le quedé viendo la cara; y aquella cara que yo había visto con fatiga, con hambre y desencajarse ante el peligro, llorar cuando le enseñé la primer moneda, alegre cuando tuvimos el dinero *pa'* empezar el negocio, ahora esa cara, tenía la mirada llena de coraje. -Usted aquí se queda-, me siguió diciendo, -y que se le borre de su mente el disparate, que digo disparate, la babosada que piensa hacer-.

. . .Está bien, no se enoje, yo me encierro y. . .aquí no ha pasado nada y me dirigí *pa'* mi cuarto, pero-, algo notó de lo que pensaba hacer, -y no estaba equivocado, ya que mi plan era hacer como que me acostaba y cuando todos durmieran salirme y encaminarme ¿Cómo?, ¡Sabe!. Rumbo al frente-, por eso digo yo que algo me denunció, ya que cuando quise abrir la puerta, ésta estaba atrancada por *juera* y todavía más, cuando hice ruido jaloneándola, él me gritó, -ite estoy vigilando! Y no hay duda de que nuestro Dios pone los medios-. Sucede que si hubiera logrado salir y en el supuesto de que tomara el rumbo correcto, iba a salir el sol y meterse muchas veces, porque nunca los hubiera topado, ya que aquella tarde recibieron la orden de regresar al cuartel y *ai* tienes, que

otro día casi sin que amaneciera, el Melitón ya estaba en la puerta del *restorán* y la *Micaila*, que madrugaba más que un *chirrió*, fue la que le franqueó el pase, le preparó su cafecito caliente y de paso, le contó por todo lo que *viamos* pasado y la muy lengua larga le contó lo que me *via* pasado cuando nos volvimos a ver.

. . . Así fue como el Melitón hizo que yo volviera a sentir hormigas en todo el cuerpo y digo que volví, porque eso mismo sentía cuando se me arrimaba allá en el arroyo *pa'* subirme el tambo con el agua a la cabeza. El día que le tocaba franco, ¡*Purrún!* llegaba en la mañanita y se iba ya queriendo *pardear*, era más el tiempo que pasábamos viéndonos, porque yo nomás hablaba y él nomás movía la cabeza, *pa'* negar o aceptar lo que yo decía, pero él muy poco *palabriaba* y en cuanto se retiraba todos los de confianza: *La Mica*, *el maistrito*, *las plebes* y hasta el chinche con pistola me preguntaban: -¿qué Juanita, ya está empezando a oler el chicharrón o le falta lumbre? Y también me decían como broma: ¡*Apúrenle!*, porque en vez de hijos van a tener nietos y así por el mismo rumbo, pero no me *maloriaba*, sino que me gustaba y más cuando se refería a eso de los hijos, ¡*Ay jijo*, que bonito!.

. . . El *maistrito* era muy dado a lucir la alazana que le di al último; jugaba con ella en la mesita que le servía como escritorio y un buen día, que llega Mr. Charles, lo mira y yo a su vez le miré la cara a Mr. Charles, como que le había cambiado y de eso, el *maistrito* no se dio cuenta porque estaba agachado y que se le acerca y se la pide *pa'* verla. La tuvo en sus manos mucho rato y *aluego*, algo le dijo al *maistrito* y éste le contestó que sí con la cabeza y se fue Mr. Charles. Cerramos y nos acostamos, otro día, cuando estábamos ya en pie de trabajo, me *estrañó* que el

maistrito no se diera a ver, ya que él era muy cumplido con el saludo, siempre nos preguntaba que cómo habíamos amanecido, ¡Nada! y que le digo al chinche con pistola, ¡Ey, tú! Ve a asomarte al cuarto del maistrito y pregúntale si está enfermo o que si qué le acontece. Y como te digo que aquel *plebe* era muy útil, *alueguito* vuelve con la novedad de que no está y que la puerta está abierta y los tendidos, como si nadie se hubiera acostado en ellos. ¡Ah, caray! Aquí hay gato encerrado; él, como te dije, siempre fue muy atento, cuando salía siempre me decía, voy a fulana parte, a esto y *estotro* y cuando regresaba, si yo no estaba presente, me buscaba y me mandaba decir con el que estuviera a la mano, dile a Juanita que ya regresé y si por algún caso se tardaba más de lo pensado, al llegar, sin pedírselo, me explicaba cual *vía* sido el motivo o motivos que lo hicieron *embromarse*, aunque la *Micaila* me dijo: No te preocupes, ha de haber tenido un *de repente* y no tuvo tiempo de *anoticiarte*, pero al rato vuelve. Cuando se terminó la monserga del desayuno, y que por cierto me las vi negras, porque ¿quién cobraba?. Ni la Mica, ni las plebes y yo menos sabíamos la o por lo redondo. No hubo *di'otra*, le dije al *chinche con pistola*, ¡A ver, tú!, ¡pónete a cobrar y que no te hagan *tarugo*!

. . . Ese día se fue volando, pero antes, me hice un campito y que me *agilo pa'l* centro y a corre y corre llegué a la plazuela y ¡Nada!, que me meto a la iglesita, como él era muy religioso y muy entregado a Dios y que gracias a eso no se quitó la vida con sus propias manos cuando estaba en el calabozo del mineral y todo, pensando que estaba en retiro y en oración y más oraciones, *pos'* nada, ¿A quién le pregunto? Llegué *pior* de *acongojada* que a como via salido. Amanece otro día y ni señas del

maistrito. En pleno retrete del desayuno que llega Mr. Charles y tras de él venía un hombrecillo que se miraba muy *fiñí*. Mr. Charles, sin siquiera saludar, que se pone frente a mí y dice:

-¿De dónde sacar tú estas monedas?.

. . .No, *pos'* de ningún lado-, le contesté.

-¿Tú saber donde hay más?

. . .No señor, yo no sé onde hay más-.

-Estar bien-, dijo, -mira-, siguió diciéndome, -como tu socio ya no va a venir, te traigo a José, dijo señalando al hombrecillo que había llegado junto con él; él encargarse de cobrar, el ser yo en el negocio y así como *via* llegado, de *sopletón*, así se fue. . .

. . .¡Ah cabrón! La *mera verda'* que no me gustó ni madre la manera de conducirse de Mr. Charles y me dije: ¿Qué deveras se siente el dueño? y ¿*Onde* quedaría el *maistrito*? A mí me dio mala espina, porque el gringo ese no había vuelto desde que vio jugando con la moneda al *maistrito*. Yo creí que nadie le iba a llevar el chisme al Melitón, se hizo tan de casa, que sin que nadie le dijera nada, se acomodía a todo y allí tienes, que lo mimo lavaba los platos, *atizaba* los *hornillos*, como hacía la *talacha*. Él decía que lo que es la escoba y *hacer el rancho*, ya lo *traiba* como de costumbre y una vez que se quedó todo el día porque le tocaba franco, me preguntó que si las cabezas de los venados las tiraba o que si las iba a utilizar en algo, a lo que le contesté, mira, hace mucho estoy con la idea de hacer unos *percheros*. . .

-Per, per, ¿qué? . . - me dijo sorprendido, sin entender lo que yo decía.

. . .*percheros*, así se les llama a los ganchos que se clavan en las paredes *pa'* colgar sombreros, gabardinas o lo que quieras colgar y *pos'* si nosotros tenemos cabezas

de venados, pues nomás falta un hombre *pa'* que le ponga unos clavos. Se puso a mirar todas las calacas de los venados y escogió dos de las que tenían más puntas; una tenía diecinueve o veinte y otra, veinticuatro; por cierto que me acordé cuando lo destazaron, era un venado prieto y muy grande, bueno. . . no prieto, prieto, sino tirando a un color tierra y dijo alguien: Nunca en mi vida de venadero, *vide* uno *deste* color y con tantas puntas. Melitón puso manos a la obra y con una *pacientera* empezó a tallar los cuernos con piedras *pomes*. Con mucho cuidado hizo lo mismo con todas y *aluego* se fue *pa'l* monte, que estaba muy cerca, allí nomás *tras lomita*, y regresó con un pedazo de sauce llorón y después que lo partió en dos y entonces los *tallaba* con una trucha que tenía y *aluego* agarró entre las dos manos mucha arena y los *talló* hasta que los dejó listos. A los siguientes días se dedicó a clavar una cabeza en cada tabla y *aluego* las amarró a todo lo alto que le daba la mano; cuando hizo lo último, ¡Qué te cuento!, Yo no estaba presente, pero cuando me di cuenta le dije ioye, Melitón! y ¿quien chingados aparte de ti y Mr. Charles va a poder alcanzar los percheros si no es subidos en las sillas? y nomás movió la cabeza y las puso más o menos a la altura de sus ojos; cuando menos lo que es yo, ni poniendo dos sillas los hubiera alcanzado.

. . . Muchos se alegraron por el nuevo servicio, pero los más se les quedaban viendo y en especial a la que tenía veinticuatro puntas. Hasta *acá* abajo supe lo que significaban el número de puntas que tenía una testa de venado. . .después te cuento eso de las puntas.

. . . Mr. Charles me dijo un día con muy buen talante: *Joanita, yo querer que tú me invites a ir a conocer tu rancho, yo saber que a ti decirte la polla de Heraclio.* Si me hubiera

mordido una cascabel no hubiera pegado el brinco que pegué. . .-¿Cómo dice Mr. Charles?. . .

-No, nada, olvídale- . . . Después se fue y entonces me vino a la memoria que el *maistrito* algunas veces me dijo lo mismo y más o menos con las mismas palabras. Yo me quería desaparecer y que nadie me viera de la pura vergüenza que sentía, y aunque después supe por qué, tanto el *maistrito* como Mr. Charles lo hacían por otra cosa.

. . . Se corrió la voz de que el General Flores se retiraba de Mazatlán y yo sentí que la tierra me tragaba; cierto que el Melitón y yo pues como que sentíamos que éramos, no novios, sino algo más que eso, como que dos almas identificadas o gemelas o ¡Sabe, Dios qué!, Lo cierto es que yo sentía que el Melitón me hacía falta y que no me conformaba con miradas y palabras; el hormigueo que sentía en el cuerpo, ya se *via* bajado al estómago y a últimas fechas, más abajito. Una mañana, que llega el Melitón y así de *sopletón* se suelta diciéndome:

-Tengo que decirte algo. . .

. . .y yo nomás lo miraba, de por sí colorado, que tenía las orejas mas coloradas que de costumbre y *aluego* decía: que te tengo que decir. . .y que te quiero decir- y yo lo animaba, ¿Sí? Dime, dime lo que quieras, si, si, di lo que tú quieras. . .y él seguía, éste. . .yo, éste. . .*pos'* que yo me quiero quedar contigo; ¡En la madre!, pensé, quiere desertar y entonces le dije, ipero, eso no puede ser!, Tú tienes un compromiso con tu general y no es que no quiera que te quedes, al contrario me daría mucho gusto, que pudieras quedarte, porque...y que siento que las orejas se me ponían calientes...*pos'* tú sabes que tengo mis planes y pues tú entras en ellos, pero...no puedes quedarte, porque te matarán por desertar y yo quiero

un Melitón vivo, aunque esté lejos de mi a un Melitón muerto y que lo tenga a *cuarta y quemón*; y que me dice:

-¡No, no voy a ser desertor, ya tengo permiso de mi General Flores; el Mayor Gordillo me llevó con él y allí le hablé al *chile pelón*. . .batallé mucho, pero al fin me dijo: Mire amigo, lo que usted quiere no se le puede conceder, es decir, causar baja en momentos como estos, pues. . .verá, eso no puede ser. Mire, vamos a hacer una cosa; como nos vamos dentro de unos días a Sonora, para la formación de las fuerzas constitucionalistas y lo más seguro es que nos *retachemos pa'ca*, ¿Qué le parece si mejor nos entendemos con un permiso de treinta días? Así, queda libre y hace lo que tiene que hacer, pero, que ¡Mala suerte! el hecho de que se atravesara esa reunión, que si no, yo mismo los hubiera apadrinado. . .

. . .¿Apadrinado?. Cómo que no me caía bien el veinte. ¿Entonces? Tú Melitón, ¿Le dijiste al General que te quedabas *pa' casarte*?, ya casi me ponía a gritar, si, deseaba que todo el mundo lo supiera, pero entonces me dije: -Cálmate Juana" tú siempre has sido una mujer bien decente y esos papelitos no te quedan. . .de manera Melitón, que ya tienes permiso *pa' quedarte y casarte*, pero dime ¿con quién?-.

-*Pos'* con quien va a ser, contigo Juanita-.

. . . y yo, haciéndome la *desentendida* le respondí, ¡Qué yo sepa, no *semos* novios! y *pa' casarnos* necesitamos primero ser novios o ¿Qué?.

-No *pos'* si, tienes razón Juanita, me dijo el Melitón, yo *creiba* que lo éramos, pero si no es así, dispéñeme lo *atarantado*-.

. . .Y que me arrepiento de lo que le dije y que le pongo una carita de Yo no fui y que por primera vez le agarro la mano y me le *arrepego*, así, de bien cerquita, tan de

cerquita, que su *resuello* me pegaba en la cara y le dije . . . No, mi Melitón fue una *echada pa'* saber en que aguas me estaba metiendo, *usté'* sabe que yo le *tengo ley* desde queramos unos *plebillos* y *ora* que me sale con eso, *pos'* *verás* tengo que saber que terreno estoy pisando. . . *pos'* por eso fue la *tantiada* que le *eché*.

. . . Al día siguiente pasó el General Flores y su gente, no se veían con la alegría a como llegaron, pero allí iban, *quesque* a juntarse con los constitucionalistas. Como el Melitón no tenía muchos alcances, *pos'* no tenía caso que le preguntara que si qué eran los constitucionalistas. El negocio siguió como si nada, es decir, que la venta no bajaba y a como te digo, el puerto nunca estaba sin guachos y tan es así que cuando salió Flores, enseguidita llego Morelos, ése era federal, y a esos la gente les decía, *ipelones, jijos de la tiznada!*. . . Y se volvió a repetir la historia, en cuanto se instalaron, llegó un oficial diciendo:

-Dice mi coronel Morelos, que si cuántos hombres puede asistir en su mosquero-.

. . .Lo último que decía, lo escuché como si lo estuviera diciendo desde muy lejos, ya que me le quedé viendo y preguntándome, *¿ónde* he visto esta cara? *¿ónde?* *¿ónde?*. . . y estaba tan ida, que no le oí cuando volvió a preguntar que si cuántos. . . ¡Ah! si, si, le dije, tenemos *capacida'* *pa'* doscientos, comandante, lo que hice, fue repetir lo que decía el maistrito,

-¡Está bien!-, dijo, y se retiró.

. . .Un buen rato estuve cavilando y me seguía preguntando *¿Ónde?* *¿Ónde* fue? y de pronto, ¡ándale!, Ese es el que fusiló a mi tata y a Nico mi medio hermano, nomás que en aquél tiempo usaba sombrero y andaba vestido de rancharo y ahora vestía de *pelón*.

Me *sulfuré retelharto*, tanto, que del puro coraje me dio el *latido* y le preguntaba a mi Diosito, señor, ¿Porqué me lo pones en mi camino? ¿Por qué? Te pido de favor, que no me lo *afrente* y sí, me hizo el milagro mi Diosito, nunca lo volví a ver. Tampoco quiero que pienses que lo mandé desaparecer, ni mucho menos ¡No! nunca tuve ni siquiera pensamientos, ni nada por el estilo. Pasaron muchos días después de ése y no podía borrar de mi mente aquella cara, aquellos ojos relumbrosos y mala sea la comparación, por aquello de que pudiera ofender, como los tienen los perros rabiosos. Lo que me pasaba, era como una *enfermeda'* que ni tan siquiera la cercanía del Melitón me la curaba. Aunque Diosito me tenía muy olvidada y después te cuento por qué lo digo, yo siempre creí en él y en sus buenas acciones. Porque quien más si no, me puso en el lugar donde escuché la plática de unos pelones que hablaban del Teniente Osuna, que no era otro más que aquel asesino, el asesino de mi tata y Nico. A la plática le puse atención cuando uno de ellos le dijo a los otros:

-Yo siempre le he tenido *ojeriza* al teniente Osuna y ojalá que el Coronel Morelos no se arrepienta de habernos subajado al ponernos como jefe a un traidor, porque así como se le *voltió* a Carrasco en El Habal, cualquier chico rato se le *voltia* a mi coronel; se fijan que nadie lo quiere y que si lo obedecemos es por pura disciplina y no por otra cosa. Yo sé que al que le pongas la mano le ha pasado por la mente darle un plumazo o ponerle veneno en su cantimplora o ya de jodidos, untarle ortiga en el *fundillo* a su caballo, *pa'* que le pegue un buen *trastazo*, ¿a poco no? -.

. . . Y siguieron con la plática que yo ya no oía, porque me dejé llevar por una nube de muchos colores y cuando

miraba *pa'bajo*, miraba a mil hombres y hasta oía cuando todos le gritaban, a ese que llaman Teniente Osuna, iasesino! imatón! icobarde! itraidor! imalnacido! y qué te cuento, que cuando volví a ser yo, sentí como si me hubiera caído algo muy pesado que *traiba* cargando en las paletas.

. . . José, el hombrecillo, se portaba muy amable conmigo. Una mañana me *estrañó* que me saludara de mano y me preguntara cómo iba mi noviazgo con el Melitón y yo nomás me le quedé viendo y me preguntaba a mi misma y esta flor sin aroma ¿cómo se enteró? Y sin darme tiempo *pa'* responderle me dijo. Mr. Charles está muy entusiasmado con la invitación que usted le hizo para visitar su pueblo, y con un ademán que cualquier mujer le hubiera envidiado exclamó, ¡quién pudiera acompañarlos!-.

. . . Ya faltaban poquitos días *pa'* que se ajustaran los treinta del permiso del Melitón y no era gran cosa lo que se había avanzado; yo ya no la quería con *chongos*, nomás que no le volara la *greña*. Una noche me la pasé en vela, *cavilando* en que no me casé con ninguno de los muchos que me *vian* pretendido allá en el pueblo y fue porque quería hacerlo con el Melitón, fíjate nomás qué aguante el mío y sin saber que me lo encontraría y cuándo y *ónde* ¿no? y todavía más, si estaba disponible y si todavía me quería, ino te digo pues! las babosadas que hacemos las mujeres por amor. ¿Cuántas oportunidades dejé ir? Se me vino a la memoria aquel ranchero de mi pueblo que tenía su buen capitalito, sus vaquitas, tierritas y la *verda'* muy bien parecido, pero no, yo estaba esperando al Melitón y también me acordé de otro que después de hacer la mejor casa del rancho y que llegó a poner en mis manos veinte pesos de los fuertes como dote,

también lo dejé plantado y lo mismo, todo por esperar al Melitón y ahora que lo tenía al alcance de mi mano, *pos'* no pasaba nada, como que ya había olvidado lo del casorio. Ahora creo que fue por lo poco que dormí, pero cuando me *alevanté*, lo hice decidida a que algo tenía que pasar, si ya tenía casi cuarenta años y como a nadie tenía que rendirle cuentas y tampoco nadie me las iba a pedir, pues que me pongo a pensar como *trampear* al Melitón, porque sabrás que estaba resuelta a comenzar lo que el Melitón no comenzaba y a media tarde, *jalé* a la *Micaila* y le platiqué mi plan, le dije, tú te vas a encargar de dos cosas: Primero, en cuanto mires que ya estamos adentro, *atrancas* la puerta por *juera*, no vaya a ser que le de por arrancar al Melitón y en segundo, vas a vigilar que nadie venga, ¿Oíste?, que nadie nos moleste. Todavía me detuve un poco, pero no le di tiempo a la *chonteca pa'* que pensara; no hay *di'otra*, ¡ahora, o nunca!. Mi plan era perfecto, no me podía fallar, ni la timidez del Melitón, ni mi *dignida'* iban a ser un obstáculo *pa'* que me cumpliera lo que tanto había soñado, entregarme al Melitón; así que manos a la obra y *ora* que sí, a lo que te *truje chenchá*.

. . . Melitón, le dije, -ve a mi cuarto y me *trais* un *tambiachito* que está en la cama-. El Melitón que se encamina y yo que lo sigo y que entra y que yo también y *aluego* cierro la puerta y la Mica, que venía pisándome los talones, la *atranca* por *juera* y ya una vez adentro, el Melitón me miraba con unos ojos que parecían de *tochi* correteada, como que se le iban a salir. -Melitón-, le dije con mi mejor tono, -a mí ya se me está haciendo agua la manteca y miro que tú no le *inteliges* o ¿qué? ¿no te gusto? o acaso no quieres sobarme el cuerpo; para eso yo ya me encontraba como mi santa madre, que Dios

tenga a su lado, me había parido: *bichita*, y *aluego* le decía, -iánde! Tiénteme-.

El Melitón temblaba más que una gallina cuando le tuercen el *buchi*, ¡Ánde! míreme-.

-Es que yo. . .yo nunca. . .

. . .Yo tampoco le dije, *usté'* es el primer hombre que me mira así y ¡Qué te cuento! Aquel que a las primeras se portó como perro *patiado*, después parecía burro en primavera. Cuando hay amor y muchas ganas, no se lleva la cuenta. No habíamos terminado la primera, *pa'* cuando ya empezábamos la segunda y estábamos pensando en la tercera y así pasamos cuando de pronto oímos un griterío en el comedor y al ratito ¡*Purrun!* Que la puerta se vino *pa'bajo* y nosotros nomás tuvimos tiempo *pa' echarnos* la sobrecama encima y cuando cayó la puerta, que entra un hombre, ¡Qué digo un hombre!, El hombrecillo aquel, que a gritos nos dijo: -Manda decir Mr. Charles que salgan todos y que se tiren a perder, porque ya viene toda la gente del General Morelos y trae las intenciones de quemar el *restorán*. . .

. . .¿Por qué?, le preguntaba yo.

-No pierdan tiempo preguntando, ivístanse y vayanse!

. . .Quisimos que no, a correr y cuando ya íbamos algo retirados, que le pego un *jalón* al Melitón. . .

-¿Qué pasa?, me dijo. . .

. . .Las *enagüas* coloradas. . .

-¿Qué tienen?, me preguntó.

. . .El dinero y el bambú, y en vez de ir yo, que se arranca el Melitón; ya *pa'* esa hora ya se oían las tropeladas de los caballos y la gritería de los soldados, Miré cuando salía el Melitón y también oí una balacera y el Melitón que venía corre y corre como alma que lleva el diablo,

así se dice pero yo nunca las he visto, y ya *casito pa'* llegar a *onde* yo me quedé, que se oye un ruido reseco, era un balazo, que vino y le dio en la mitad de la espalda al Melitón, que nomás se fue cayendo bien despacito. Quieres saber porqué pasó lo que pasó. Lo que te cuento yo no lo vi, tú ya sabes por qué; pero me aseguró el que me lo contó, que no le ponía ni le quitaba nada. Resulta que esa tarde llegó el mentado Coronel Morelos y tal parece que venía tomado y movió la mesa hacia la cocina *pa'* ver cuando entraba y salía una de las plebes, la Cuca, la otra se llamaba Carmela, y que se va poniendo abajito de los cuernos y como todos lo miraban y se reían, pues que voltió *pa'riba* y que los va viendo y que les tira un manotazo y pues los manda a tierra; hasta aquí no pasó nada. La mecha se prendió cuando jala a la Cuca y quiere besarla, *pos' verás, el chinche con pistola*, que se acostaba con la Cuca, pues no le pareció bien y que le reclama al coronelito, poniéndose enfrente, como si *juera* de a de veras. Entonces, el coronel que le tira de golpes y *el chinche con pistola* le *jondea* la mesa y el coronel *trastabillea* y cae *pa'trás* y que se cae, que se *alevanta* y pues no hubo remedio, que cae de azote en la tierra y con tan mala suerte que cayó arriba de la cabeza del venado y pues se ensarta un ojo, pero como te digo, eso yo no lo vi, a mí me lo contaron-.

. . . Cuando vi que le salía mucha sangre al Melitón, no supe como le hice, pero *pa'* cuando menos acordé, estaba en el consultorio de un doctor que se había hecho cliente del *restorán*. -¡Doctor! ¡doctor!, por el amor de Dios, le gritaba, ayude a mi viejo, ¡se está muriendo!; me pidió que le ayudara a meterlo a un cuartito y a subirlo a una cama chiquita que allí tenía y *aluego* me dijo, espera *ajuera*. Al rato salió y me informó. . .

-Juana, tu hombre está muy mal, yo no te aseguro nada y pues. . .

. . .No pudo seguir hablando porque llegó el hombrecillo, José, y dirigiéndose a mi dice:

-Juana, dice Mr. Charles que se vayan del puerto, porque el Coronel Morelos te anda buscando hasta por debajo de las piedras, ¡Apúrenle! Ya están listos dos caballos y un propio que los va a llevar y a dejar por el camino a Culiacán.

. . .Acomodamos al Melitón en un caballo, pobrecito, ni más ni menos que un costal de papas, yo me monté en el otro y ya cuando nos disponíamos a partir, José me hizo entrega de una talega con pesos fuertes a la vez que me decía: -Dijo Mr. Charles que cuando llegues a Culiacán le mandes la dirección para enviarte el dinero y que no tengas cuidado, que no se te olvide lo del viaje a tu pueblo; eso ya lo dijo cuando íbamos caminando. El propio, como lo llamó José, como buen cristiano que yo creo era, nos deseó buen viaje. Caminé y caminé toda la noche y todo el día, nomás nos deteníamos *pa'* mojarle la boca al Melitón y pasó otra noche y cuando amaneció de aquel día, cuando me detuve *pa'* mojarle otra vez la boca al Melitón, me di cuenta que estaba muerto, ¡ya estaba tieso!

VIVIR EN EL PECADO

. . . Ya te digo, llevábamos dos noches y un día y medio caminando, *quesque* rumbo a Culiacán y cuando José mencionó Culiacán, *pa'* mi fue la primera vez que lo oía y nunca imaginé que aquí iba a terminar mis días y de allá, *asegún* Mr. Charles, yo le iba a mandar mi dirección *pa'* que me enviara el dinero y yo lo creía ¡Deveras!, lo creía porque entonces, era más tonta de lo que soy ahora. Al amanecer del segundo día y queriendo mojarle los labios, que me doy cuenta de que el Melitón estaba muerto, ya estaba tieso. Una vez más me quedaba sola, sin la protección de un ser que me quiso y que me había buscado por toda la vida, No lloré, no grité, me dedique a tratar de bajarlo del caballo, creí saber que ya tenía muchas horas de muerto, su cuerpo estaba *pandiado* y muy duro, las moscas ya le buscaban la nariz y sus brazos estaban estirados a todo lo que daban de largo y la sangre ya se le había secado. Como no tenía las fuerzas suficientes y el caballo se movía y se movía, entonces se me ocurrió *apersogarlo* de un árbol que estaba en el paredón del arroyo a donde habíamos llegado y empecé a jalarlo de los pies hasta que ya *pa'* caer, me puse de burrito *pa'* que no se me golpeara; fíjate nomás, a como estaba que importaba si se golpeaba o no, pero eso pensé y eso hice, creo que si se volviera a presentar igual situación, volvería a hacer lo

mismo. Con el cuchillo de monte que venía en el ajuar del caballo que yo montaba, me puse a escarbar un hoyo y como tenía todo el tiempo del mundo, logré hacer uno más o menos grande y allí a como pude lo metí y antes de tapanlo le recé las oraciones que me sabía y se lo encomendé a Dios. Todavía me quedé mucho rato *cabilando* y haciendo un recuento de todo lo que había pasado desde que vine de mi pueblo. Al sol ya lo había tapado una loma que quedaba a mi izquierda cuando decidí que tenía que seguir caminando y me dije... La vida no se acaba aquí, cuando de repente, allí muy de cerquita que oigo un gruñido que me puso los pelos de punta y sin saber cómo, ya estaba arriba del caballo y, *¡Túpele!* ¡No te detengas caballito!. Como yo no había tomado el rumbo, sino que fue el caballo, no sabía si iba o venía; me fui a la corre y corre hasta que sentí que el pobre animal se iba deteniendo, hasta que *di a tiro* se paró y que de pronto se le doblaron las patas y se fue a tierra. *Pa'* mi mala suerte yo quedé abajo del caballo, le hice la lucha de zafarme, pero *di'onde* iba a poder, pero como no sentía dolor, nomás sentía entumido todo, me dije: de lo *pior*, lo menos. El sueño de tantas noches me rindió y desperté ya en la madrugada grande y le seguí haciendo la lucha y ¡Nada! Pero nunca dejé de reconocer la grandeza de Dios, ya que en cuanto había terminado de implorarle ayuda, pude escuchar el tintín de unas espuelas y las voces de gentes que se acercaban. Como yo los oigo, me dije, ellos también pueden escucharme y sacando *juerzas de mi flaqueza*, les grité: *Ayúdenme, por el amor de Dios, soy una mujer sola que está en apuros, ¡Ayúdenme!*

. . . No creas que se arrimaron de cerquita, ¡No! se quedaron como a unos treinta o cuarenta pasos y *aluego*

me grita uno de ellos, yo no sabía cuántos eran, todavía estaba oscuro.

-¿Quién eres? ¿Qué te pasa?

. . . soy una mujer, una mujer que vengo del puerto y anoche se me murió el caballo y no me dio tiempo a que me bajara y me cayó encima.

-¡Está bueno!-, me dijo, te vamos a ayudar, pero espérate a que aclare bien, no vaya a ser una celada.

. . . Y se retiraron, yo alcancé a oír cuando le montaron tiro a sus armas, porque si, una sabe de muchas cosas de casa, pero también sabemos de armas, de ir al monte y cortar leña, de cazar un venado y ya de jodidas un cochi *jabalín*. En cuanto salió bien el sol, se acercó uno de los hombres primero y al ratito llegó el otro, por el lado de arriba y hasta entonces supe que eran dos,

-¿Qué?-. me dijo.

. . . y por el tono de voz supe que era el mismo que se había determinado a hablarme antes y *aluego* me preguntó. . .

-¿Te duele algo?

. . . No-, le contesté; creo que no.

. . . *Pa'* mi buena suerte, había quedado debajo del *huequito* que hace el pescuezo del animal. Me levantaron y *¡Vóitelas! ¡Pa'bajo!*. . .

-No te muevas, estás *engarrotada*, espérate a que pase, sóbate las *canillas*- y mientras que me sobaba, me preguntó el mismo: -¿Qué chingados andas haciendo sola por estos caminos que están tan alejados de la mano de Dios?- Y a medias les conté la historia, sin decirles por qué venía huyendo y sin mencionar al Melitón.

-Mira-, me dijo, -nosotros vamos en contra, pero aquí abajito está Coyotitán, pasando esas lomas vas a ver la torre de la iglesia, vete *pa'llá*- y *voltiando* a ver a

Cresencio Montoya Cortés

su compañero, le dice: -Parece que se trata de gente buena, se la vamos a *endonar* a tía Filomena; procura a tía Filomena, ella te va a dar la mano, ique te vaya bien!-.

. . . ¡Gracias, que Dios se los pague!, ellos siguieron su camino y yo recogí lo que *traiba* el caballo y me *agilé pa'l* mentado Coyotitán. Ciertamente estaba cerquita en caballo, pero a pata, quedaba lejecitos. Como a media tarde, llegué al pueblo y sin batallar me encontré con la casa de tía Filomena. *Pa' luego* le conté que quien me había ayudado me recomendó que la buscara y. . .

-¿Quiénes son esos buenos cristianos? ¿Cómo se llaman?,

. . . ¡Anda, vete! Ellos no me dijeron sus nombres y yo no se los pregunté, pues no se cómo se llaman le dije con mucha vergüenza. . .

-¡Ándale! no te preocupes y pásale *pa'* que te des un buen baño, que mucha falta te hace-.

. . . Gracias a Dios, ya tenía casa y una amiga que desde el principio me mostró su cariño, nunca estaba de *mal pelo*. . .bueno, una vez nomás, cuando supo que estaba esperando, pero me dijo que Dios era muy grande y que él sabía lo que hacía. Todas las noches, antes de acostarnos, platicábamos de su vida, de cómo ella había recogido unas niñas, hermanas entre ellas y las había *criado* como a unas verdaderas hijas y también de cómo se habían ido, llevándose el poco dinero que con tanto esfuerzo su marido le dejara cuando murió. Yo por mi lado le confié toda mi vida, desde que me acordaba hasta el día que llegué; por mí supo de mi tata, de Nico mi medio hermano, de todos y del Melitón, de cuanto yo lo había querido y donde yo lo había dejado, por cierto, le dije que *asegún* yo lo había dejado muy seguro, pues ¡No! A los días de que llegué al pueblo, se corrió la voz

de que el tigre cebado había hecho otra vez de las suyas, que en el arroyo hondo había un hombre que el tigre había devorado con todo y caballo; yo nomás sabía que había sido al revés, que primero fue al caballo y después al hombre. ¡Oh! Méndigo tigre, me dije, ¡Cómo tenía hambre! De cómo fue lo del negocio. . .todo se lo conté, sin ponerle ni quitarle.

Llegó el tiempo de que me *aliviara de mi pendiente* y una noche nació *mi'jita*, una güerita con el ojo claro, yo miraba que era igualita al Melitón y tía Filomena se deshacía por ella, no había otra cosa más importante para ella, nomás *mi'jita*. Se olvidó de la ordeña, de hacer los quesos, se olvidó de todo y entonces, yo *pa'* agradecerle lo que quería y hacía por *mi'jita*, pues correspondía haciéndome la encargada de todos los *menesteres* y con tan buena suerte que todos los mozos me hacían caso y trabajaban con mucha *enjundia*. Como al mes de que naciera *mi'ja*, tía Filomena me preguntó. . .

-Juanita, ¿ya pensaste como se va a llamar la niña?, porque ya es tiempo de que se le lleve a bautizar.

. . .Yo en mi ignorancia, le pregunté ¿Qué es eso? ¡Ay! Juanita, ¿Acaso tú no estás bautizada? ¿Qué tú no tienes madrina?. No, pos' no, no tengo y --eso era cierto-- nunca tuve una madrina, ni mi tata, ni nadie me lo dijo, la madrina de agua de los quince años, que fue la que me regaló la polla avada, fue la única madrina que conocí.

-No señora-, le repetí, -no tengo. . .-

-- Bueno. . . pues no es tu culpa, eso sí, nomás bautizamos a la niña, te vas a preparar para que tú también seas bautizada; si estás de acuerdo, yo quiero ser la madrina y el señor cura el padrino ¿te parece bien?.

. . .Si, si señora, como *usté'* diga. El día de la bautizada,

me dijo tía Filomena:

-- Juanita, como tú aún vives en pecado, no puedes entrar a la casa de Dios, no me lo tomes a mal, pero tú te quedarás afuera, ¿está bien? . . .

. . . Si señora, yo ni pensar en enojarme por aquello que me decía, ¿cómo?, si era una santa señora y me quedé *ajuerita*, dándole gracias a Dios por haber puesto en mi camino a tía Filomena. Pero no le dije cómo se iba a llamar mi niña. . . Cuando me preguntó tía Filomena yo le respondí muy segura, Melitona como el padre y Filomena si *usté'* no se opone, por *usté'* que ha sido tan buena con nosotras. -Muy bien-. dijo tía Filomena, se llamará María Melitona Filomena; María como la Madre del Señor y Melitona y Filomena por lo que tú dices y cuando al final de la bautizada salió tía Filomena con *mi'jita* en brazos, me dijo. . .

-Pues bien, ya somos comadres por la gracia de Dios y me dio un fuerte abrazo que yo lo sentí como si fuera mi madrecita, que el Señor tenga en su reino, y me puse a *chillar*.

. . . Pasaron tres años y todo salía a pedir de boca, nada tapaba el sol que nos alumbraba. Yo me convertí como quien dice en la señora de la casa, la gente se acostumbró a tratar directamente conmigo todo lo relacionado con las tierras de la labor, con los animales, con las maquilas, con todo en una palabra. Mientras tanto, tía Filomena y *mi'ja* se la pasaban de la casa a la iglesia, visitando enfermos, llevándole comida a los necesitados, cultivando el jardín y así, de esa manera transcurría mi vida y la vida de ellas. Se miraban una a la otra y te voy a decir una cosa, yo las miraba hasta muy parecidas, con porte y aunque *mi'ja* era una *mocosita*, hacía lo que su madrina hacía, a mí me gustaba verlas, sin saber que

desde allí yo la había perdido.

- Juanita-, me dijo cuando cenábamos aquel día, -quiero que te des un *campito* para platicar de algo que creo te interesa, pero, que no pase mucho tiempo.

...¿Qué será? ¿De qué quiere platicar la tía Filomena? fue la pregunta que me hice toda esa noche, habré hecho algo malo y no me di cuenta. Muy de mañana, más temprano de lo acostumbrado me levanté y me puse en movimiento y al final de aquella primera jornada, le había ganado como unas dos horas al día, poco más o menos. Hacía mucho tiempo que tía Filomena y *mi'ja* hacían solas la comida del medio día, por eso se asombraron cuando les dije que las iba a acompañar y de paso, *pos'* me platica lo que tiene que platicarme. Entre bocado y plática me dijo:

-Juanita, como tú eres madre soltera, joven y muy trabajadora, supe de alguien que se interesa en ti, me dijo que él no tiene inconveniente de que tengas una hija, porque cuando se quiere a la vaca, también se quiere a la *cría*; mira, él es un viudo, sus hijos ya hicieron sus vidas, él está solo, es un buen cristiano y no está tan tirado a la calle, me dijo que con todo y que les dé a sus hijos parte de su fortuna, todavía le queda casi igual o más de lo que tenemos nosotras, -yo nomás la oía sin decir nada- también me dijo que aparte de ir con el juez de letras, también va a ir con el *cura pa'* que bendiga su santa unión. Como tú estás por tu voluntad bajo mi techo, él me pidió autorización para franquear la puerta de esta casa y poder venir a darte detalles de él y conocer también, si tu le confías tus detalles particulares. No me juzgues ni me lo tomes a mal, pero es el caso que yo le di mi consentimiento y tú dirás si obré bien o mal, me dijo que por el momento no le preocupa que no

le tengas cariño, que él está seguro que con el modo que tiene de tratar y con tu disposición pronto nacerá la querencia. Como te digo, yo di mi palabra y confío en que tú no me harás quedar mal.

. . .La ida del sueño se repitió esa noche. Eso sí me dije, mira Juanita antes de que le busques la cuadratura al círculo y se la encuentres acuérdate que tú no tienes que fallarle a tía Filomena y si ella se comprometió, por algo lo hizo, dicen que sabe más el diablo, -María Purísima- por viejo que por diablo. Me convencí de que sería lo mejor, que tía Filomena tenía razón en todo lo que había dicho y aunque ella no lo dijo, pero mañana o pasado ella se muere, que vamos a hacer *mi'ja* y yo, solas otra vez y sin nada; porque te soy sincera, nunca pasó por mi cabeza, hacerme ilusiones de que cuando ella se muriera sería para nosotras todo su capital, como te digo ¡Nunca! Y sabes ¿Por qué? Porque ya me había enseñado a tener muy bien puestos los pies sobre la tierra. ¡Malhaya! Sea la noche y el momento en que me puse a pensar que tía Filomena podía morir, porque al otro día, cuando llegué a *echarme* un taco a manera de desayuno, no miré a ninguna de las dos y de momento no me asaltó ningún mal pensamiento, porque pensé: han de haber ido a la iglesia o por allí. Pero cuando volví por la media tarde, ya no me gustó y le pregunté a una de las mozas por tía Filomena y la niña y cuando me dice que yo no estoy *pa' saberlo* ni ella *pa' contarlo*, que le digo encabronada, por primera vez, ¿Dónde están? ¿A qué horas salieron? ¿Qué rumbo tomaron?

-No oiga-, me dijo, -ni tan siquiera se han levantado *pa'cer* la comida de la mañana.

. . .y que me dirijo a la habitación donde dormían y de un solo golpe se abre la puerta, ¡Santo cielo! Que miro

a mi hija recostadita a un lado de tía Filomena que estaba como dormidita. ¡Tía Filomena!, le grito ¿Qué tienes? Y nomás abrió los ojos y quiso levantar una mano y no pudo, de sus ojos salían dos lágrimas que le sequé con mi cara. Cuando me di cuenta de que no podía hacer nada por ella, que me *arranco* rumbo *pa'la* iglesia y sin decir ¡Agua va! llegué hasta donde estaba el señor cura y le digo, no tanto con palabras, sino con mi desesperación lo que le pasaba a la tía Filomena. . .

-- Cálmate Juanita-, me dijo el señor cura,

-tranquilízate y dime ¿está enferma tu señora?

. . .Si, así es

-Pues ve, anda a casa y espérame ahí, no la dejes sola ni un instante en tanto yo voy por el doctor, que gracias a Dios, se encuentra en el pueblo.

. . . Llegó el señor cura acompañado por un hombre que a no ser por el *velicito* que *traiba* en la mano, nadie le *viera creído* que era el doctor; entraron a donde estaba la enferma y en cuanto llegó le tomó la mano y algo decía porque movía mucho los labios. Después *voltió* y me dice que me salga y cuando ya iba *pa'juera*, me volvió a decir, quiero que te salgas y te llesves a la niña, ¡En la que me vi! Al querer agarrarla, que me dice la niña. . .

-¡No!, no quiero ir, quiero quedarme con mi mamá.

. . .Pero *mi'ja*, le decía yo, -yo soy tu mamá.

-¡No!-, me contestó la niña.

. . .y que me lleno de sentimiento,

-Tú no eres mi mamá, tú no eres hija de Dios-, me seguía diciendo y a como pude me la llevé *pa'juera*. Ahora si, me dije, *estoy bien acabalada*, por un lado el pesar por lo de tía Filomena y por otro el sentimiento por lo que mi propia hija me había dicho. Mi fatiga duró lo que tardaron en salir el señor cura y el doctor. -¿Cómo está

señor cura?, dígame que se va a poner bien, dígamelo.

-Mira-, contestó el señor cura, -Filomena está muy grave, según me dice el doctor puede seguir viviendo uno o más años, pero estaría inválida, sin poder valerse por sí misma, pero también puede morir en cualquier momento; no puede hablar, no puede moverse, se ha convertido en una plantita como la que está en la maceta, que nomás espera que le echen el agua y la muevan a donde le pegue el sol o la sombra en caso contrario. A como se presentan las cosas-, siguió diciéndome, - tú tendrás que dejar en quien más confíes, la administración del rancho, para que te dediques en cuerpo, tiempo y alma a cuidar de tu señora.....

. . . Así lo hice, no recuerdo el nombre del hombre del que se hizo cargo de la administración, pero lo que sí te digo, es que todo salió muy bien. Algo me decía que aquello no iba a terminar bien y mientras tía Filomena dormía o la niña la entretenía, yo me ponía a hacer otras cosas. Un día me acordé de la talega de pesos que me había mandado Mr. Charles con José y también saque un *tambiachito* donde había guardado el dinero que me encontré en el cuarto del *maistrito*. El primer día hice tres montoncitos de a cinco con lo de Mr. Charles y cuándo vi lo que tenía el *tambiachito* del *maistrito*, ¡Qué me voy pa'tras! Y icómo no!. Si era mucho dinero, con decirte que hice tres veces cinco montoncitos de a cinco y me sobraron dos-, mira nomás me dije a mi misma, -caras vemos corazones no sabemos. . .No podía creerlo, de manera que el *maistrito* le hacía *chapuza* a Mr. Charles y en ese mismo rato, me acordé de otro dicho que dice: *Nadie sabe pa' quien trabaja*, aunque más tarde pagué con la misma moneda. Esa misma noche le descosí la pretina a las *enaguas* coloradas y le metí todo el dinero

del *maistrito* y un montoncito de los de Mr. Charles, le hubiera cabido todo, pero con la idea de que no sonaran al pegar unas con otras, entre una y otra le acomodé algodón, que no era algodón como quien dice, no, era algodón de los que sueltan las ceibas y con esa tarea, casi saqué el sol. Por cierto que el tiempo que ahí pase, hago de cuenta que estaba en mi rancho *iverde pa'l lado que voltiera!* el canto de los animales, los cerros y muchas *igualancias* más.

. . . Por lo que te voy a contar al ratito, te digo que sí hay Dios *pa'* los tontos y por mí lo digo, porque cuando quería *voltiar* el sol, miré por la ventana un carretón de cuatro ruedas y entoldado; me picó la curiosidad y me quedé *lela*, después vi que se bajaban de aquel carretón dos mujeres media *catrinas*: una de ellas, *traiba* los lentes con un solo ojo-, yo pensé, lo ha de ver perdido, porque no creo que no tenga *pa'* comprar los dos, -la otra desde que se bajó, venía haciendo pucheros. Se dirigieron a la puerta principal y antes de que dieran el *aldabazo*, yo ya tenía abierta una hoja de la puerta; ¿Qué quieren?-, les pregunté, -pero anda vete, que ninguna me contestó y yo tuve que hacerme a un ladito que si no, me hubieran atropellado: -¡Mamá Filomena, mamá Filomena!-, gritaban las dos hermanas; *pa'* cuando llegué a la habitación, ya sabía de quienes se trataban. *Vieras* visto la comedia que hicieron, parecían la *mera verda'* y que allí están *chille y chille*, le pedían que las perdonara, que ya no la dejarían sola, que se la llevarían con ellas a Culiacán, que la llevarían con los mejores doctores, que todo iba a ser como antes, y siguieron con sus *monsergas* y sus *lloriqueos*. Yo me acosté primero, porque parecía que ni me miraban y segundo porque tenía sueño de muchas noches atrasadas y como una vez te oí decir: *Estaba más*

desvelada que un abanico.

. . . Cuando preparaba el desayuno *pa'* mi niña y una molleja de pollo molida *pa'* tía Filomena, que llega la de los lentes que tenía un solo ojo y me dice: -¿Quién eres? ¿Cuál es la encomienda que tienes en esta casa?- Como me hablo *golpiado* y se me vino a la memoria lo que tía Filomena me contó de lo mucho que había sufrido cuando la abandonaron, yo le contesté en el mismo tono, *pa'* no desentonar pues: -¿Quiere saber quién soy y que hago aquí?, *pos' pa'* que lo sepa, yo soy Juana y aquí, en segunda de tía Filomena, yo soy la que las mandó a *chiflar* y bailo nomás lo que a mí me gusta.

-*¡India mugrosa!* A mi no me hables así y me gusta para que no oscurezcas en esta casa; ¡Hermana!, ven aquí-, y que prontamente llega la dichosa hermana y le cuenta lo que yo le había dicho y como quería ganarse algo, le agrega de su propia cosecha: -*¡Fíjate!* que esta piojosa me gritó en mi cara, que ella es la dueña de todo y que nos da hasta mañana para que vayamos con nuestra música a otro lado. ¡Oh! Dios mío, que descaro, corrernos a nosotras que somos las dueñas, a nosotras que pusimos los años de nuestra juventud al cuidado de mamá Filomena. A nosotras que siempre hemos estado al pendiente de su salud y prueba de ello es que dejamos el club de las damas católicas que cuidan de los pobres, ¡Hermana! díceselo tú, que ya no tiene nada que hacer en esta casa, díceselo, porque lo que soy yo, ni para eso quiero dirigirle la palabra, porque aparte de ser una india igualada y mugrosa es una roba-niñas, que engañó a todo el pueblo con el cuento de que dio a luz a esa pobre criatura del señor.

. . .Yo creí por segunda vez que el mundo me aplastaba, traté de salir corriendo, pero las canillas no

me respondieron. Sentí alivio cuando vi que aquella vieja tenía una nariz puntiaguda que le relumbraba y que mala sea la comparación, parecía ¡Cosa de perro!; la otra vieja no era tan enojona, o sería porque al irme ya no habría nadie que se encargara de la administración de los corrales, la ordeña y todo lo demás, creo que por eso me dijo:

-¡Mira Juanita!, no le haga caso a mi hermana, haz como que no la oyes y no te le pongas enfrente; en cuanto a que eres una roba-niñas, ella no lo inventó es, es. . . cómo te diré, es algo que se comenta en el pueblo, pero si quieres saber lo que pienso yo del chisme, pues ¡Alégrate! Yo no creo que tu seas capaz. ¡Ándale!, pónete a preparar la comida, porque ya está haciendo hambre.

. . . La mera *verda'*, a mí me entró mucho miedo, pero el miedo se cambió a coraje cuando entré en mi cuarto y sorprendí a la vieja de la nariz de pico de perro, *trastando* mis cosas; tenía entre sus manos el bambú y las monedas que no había podido meter en la pretina de las *enagüas* coloradas. Al verme, que me grita: -¡Ladrona!, ¿De dónde sacaste todo ese dinero? ¿Dime? ¡Hermana! ¡Hermana!, Ven y mira lo que encontré en las cosas de esta ladrona;- todavía *voltiaba* y sin bajarle el tono, me decía: -¡Niega! que eres ratera, a ver; ¡Niégalo!-.

. . . No sé que fue lo que me entristeció más, si que me acusaran de ladrona o el saber que el *maistrito* me haya visto la cara. No has de creer, había puesto el negocio y el terreno a su nombre. Hasta entonces supe que se llamaba Luis Roberto Jiménez R., digo que de él se trataba, ¿Pos' de quién más? Y como te digo, no supe que fue lo que más me dolió. Pasaron los días y miraba que mi niña no me buscaba y cuando yo le hablaba, se me escondía; como quien dice, estaba en un callejón sin salida. Yo en

las noches le pedía a mi Dios que me iluminara que de alguna manera me hiciera saber lo que tenía que hacer para salvar a *mi'ja*; para irme de allí de ese lugar que se había convertido en un verdadero infierno. Mis ruegos fueron escuchados, ya que por la mañana llegó el señor cura y desde que llegó note que algo quería decirme y así fue; como yo me encontraba en la cocina, le dijo a las viejas que tenía sed y como queriendo quedar bien con él, una de ellas, no supe cual, me gritó *pa'* que le llevara el agua, pero el curita les dijo que quería desentumir las piernas y se fue a la cocina; al entrar se puso un dedo en la boca, como diciéndome que no hablara y se me arrimó de muy cerquita y me dijo:

-Necesito decirte unas cosas, pero como aquí no se puede, les voy a pedir a las señoritas que me manden alguna cosa contigo. . .

. . . En la tarde de ese día, me dijo la vieja menos mala: empaca unas asaderas de las más *oreadas* y se las llevas al padre ¡Apúrate! porque las quiere para mandárselas al Sr. Obispo. Cuando llegué, me dijo el señor cura. . .

-Se tragaron el anzuelo, acércate y oye bien lo que te voy a decir: Mañana te vas a ir de esa casa; esas señoritas te van a denunciar como ladrona, ya que están seguras de que le estabas robando a Filomena; ellas saben que eso es mentira, pero quieren que te detengan por unos días, para poder aprovechar y llevarse, no nada más a Filomena, sino a Melitona también y . . .

. . . Sentí como que una piedra me caía encima y me arrastraba a una cañada sin fondo.. .

-Yo ya preparé una carreta-, siguió diciendo el señor cura, -que las va a llevar a una estación del ferrocarril y allí, se suben en el primer tren que pase, ¿Oíste bien? En el primero, no importa que rumbo lleve. Ten listo todo

para que mañana y en cuanto ellas se vengan a la iglesia, ustedes se suben a la carreta y... ¡Que Dios las bendiga!.

... He de decirte, que en toda la noche no pegué los ojos ni un momento; ya en la madrugada grande me levanté, puse el agua *pa'l* café y se me prendió el foco, como dicen por acá abajo, de hacer un *cayagiül* con queso oreado, tortillas y muchos tacos de blanquillos con chorizo, por no saber cuánto tiempo pasaría *pa' llegar* al pueblo que Diosito me pondría en mi camino. Por mucho tiempo me resonaban las palabras del señor cura: se suben en el primer tren que pase, y ¡Óyelo bien!, no importa el rumbo que lleve, y así ha sido mi vida, ¡Sin rumbo! *Pa'onde* apunte el *guarachi*. Poquito antes de que saliera el sol, salieron las dos hermanas, estoy segura de que no vieron la carreta que estaba enfrente de la casa y si la vieron, nunca se imaginaron que nos estaba esperando a mi niña y a mí. No sin ciertos trabajos hice subir a mi niña a la carreta y aunque ya me había despedido de tía Filomena, que me regreso *pa' echarle* otra *ojeada* y cuál sería mi sorpresa, durante mucho tiempo dude si sería cierto lo que vi, tía Filomena, como si supiera lo que estaba pasando, levantó una mano y haciendo la señal de la cruz, clarito oí que me de dijo, ¡Que Dios las bendiga!.

... El que *puyaba* los bueyes, se portó muy buena gente. A cada rato les decía a los bueyes, como si le entendieran, ¡Ora, bonitos! Apúrense, *pa'* que no nos alcancen. Por cierto que a los muchos años me lo encontré en un campo tomatero, que se llamaba o se llamará todavía *Campo El Olimpo* y a su dueño le decían Lic. Ramírez Campos y por su manera de hablar siempre dije que era sureño. Así pues, tuve la oportunidad de devolverle la manta por lo que había hecho por nosotras. Como te

dije, se portó muy bien y cuando llegamos a un ranchito que le llamaban la Estación de La Cruz, yo le ofrecí, de buena gana, dos pesos, que en el camino saqué de la pretina de la *enagüa* colorada, pero no los quiso agarrar, *quesque* el flete ya lo había pagado el señor cura; por eso cuando me topo con él en la casa de asistencia en la que yo trabajaba, le daba los mejores *lonchis*, les servía más comida que a los demás, me hacía como que se me pasaba marcar las rayitas de las comidas y lo que no hacía con nadie por órdenes de la patrona, de lavar ropa a los abonados, lo hacía con él..., pero, estoy tirando *pa' l monte*, ya que no terminé de contarte en qué paró todo. Llegue a la dicha Estación de La Cruz y como eran pocos los *tiliches* que *traibamos*, *alueguito* llegamos al dipo y el muchacho le preguntó no sé que cosa a un hombre con cachucha y *voltiando* a donde estábamos con los ojos bien pelados, me dijo:

-El tren va a llegar dentro de un ratito y va rumbo a Culiacán; así que yo me devuelvo *pa'l* pueblo y les deseo que les vaya bien.

. . . Y como estaba dicho, el mentado tren llegó, pero como *traiba* una *humareda* de los mil diablos, no quería arrimármele y mucho menos subirnos, hasta que no sé si él mismo o sería otro, un cachuchudo nos gritó: ¡Se van o se quedan! y con todo y todo ¡Vamos pa'riba!. Como a media mañana del otro día, llegamos al mentado Culiacán, por cierto lo que es yo, no pude pegar los ojos por el *zangoloteo* del tren, así que ya tenía dos noches juntas sin dormir. Al bajar del tren ¿Qué crees? Mí niña se puso a llorar y entre el llanto, me decía que quería ver a su mamá Francisca y a su mamá Hortensia y que yo no era su mamá. ¡Fíjate, nomás! Habían envenenado a mi niña al grado de que no se acordaba ni de su madrina

Filomena. Por suerte, que nadie le puso cuidado, ya que era mucho el relajo que hacían los guachos, *quesque* eran carrancistas. Cuando salimos de la estación, yo esperaba ver casas, ¿pero cuáles?, por ningún lado se miraban; otro rato de sufrimiento, me preguntaba yo misma: ¿Acaso nos bajamos *onde* no debíamos? ¡Ay Diosito! A *onde vinimos* a caer y en eso estaba, cuando se acerca un hombrecillo, poquito más alto que un enano, que me dijo:

-*Marchanta*, por dos reales las llevo a Culiacán y...

. . . ¿Dos reales? En mi vida los *via* oído mentar.

-Si quieren, las llevo con doña Pachita, que da cuarto y comida por tres reales por día. . .

. . . Oiga. . . y ¿cuánto valen los tres reales que usted menciona?

-Bueno, con los reales hay veces que se gana y otras que se pierde, mire-, me dijo, -si usted trae cobres, va a perder un centavo, porque los dos reales que le cobro, suman veinticuatro centavos, aquí usted pierde, pero si usted le paga a doña Pachita con cobres, serían treinta y cinco centavos, ella pierde un centavo, ya que los tres reales, suman treinta y seis centavos-. No creas que le entendí gran cosa, pero como ya me llevaba la fregada de sueño, le dije: ¿Qué espera? ¡Vámonos!; el tramo entre la estación y la casa de doña Pachita, duró menos de lo que canta un gallo.

La carretela que tenía dos ruedas la jalaba un caballo, casi volaba. Llegamos hasta allí, era una casa muy larga, tenía muchos cuartos y los separaban unas paredes hechas con varas y ripiadas con lodo. Al tratar salí ganando fue porque la dueña me dijo que si le adelantaba la paga de cuando menos tres días me cobraba un peso a sabiendas de que ella perdía ocho centavos, ya que en

reales era que juntos sumaban ciento ocho centavos. Así que antes de que se arrepintiera, le tiré con un peso, pero me olvidaba del pago del hombrecillo. Saqué otro peso y se lo daba, pero él me dijo que *di' onde* sacaba la feria, *quiotro* día volvía, al cabo que yo había pagado tres días adelantados. Pero ahí tienes, que lo que había ganado *al hule lo perdí en la pelota*. Ya tenía dos noches sin dormir y ¡*Ai te va!* Junté tres. Sucede que aquello no era ni posada, ni hotel, ¿Sabes lo que era? ¡Un burdel! Así como lo oyes, ¡Un burdel!. En cuanto se hizo oscurito, que empiezan a llegar mujeres muy dibujadas con hombres que ya venían borrachos. Bueno, pero eso a mi no me importaba, pero cuando oigo gritos que preguntaban ¿Dónde está la Juana? ¡Juana, no te escondas!, allí la *puerca torció el rabo*. *Pa'* consolarme, yo misma me decía: Es otra Juana, aquí nadie me conoce y otras cosas más, pero no era así la cuestión; Yo era la Juana que reclamaban y sí sabían que me llamaba así porque doña Pachita me preguntó mi nombre, *quesque pa'l* archivo, y como amenazaban con quemar el cuarto o antes mejor tumbar la puerta, que me recargo y allí estuve hasta la media noche.

. . . Aunque Diosito me ha quitado lo que más he querido, porque él sabe lo que hace, no dejo de bendecirlo y ¿quién no? Cuando estaba recargada en la puerta, había ratitos que el sueño me doblegaba y me avisaba y le rogaba a mi Dios que no me dejara sola en ese momento, que despuecito hiciera conmigo lo que quisiera, pero que me ayudara en esa. A lo mejor tú dices que soy muy *agerativa*, pero no es así, porque cuando ya me había *resinado* a que pasara lo que Diosito quería que pasara, ya que el *arrempujón* de aquel hombre, que me imagino era un militar, por lo que pasó sobre la puerta,

me estaba ganando. De pronto se oye un grito que decía: -¡Todos a la estación!- Y de nueva cuenta: -¡Todos a la estación! porque está por llegar mi General Obregón-. Nomás se oyeron tropeladas y gritos de mujeres que les decían a los que iban corriendo: -¡Espérate hijo de tu tiznada madre! Págame lo de la maquila-, y otra que gritaba -¡El consuelo que me queda es que te vas a morir de purgación!.

. . . Al General Obregón, sin conocerlo le agarré ley, tan es así que las dos veces que volví a la estación aquí en Culiacán, fue para verlo; la primera vez, fue cuando a los años vino como candidato y la otra, cuando pasaron con su cuerpo, rumbo a Sonora. Bueno, como las mujeres siguieron con su *argüende* y ya era de madrugada, me quedé despierta, pensando que en cuando aclarara, buscaría otro lugar. No fue sino como a media mañana, que me despertó el llantito de mi niña o sea que queriendo y no me quedé dormida. Como no había desempacado, era nomás de agarrar los *tambiachitos* y a ¡Correr!. Al salir de aquella casa, de muy malos recuerdos, con lo primero que me topé fue con el hombrecillo que nos aventó en el burdel, quien al verme se le dibujó una sonrisa en los labios y *aluego* quiso decirme algo, pero le gané y con todo el coraje que me cabía dentro del cuerpo le dije: -¡Oyes, hijo de la chingada! iretazo de hombre!, ¿Porqué me *viniste* a meter en ese pinche burdel? ¿Por quién me has tomado? ¡Dime!-. Aquella sonrisa, se transformó en una cara de espanto y con el tiempo me dijo, porque nos hicimos amigos de mucho respeto, que me había visto una calaverita en cada ojo; te juro que si hubiera podido correr, lo hubiera hecho, pero se le *vararon* las patas y *tartamudeando* me pedía perdón. Ya cuando íbamos para otra casa que era una vecindad, volvió a

Cresencio Montoya Cortés

pedirme perdón, ya que casi sin *jerrarle* me decía, todas las mujeres solas o con un plebe, llegaban preguntando por la casa de doña Pachita, pero. . .con usted me salió sello.

. . . El caserío o vecindad, como le llamaban, estaba pegado a la barda del panteón que *ora* ya está en el centro, pero en ese tiempo estaba en la orilla del pueblo, rodeado por el monte por el lado de los cerros y por donde sale el sol. Cerquita estaba el Hospital del Carmen, donde vivían puras monjitas, allí les daban comida a los pordioseros; a ellos no los dejaban entrar, les daban la comida por una ventanilla, que no dejaba mirar *pa'* dentro. Como las monjitas pasaban todos los días rumbo al panteón, lo hacían pegadito al cuarto de nosotras; casi todas se detenían para hacerle cariñitos a mi niña y para dejarle dulces y otras juguetitos que les encantan a los niños. Por ese entonces, yo me dedicaba a lavar ropa ajena, al principio batallé para que me soltaran la ropa y ya *alueguito* me faltaban manos y horas al día para salir con la tarea, así que no tenía *necesida'* de echar mano de los pesos, que por cierto los había sacado de la pretina de la *enagiia* colorada y los había guardado en el cartoncito de la repisa *onde* tenía la imagen de la Virgencita de Guadalupe. Por dos cosas lo hice: Primero, porque creía que estaban más seguros al cuidado de la virgencita y segundo, porque no me podía poner la *enagiia*, ya que con las monedas pesaba mucho. Una tarde llegaron a mi casa tres monjitas y entre ellas, venía una a la que las otras le decían Madre Superiora; saludaron y yo les franquicé el pase y *aluego* me dijeron a lo que iban:

-Mire Juanita-, me dijo la madre superiora, -sabemos que usted tiene necesidad de trabajar. . .

. . . Pero, si . . .

-No me diga nada hasta que yo termine. . . como le decía Juanita, usted no tiene tiempo para ir a buscar trabajo y eso porque tiene que estar al cuidado, como buena madre que es, de su niña; pero también como buena madre que es, tiene que velar por la alimentación y la educación de su hijita, o ¿acaso quiere que crezca como usted? . . .

. . . Que era sirvienta, porque no sabía hacer otra cosa, pero, yo quería decirle que no me faltaba el dinero, que lavaba ropa y otras cosas más, pero no me daban chanza de hacerlo. . .

- No hay pero que valga. . . mire Juanita, siguió hablando la superiora esa y decía, Mely. . .

. . . ¿Mely?, ¿Quién es Mely?, le pregunté, y no me dijo quién era. . .

-Cómo le decía Juanita, Mely ya no es una chiquilla que ignore ciertas cosas que ve pasar en esta casa, pero no lo digo porque ella nos lo haya dicho, ¡No!, es porque algunas novicias lo han visto. . .

. . . Y ¿Qué han visto?, le pregunté.

-Han visto a uno de sus vecinos, que se asoma para esta casa, quedándose allí durante mucho tiempo. . . pero eso no es lo peor, hay otras situaciones que a usted la comprometen. . .

. . . Se me quedó viendo a los ojos y yo le sostuve la mirada, pero al fin, tuve que mirar pa'bajo

-¿Quiere saber lo peor?, pues bien, Mely su hija o más bien, la que según usted es su hija, nos dijo sin que se lo preguntáramos, que usted no es su madre, que su madre se llama Francisca o que se llama Hortensia y que no quiere llamarse Melitona, como usted la llama. . .

. . . En ese momento, nomás sentí que se me venía

el mundo encima y no nomás sentí el peso del mundo encima, sino de todo lo que hay en él. . .

-Así que Juanita, como todo la acusa y yo no quiero que el asunto llegue a donde debiera llegar, primero, porque Mely pudiera sentirse mal, porque a pesar de todo ella la quiere a su manera y en segundo: ¿Qué será de usted encerrada en la prisión? ¿Dígame?, si fuera o dentro usted seguirá viviendo en pecado.

. . . Las últimas palabras se oyeron como si me encontrara muy lejos, era como si hubiera escuchado de nuevo las palabras de tía Filomena: -Tú te quedarás *ajuera* de la iglesia, mientras bautizamos a la niña, tú no puedes entrar a la iglesia porque vives en pecado;- sentí que un calor por dentro me quemaba las entrañas, me subía hasta los sentidos y dejé que me pasara aquella *lumbre* y alzando los ojos al cielo, con voz fuerte, le hablé a Dios: -¡Dios mío! Si acaso es cierto que soy pecadora, tú mejor que nadie lo sabe, tú sabes Diosito que yo no tengo la culpa, que si no fui bautizada cuando niña, fue porque nadie se preocupó por ello; tú sabes que a mi madre yo no la conocí y que a mi tata le faltó inteligencia *pa'* eso y que si me acosté con el Melitón fue porque no había tiempo *pa'* buscar un cura que nos casara; si pasé una noche en un lugar donde van las mujeres malas, tampoco fue mi culpa; si me quedé con el dinero del *maistrito*, tú sabes que lo hice por dos cosas: primero, porque sentí que era mío, como el pago justo por mi trabajo y en segunda, porque era el resultado de la venta de mis alazanas. Si en realidad crees que soy pecadora, te pido perdón. . . Volví en mi cuando aquella mujer me decía:

-Aparte de ser pecadora eres una blasfema, ¿Porqué te atreves a hablarle de tú al señor de los cielos?. . .

Aquello de blasfemia no se lo entendí y hasta la fecha.

-¡No tienes perdón! y ¡para que te lo sepas!, Mely, se queda con nosotras, porque allá es el lugar donde se formará como buena cristiana y porque también ella así lo quiere.

. . . De esa forma y *dizque* en nombre de Dios, me quitaban a *mi'ja*. Vi alejarse a aquellas que *pa'mi* ya no eran monjitas, sino mulitas del diablo. Desde ese día y hasta el momento en que sucedió lo que pasó, vi a *mi'ja* una sola vez y fue una mañanita en que regresaban del panteón junto con las monjitas esas, pero. . . como crees tú Chenchó que me puse aquel día que pasó lo que te conté hace un rato. *Sácale hijuela*, cómo crees que me sentía, si me dijeron que *mi'ja* se quedaría para siempre, como así fue, con ellas y que ni le hiciera la lucha de verla porque me iba a arrepentir. ¿Has visto cómo se ponen las vacas cuando las *jerran* o cuando les apartan la *cría pa'* ordeñarlas por primera vez? Si te has fijado, las vacas buscan salirse del corral y se salen y se acercan a su becerro y se ponen a lamberlos. Pues siquiera las vacas pueden hacer eso ¿pero yo? ¿Qué hacía? Dime ¿qué hacía?. En cuanto creí que habían llegado, que me arranco detrás de ellas y que me planto debajito de la puerta y allí estuve toda la noche y todo el día y volví a repetir la siguiente noche y el siguiente día y ¡Nada!, allí estuve, como te digo, sin comer, sin tomar agua, sólo con la esperanza de que se hiciera un milagro. Pues no, no se hizo el milagro, pero si una injusticia, verás. . . Cuando *pardeaba* la tarde, oí que unos pasos resonaban en las piedras, que tenían como piso las calles, así que nomás los oí, qué humor iba a tener con lo que estaba sufriendo, y como te digo no quise saber de que se trataba. Aquel ruido de pasos al irse acercando

se volvieron unas *tropeladas*; ni más ni menos que una manada de burros. Entonces sí, más por miedo que por otra cosa traté de ver de lo que se trataba y al *voltiar pa'* rumbo de donde venía el ruido, que me encuentro con no sé cuantos gendarmes, así les decían entonces a los que no eran militares, que me apuntaban a la vez que el que parecía el jefe me preguntaba: -¿Tú eres la robachicos?-, y sin darme tiempo de contestarle me empujó. -¡Jálale!, y me *traiba* a puros *riatazos*-, me gritaba, -te vas a enseñar a querer a Dios en tierra de moros-. Por fortuna estaba cerca la delegación y me empujó dos o tres veces más. Como no había lugar *pa'* mujeres, me mandaron *pa'* la cocina donde había otras que a *güevo* tenían que hacer la yegua ¿Sabes qué es eso?.. la comida que le dan a los presos. -¡Ay te quedas!-, me dijo el que me *arrempujó*, que por cierto, al ratito supe que le decían *el matacochis*, porque a los que mataba, les decía: -¡No te *buigas* cabrón! porque no te hallo el *codío* y como soy buen cristiano, no quiero que sufras, así que *tate* quieto y le alzaba el brazo y le atascaba la daga cabeza de águila hasta la empuñadura;- *aluego* que se la revolvía, la sacaba y en los mismos trapos del *dijuntito* la limpiaba.

--Óyelo bien-, me dijo mirándome de frente: - tratas de pelarte y donde te alcance te aplico la ley fuga- y como no le contesté se fue, pero antes me dijo: -¡Acuérdate! que de lo que te acusan es un delito muy grande-. Con todo y lo *taruga* que era, y todavía, no pude entender de donde venía la denuncia. Cuando ya había *clariado* bien, que me llama una de las mujeres, *la pantera*, y me dijo:

-¡Hey tú!, fachada de *mátalas corriendo*, ponte a *pisquiar* el *nistamal* y yo con toda mi inocencia le pregunté. . .

. . .¿Oiga, yo miro que ya está *pisquiado* y desgranado? y el ino te hagas pendeja! y la cachetada, todo fue al

mismo tiempo,

-¡No te estoy diciendo que lo *pisques*, sino que lo *pisquies*!. ¡Bestia!.....

...y yo la mera *verda'* no sabía lo que tenía que hacer y
-¡Apúrate!, que lo quiero *pa'l* medio día. . . ¡Ah! y *pa'* que se te quite lo viva, lo mueles, amasas y sacas las masas ¿oístes?

. . . Yo estaba tapándome con las manos la cara, no tanto por el dolor, sino por la vergüenza y estaba tan ida, que no oía a una viejita que me decía.. .

-Ya se fue, ven yo te voy a enseñar como lo hagas ¿no sabes, verdad?, Mira, en esos *apastes*, y me señaló unas ollas de tierra, pero mucho más grandes que las ollas que se usan *pa' tinajas*, tienes que poner agua hasta la mitad, cuando se mueva el agua es seña de que va a soltar el primer *hervor*; entonces tú agarras tres litros de cal, allá está, y me señaló el lugar donde se encontraba, y se lo echas y cuando veas que hace bombitas lo revuelves con el *meneador*, la dejas un ratito y cuando el agua se ponga blanca como *lechi*, entonces si echas el maíz y de *ai pa'* delante no le quites la mirada y cada natita que se le haga, tú se la sacas con el cucharón, lo tientas a cada rato y hasta que el grano se haga blandito empiezas a sacarlo y lo echas en la *artesa*, y me la señaló; no lo pongas hecho bola, porque no se enfría parejo y *pueque* que *pa'* cuando *amartajes*, se te acede y *aluego* no te quitas ni con agua bendita: primero, una *riatiza* con el chile de toro y después, una noche completita en el hormiguero y *aluego* supe que el mentado hormiguero era eso, un hormiguero de puras hormiguitas prietas, que con el olor de la melaza que te untaban en la ropa, querían comerte. -¡Ándale!, yo me voy a *peliar* con los perros y los *moscarrones*-, y se fue.

. . . Imagínate, no sé si era porque la cantidad era mucha, pero *pa'* mi tierra no se hace así el *nistamal*, sino que se *roza* primero y *aluego* se pone a la lumbre y allí se cuece hasta que se deshaga y después, con la mano del metate le pegas unas cuantas pasadas y ¡A echar tortilla! Que *aluego* se hinchan como sapos y *pa'dentro*, *pa'* que mate el hambre. A lo mejor fue por el miedo al hormiguero o a las lecciones de aquella santa mujer o a la manita que me echó Diosito, la *verda' jue* que todo salió a *pedir de boca*. Ese mismo día me pude dar cuenta de que es cierto el dicho de que *en la cama y en la cárcel se conoce a los amigos* y no meto en esto a los que están *ajuera*, y cómo no voy a decir que es ciertito ¡Afigúrate nomás! Cuando iba a por el tercer *apaste de nistamal*, regresa la *maistra*, la viejita que me enseñó y *traiba* con ella a cinco mujeres que habían terminado su tarea, *la fajina*, y que se ponen a ayudarme. Unas *amartajando*, otras moliendo, yo amasaba y la viejita sacando masas; ¿sabes que es sacar masas? ¿No?, Me lo figuraba, no es otra cosa que hacer bolitas, más o menos de éste tamaño y aconchando la mano me dictaba cátedra y, eso sí, todas tienen que ser del mismo tamaño: eso se logra al puro *tanteo*.

. . . Al siguiente día me dijo *La Pantera*, con menos *güevos*, sería porque vió que todas las compañeras internas me *soliviantaron* en la tarea que me marcó: -ya vi que no eres tan mala res, como dicen que eres, me *cáís* bien y no porque te defienda *La Remedios*, así le decían a mi protectora y no porque fuera su nombre de pila, no, era porque *ajuera* vendía *yerbas pa'* todos los males: lo *mesmo pa' la querencia*, como *pa'* que el hombre tenga humor en las *nochis* y no se duerma o también *pa'* los hombres que los hacen menos sus viejas, *pa'* que no se

las huelan; pero un día, *pa'* su mala suerte, llegó una *marchanta*, que ya conocía la *acertación* de doña Remedios y le pidió una *pócima pa'l* humor de su hombre y *ai* tienes que otro día, ella amaneció con un *melindre* en la cabeza y pintando raya por donde caminaba, pues no podía levantar las patas de puras *calambriadas* que le quedaron, mientras que el hombre amaneció muerto en el cuartel, *dizque* era un oficial de mucho grado, ya que al acostarse se quitó las botas y a lo mejor la cobija era muy chica y no le tapaba los pies.

-Bueno. . .me atreví a decir por primera y única vez durante todo el relato, que si qué tenía que ver la *pócima*, el humor sexual, la cobija y los pies. . .

. . . ¡Ay, Chencho!, qué bien se ve a las primeras que eres un *pergollino* que no sabe de justi. . .mira, después de clavar el *hacha, cai* el palo ¿sí?. . .Entonces, ¿quién hizo más *juerza*?, El leñador o el palo, ¡Claro que sí!, El leñador y ¿qué pasa si te mojas las manos en ese mismo rato?, ¡École!, Se acalambrian las manos y se te enchuecan los dedos y sientes un hormigueo que se sube hasta el hombro, ¿No es así?, Pues sucede lo mismo con el hombre que se mete con una mujer, la que sea, lo mismo con la que tiene de pie que con la querida y más con tantas calentadas, como dicen que tuvo aquel ingrato del militar, llevaba la sangre hirviendo y como dicen, por lo pies, lo mismo salen que entran los males. *Ai* tienes, que no se tapó los pies y se le metió un viento colado y así como el calambre de las manos se te sube al hombro, igual el viento colado se te sube a las *verijas* y de *ai pa'* todo el cuerpo y. . .*pa'* que te digo más.

Doña Juanita me leyó el pensamiento, yo no podía preguntar nada, así lo prometí y ya había fallado a mi palabra, incluso, ya tejía las palabras para hacer

aparecer a doña Remedios en este relato y ya me dijo: Estás pensando que culpa tuvo doña Remedios en este *berenjenal*. *Para oreja*, sucede que la viuda estaba tan *enmaizada* por lo que le hacía su viejo, que no se podía *resinar* y *ai* tienes que en sus lamentaciones le echó la culpa a la *yerbera* y como el muertito era hermano de un general, éste *pos'* no se quedó con los brazos cruzados y que arremete contra doña Remedios. *Pa'* no hacerte muy largo el cuento, al final de todo a la viuda le dieron tierra de por medio, la dejaron que se fuera, pero con una mano *pa'trás* y otra *pa'delante* y doña Remedios estaba esperando la sentencia. Se oía a muchos que *rumoreaban* y le decían al que lo preguntara, que *doña Remedios* saldría con los pies por delante, ya que la sentencia nunca va a llegarle; así son estas cosas.

. . . Oye, Chenchó, ¿Qué te platicaba cuando me salió todo este *merequetengue* que te conté?. . ¡Ah! Si, si, ya me cayó el veinte, de *la pantera*, si, de ella te hablaba. Que me dijo que le *caiba* bien y que no era por miedo a *doña Remedios* y *ora* que si se cumplió lo del dicho aquel: *toda oveja descarriada, vuelve pronto a su corral*; lo digo por mí, porque si que me pegué una buena perdida en esta *platicota* que te platico. Y pues bueno. . me dijo *la pantera*, que no era tan pantera y lo digo porque yo lo vi con mis propios ojos, cuando una noche llegó un gendarme, que por ningún lado se le miraban los años, y no te voy a decir que estaba guapo, no, ¡Que va!, ¡Estaba bonito el méndigo! Y lo seguí con la mirada, hasta que se atochó atrás del *poyate*. Al ratito se oyó una tosecita. . una vez. . y *aluego* otra vez y después un *pst, pst* y enseguida una voz que preguntaba, ¿dónde estás? Y sin que pasara medio minuto, se oyó otra voz que contestaba: aquí, junto a la nueva. . ¿Sabes quién era la nueva?. . muy

cierto la nueva era yo. Como *creiban* que yo estaba dormida, pusieron manos a la obra y a ilo que te *truje* Chenchal! . . .no lo digo por ti, así dice el dicho. Cuando empezó el *manoseo* ella le reclamaba y cobrándole celos le decía: ¡No te pases de vivo!, Que aunque estoy enchiquerada, sé todo lo que haces con las “pirujas” del mercado, que no te agarre en la maroma, porque ya sabes que por algo me dicen la pantera. . .Yo no quería ni mover los ojos y más cuando los gruñidos de la *dizque* pantera, se volvieron ronroneos de gatita. Como tenía los ojos cerrados, en una de esas que los abro y los voy viendo con el resplandor del hornillo donde se estaban cociendo un montón de huesos que habían *traido* ya casi *pa'l* anochecer...estaban *jirutas, jirutas, bichis como un ejote*, y de pronto que me dice: -ahora vas a irte a la cocina, haz lo que te manden y sin *rezongar, ¿oíste?*, Sin *rezongar, ¡Ándale, vete!*. O sea que ella, en una *voltiada* que dio con los ojos en blanco por el *zangoloteo* que tenía, me miró que yo los estaba espiondo y por eso, sin dejar de hacer lo que estaba haciendo ja, aja, ja me dio la orden.

. . . ¿De que crees que se hacía la mentada yegua?
 . . si, si, de carne que le *ruñíamos* a los huesos, pero vieras visto los huesos antes de ponerlos en la lumbre, entonces supe lo que me dijo la compañera que me echó la mano con la *pisquiada* del *nistamal*: ya me voy a pelear con los perros y los moscarrones. Así era, llegaban unos perros, nunca supe por donde entraban, pero llegaban y te arrebatan los huesos de la mesa, de las manos y daba risa ver cuando se jaloneaban por un hueso, las mujeres y los perros; por otro lado estaban las moscas y los moscarrones. Estos últimos, en cuanto se sentaban en la carnita que tenían los huesos, ponían las *queresas*...

-¿Las *queresas*? . . .

. . . Si, las *queresas*, algo así como unas liendritas blancas, que el moscarrón las caga en bolitas y pone muchas, *aluego* crecen y se forman los gusanos ¿Entiendes? Así que en cuanto te descuidabas, se hacía una nata de gusanos; *afigúrate* tú ¿cuántos gusanos se iban *pa'lolla*? Pues un *catorzal*. Así pasaron muchos días, a la mejor se juntó un mes o dos o isabrá Dios!, pero te diré una cosa: De no haber sido porque tenía que salir *pa'* seguir luchando *pa'* tener conmigo a *mi'ja*, llegué a pensar que podía quedarme allí toda la vida. Pensamientos de loca digo ahora.

. . . Lo que te conté de *la pantera* sucedió un día más o menos a la mitad de los días que allí pasé y como en la abierta de los ojos que te digo que pegué me ganó la curiosidad y como estiré el *buchi*, pues me *pescó la pantera*, pero no me dijo nada sino hasta otro día; cuando me vió, se me arrimó y me dijo, con una atención como si fuera a pedirme prestado, y aunque viéndola bien, lo que me pidió, era más que un préstamo.

-Juanita, ¿Cómo amaneciste?, ¿Dormiste bien?.

. . .Yo nomás la miraba, diciéndome *pa'* mi misma: ¡Ay chiquita!, te traigo comiendo en mi mano.

-Dime Juanita, ¿Porqué te trajeron?. . .ya comiste. . .este. . .quiero que me escuches de mujer a mujer. . .por. . . por lo que pasó anoche, pues. . .tú sabes Juanita, cuando uno es mujer y aunque reniegue y maldiga a los malditos hombres y le llega a uno esa lumbre abajo del estómago, no hay quien nos pare. . .

. . .Yo me dije, si tú supieras *panterita* que yo nomás me acosté con un hombre y que aquello no duró mas de media tarde, si tú supieras. . .

-Y como aquí donde estamos hasta hacer eso tenemos prohibido, a no ser cuando lo hacemos a *güevo* con las

mandamases de esta *pocilga* y un *quiotro* generalote que llega y que llega como si fuera a comprar vacas; nomás las señala y dice, quiero aquella o aquella otra y allí va una, como perro entre las patas, pero digo. . .eso no tiene chiste para nosotras, ya que eso es nomás de tirarse y a que te *zangoloteen*, ¡pero nomás! Uno no tiene humor ni para verlos y decir si son guapos o no, porque si así fuera, pues otra cosa fuera y lo que nos quedamos pensando de ellos, es que son unos hijos de su *santa madre* y no podemos llamarlos hombres, porque no lo son, son unos animales o peor que animales, son unos burros *mezos* y además, se sienten irresistibles. Mira Juanita. . .quiero que me perdones, aunque no pasó lo que pudo haber pasado. . .

. . .Pero, ¿De qué? o ¿porqué te tengo que perdonar?, le dije. . .

-Verás. . . como tú eres nueva aquí y como nadie te ha preguntado o como dicen que nadie ha venido a formar tu expediente, entonces, nadie te ha dicho lo que debes hacer y lo que no debes hacer y pues. . . Mira, lo que no debes hacer entre otras cosas, es ¡El amor!. . .para que entiendas mejor, lo que no debes hacer es *engatusar* a los vigilantes *pa'* que se metan contigo ¿Me entiendes?, Si te agarran en la *maroma*, te castigan: te dejan sin comer o te encierran en la *bartola* una semana y muchas cosas peores, por ejemplo te dicen. . .¿Conque tienes muchas ganas eh?, Pues *pa'* que se te quiten, ¡Te vamos a dar pase gratis al teatro!, y ¿sabes qué es eso?, ¿No? . . . pues es el corral donde tienen a los locos. . .y ya sabrás como sales de allí. . .digo si llegas a salir. . .

. . .Pero-, le dije, -yo ¿qué tengo que ver con todo eso?.

-Por eso te pedí perdón y te sigo pidiendo. Sucede

que si por cualquier motivo me hubieran cachado, yo te iba a acusar, por eso me acerque a ti, es decir, al primer grito del guardia, yo iba a ser la primera en llegar. . .

. . .pero si ya estabas allí, le dije,-

-¡Eso es!, me contestó; yo iba a actuar como sorprendida para que tú cargaras con la culpa, pero yo que soy tu amiga te iba a defender diciendo: Ella es nueva y desconoce el reglamento, nadie le dijo nada, así que considérenla. . .

. . .Pero, grité, -yo no era. . .

-Y ¿qué crees?, ¿que te iban a creer?, No, si los que te acusaron dijeron que habías vivido en la casa de doña Pachita y, para qué quieres más. . .

. . . Por segunda vez, miré como se derrumbaba el orgullo de aquella *pantera*,. . .agachó la cabeza y empezó a llorar a la vez que una vez más me pedía perdón y donde ya no pude tener calma, fue cuando se arrodilló, sin importarle que la estuvieran viendo, y *aluego* me besaba las manos.

-Levántate y déjate de cosas-, le dije, -no pasó nada, ¡Ándale!, Déjate de lloriqueos y sí, se levantó y me invitó al rincón de la cocina y cuando menos me lo esperaba, me dio un beso en la frente y me dijo:

-Juanita, así tenga que mover el cielo, el mar y la tierra, te juro por lo más sagrado, ¡Qué voy a sacarte de aquí-.

. . .En los siguientes días, temprano me saludaba y me hacía preguntas, que yo le contestaba a medias y *aluego* se iba. Un día que yo me encontraba peleando con los perros y los moscarrones, llegó un hombre vestido de militar y me dijo a boca de jarro:

-De manera que tú eres Juanita.

. . .Si señor, a sus órdenes-, le contesté.

-¿Sabes-, me dijo, -que son puras chingaderas lo que

hicieron contigo?, Tiene mucha razón mi General Calles en no querer a los curas y a las viejas fachadas de pingüinos, ¡Tiene mucha razón!. . .alístate, porque en unos días más, ¡Sales!. . .pero en cuanto a lo de tu hija, no tienes nada que hacer. . .ella no quiere estar contigo. Dale las gracias a *la pantera*, ella fue la que hizo todo para que salieras libre.

. . . La noticia que me dio hubiera sido motivo *pa'* armar un *alboroto*, pero, . . .aquello que me dijo: *Ella no quiere estar contigo*, se había quedado grabada adentro de mi mente, sin dejar lugar *pa'* pensar en otra cosa. . .

La última noche que pasé *allí*, las compañeras, ¡Todas!, Hicieron una *comilonga* y hasta el señor *perfecto* de la prisión, que no era otro más que el que platicó conmigo, estuvo comiendo y toma y toma champurrado. En un descuido, *la pantera* me jaló para lo oscurito y nos pusimos a platicar, me dio consejos y prometió que iba a portarse bien para salir pronto y que me visitaría. Oye *panterita*, le comenté, me queda una duda. . .

-Dime me dijo

. . . En el caso de que te hubieran cachado o más bien que me hubieran cachado a mí, porque yo era la culpable ¿Qué hubiera pasado con el macho?, Digo porque. . .él era culpable también o ¿No?.

-¡Que va!-, me dijo, -a ése, nomás lo hubieran cambiado de sección; pero antes, lo hubieran felicitado y *pueque* hasta lo ascendieran, porque había logrado por la buena, lo que los *gogotudos* tienen a *güevo*, porque los *gandallas*, con todo y que son unos animales, piensan que no es lo mismo tener por las buenas a una mujer que va a temblar en sus brazos a que estén con una que parece cadáver. . .Así que ¡Qué bueno que no hubo relajo! Y mi machito, porque es un machito, lo tengo a ¡Cuarta y

quemón!

. . . Oye *panterita*, le hablé bajando la voz, -no todos los *gogotudos* son malas reces y lo digo por el señor *perfeto*...

-Pre-fec-to, me dijo, -¡Claro que no!, Él se cuece aparte. El sí es hombre, él es muy humano-.

. . . No había duda, tanto *la pantera* como yo, no nos equivocamos, teníamos razón al calificarlo como un buen hombre. Sucedió que al poco tiempo de mi salida, llegó a mi casa y cuál sería mi gusto al verlo, que le dije, ¡Señor, *Perpento!*, Se me había olvidado que era. . .todavía me acuerdo de *la pantera* cuando me dijo: pre-fec-to. . . y *aluego* ¡Pase! ¡Pase usted! ¡que gusto en mirarlo!, Pero, ¡Siéntese!. . .

--¡Gracias, Juanita!-, me dijo, -te traigo recuerdos de todas tus amigas . . y me las mencionó a todas menos a doña Remedios. . .

-Todas se acuerdan mucho de ti, dicen que se sienten muy contentas y que *dizque* olvidan sus *mortíficos* cuando vas a visitarlas y hasta cuentan los días. . .parece que ya se ajustó el mes de la última vez que fuiste. . .

. . .Oiga señor-, lo atajé, -¿qué me cuenta de doña Remedios?. . .

-¿De doña Remedios...ella...hummm...ella murió, se envenenó cuando supo que formaría cuerda *pa'* las Islas Marías. Tú sabes, el poder del hermano del muertito que le achacaban...Yo ya no trabajo en la prisión, ahora mi oficio es de jefe de ayudantes de mi General Macario Gaxiola, que en unos días más, será Gobernador de Sinaloa...y, precisamente vengo para, aparte de saludarte, pedirte que trabajes con doña Lupi- ta, esposa del General, como lavandera; o sea, que en pláticas, salió que doña Lupita, buscaba una mujer que fuera trabajadora y curiosa para que se encargue de la ropa de

ella y de la de su esposo, o sea, de mi General Gaxiola-

. . .Y yo le dije que ya había encontrado lo que andaba buscando.

-¿Qué te parece? ¿Le entras? . . .

. . . ¡Claro que sí!-, le contesté, -eso no tiene vuelta de hoja; ¿Crees que podía negarme Chencho?, Así *viera* tenido un compromiso jurado, le hubiera entrado.

-Bueno, mañana vendré por ti.

. . . En la que me vi cuando llegaron por mí ¡Nombre!, yo me había subido a burros, caballos, carretas, trenes, pero a eso ¡Nunca!, Con decirte que a esa cosa, ni en el mundo la hacía; era una *carrumaquita* que se movía sola y corría como alma que lleva el diablo, -se santiguaba a la vez que exclamaba, ¡María Purísima!-, y como te digo me dijo el guacho que la manejaba. . .

-¡Súbete!, que te están esperando. Yo no le hallaba traza de subirme al *pinacate* aquel y todavía antes de *encaramarme* a la *carrumaquita*, le pregunté: ¿Cómo se llama esta cosa?. Y el hombre, que parecía que se había comido una cáscara de copalquín, digo por el gesto de la cara, me contestó con una voz que sin ser grito fue muy fuerte:

-Se llama ¡*Fortingo!*.

. . . Cuando llegamos a la casa-, digo, -no era casa, era ¡Un palacio! Muy limpio, todo muy limpio, muy ordenado; me recibió una señora que a leguas se le notaba lo *catrina*, pero una *catrina*, después me di cuenta, muy buena y no de esas que te miran como cosa rara, no de las que miran por encima del hombro y escupen por un colmillo. Me dijo y lo recuerdo como si fuera *orita*: -¡Bienvenida Juanita!, Mi nombre es Guadalupe Ramos. tú te encargarás, creo que ya te explicaron, de la ropa del señor, especialmente de la del señor y si tienes tiempo,

de la mía también. Ven me dijo y me tomó de la mano, vamos, porque quiero ver cómo lo haces. Mira, aquí tienes añil para blanquear y allí, el almidón para que no quede aguada la ropa.

. . .Ándale!, ¡Trágame tierra!-, me dije, -¡Dios mío!, ¿Qué hago?. Dios no tuvo tiempo de responderme, porque una carcajada de la señora, se dejó oír como a media legua a la redonda y cuando al fin dejó de reír, se limpiaba las lágrimas y *aluego* le ganaba la risa otra vez. Al fin me dijo: Entonces tú eres de las que lavan a la antigüita, con lejía y todas esas cosas. . .Mira, fíjate bien. . .en ese bote vas a hervir la ropa y a las que son de color blanco, les pones añil, ¡a la blanca nomás! y cuando suelte el primer hervor, la *meneas*. . .Más claro, la revuelves con el *meneador*; es esa tabla que está ahí. Luego que mires que se les cayó la mugre del cuello y de los puños, la cambias a este otro bote, y me lo señaló, y entonces sí, le echas el almidón y le das otra *meneadita*, hasta que sientas que se pone dura, después la sacas y sin exprimirla, la tiendes, ¿Entendiste? eso es con la ropa blanca, ahora vamos con la ropa pesada: los pantalones y los chaquetines; con esos haces lo mismo pero no les echas añil y haces lo mismo que con la otra, nomás que cuando la saques del último bote, le restriegas en el lavadero. . .

. . .¿Dónde está el lavadero?, le pregunté con harta vergüenza y *allí* está me dijo y me señaló una cartera con unos canalitos en el medio, -ése es el lavadero, ahora sí, Juanita, ¡A trabajar!.

. . . Así pasaron creo que cuatro años y no había noche o mejor dicho, no había tarde en la que yo no estuviera tentada a mandarle decir a mi niña, aunque la *verda'*, mi niña ya era una señorita, que yo trabajaba en la casa del

Gobernador; quería que supiera, porque doña Lupita me lo decía a cada rato, que gracias a mí, el Señor Gobernador era el mejor vestido y yo deseaba que lo supiera, para que se sintiera orgullosa de su madre. Pero ¡No!, Nunca me animé a decirle a la monjita que me visitaba, casi por no decir que todas las tardes, parecía que me estaba espionando y en cuanto llegaba a la casa, la tal monjita se hacía presente y me contaba de mi niña, de qué hacía y cómo se portaba y algunas veces me *traiba* galletas y dulces que, *asegún* ella me decía, hacía *mi'ja*. Pero nunca me dijo lo que yo esperé tanto tiempo oír: Se las manda Mely, no, eso nunca me lo dijo. El último día que trabajé con doña Lupita, adelante de ella le decía Lupita, así a secas, porque me decía que lo de doña la hacía sentirse vieja, fue el día que nunca se podrá borrar de mi pensamiento. . .

El que esto escribe, había sentido momentos de congoja y muchas veces estuvo a punto de soltar el llanto, conmovido por los muchos pasajes donde afloraba el dolor de doña Juanita, al revivir los momentos aciagos de su vida y más aún los momentos en los que ella narra cómo vio morir a su tata--padre y a Nico su medio hermano; a Melitón, la enfermedad y su muerte y aunque ella no lo vivió, pero si la sintió, la muerte también de la tía Filomena; los desprecios de su hija, la prisión a la que se vio sometida por intentar recuperar a su hija; su soledad y tantas cosas más y no obstante, ¡Nunca la vimos flaquear! En cambio, ahora le ganó el llanto y mientras lloraba, hundiéndose en sus recuerdos yo me preguntaba, ¿caso lo que sucedió aquel día trasponía el dolor, la pena y el sufrimiento que había padecido?. . .Dejemos que sea doña Juanita la que continúe con su relato y encontraremos la respuesta a

esta pregunta. . .

. . . Ese día-, como te decía, fue el último en la casa de doña Lupita; comió conmigo en la cocina, me llevó a su cuarto y me enseñó muchas cosas que allí tenía, nos hincamos ante un altar en donde tenía a la Virgencita de Guadalupe y al salir, tomó un Cristo de fierro bien livianito y lo puso en mis manos a la vez que me decía: Te lo regalo, cuídalo mucho. Había pensado que cuando terminara el mandato de mi marido y que cuando todo saliera bien, le mandaría hacer un nicho allá en La Lomita y dejarlo ahí, pero ahora creo que en tus manos estará mejor ¡Cuídalo!, ¡Adóralo!, Él cuidó a mi marido, escuchó mis ruegos y con su poder, evitó lo que todos, ¡Hasta yo!, creímos que se iba a convertir en una espantosa realidad; lo más seguro es que no me entiendas, pero mira, mi esposo, el General Gaxiola, siempre fue gente de Villa, ¿Sabes quién fue Villa? ¿No?, Pues. . . Bueno, Villa fue el general más astuto y valiente de la Revolución de Madero; era muy entrón, muy sagaz y fue el más limpio de todos los generales. Fue el general con el que todos querían andar, con decirte que tuvo bajo su mando a más de treinta mil soldados y entre ellos, se encuentra mi esposo. Entonces, como Villa y Calles fueron enemigos de por vida. . .

. . . Y, ¿quién es Calles? , le pregunté. . .

-Calles, es un general que se hace llamar *El Jefe Máximo de la Revolución*, es el que quita y pone presidentes de la república y por eso era que desconfiábamos de que le hiciera una mala jugada a mi marido, pues si tenía el poder de quitar presidentes, cuanto más gobernadores y más tratándose de hombres que lo combatieron con las armas y se negaron a estar bajo su mando, pero gracias a Dios y a la Virgencita de Guadalupe, todo está por

terminar bien. Además, teniendo un carácter como el que tiene, es decir, que no se le olvida nada y es más vengativo que un apache, por eso pensábamos que había permitido que mi marido fuera Gobernador de Sinaloa, para después quitarlo; aunque quitarlo, es cuestión de aguantarse, pero, que tal si le fabrican un plan, o sea, que lo acusen sin ser cierto de hacer algo bochornoso. . . ¡Ándale!, Llévatelo, toma este dinero y cuídate mucho y si no fuera porque tienes por quien luchar aquí en Culiacán, te llevaría conmigo al rancho Nacozari o El Limoncito, donde nos vamos a ir a vivir tranquilos, porque dice mi esposo que ya de política, ¡Nada!

. . . Como le pedí su venia *pa'* irme caminando, porque te lo digo, siempre fui y vine en la *carrumaquita* esa, que ya se me olvidó como le decían y por primera vez, anduve por las calles y los callejones de la ciudad. Apretaba contra mi cuerpo el Cristo y le decía: Ya me dijo doña Lupita que eres muy milagroso, así que *orita* que llegue a la casa, te pongo un altarcito junto a la Virgencita de Guadalupe y así, a los dos juntos les ruego por *mi'ja, pa'* que tenga *muncha* salud y así, platicando sola, llegué a mi casita. No abría la puerta cuando sin saber de donde salió, que se me para enfrente la monjita, diciendo que quería platicarme de algo muy serio y a la vez que me *arrempujaba pa'* dentro me sentó en un taburete y me dijo, eso sí, sin verme a la cara: -¡Mely murió-. . .y entonces sí, no hubo poder humano que me detuviera: patalié, grité, lloré. . . ¡Ay! Chenko, no hay dolor más grande que el que se siente por la muerte de un hijo, ni los padres, ni hermanos, ni del viejo; ¡Nada!, Nada se compara con el inmenso dolor de perder un hijo.

Cuando me apacigué un poco, le pregunté. . . ¿Cómo que se murió?, ¡Po's de que estaba mala? . . .

-De parto, me dijo. . .

. . . ¿Cómo que de parto? Le dije, si tú nunca me dijiste nada; ¿Con quién se casó?, A ver ¡Dígame! ¿Con quién se casó? . . .-No, ella no se casó con ningún hombre, ella. . .ella engendró por la gracia de Dios. . .

. . . ¡A la chingada!-, le dije,-¡A otro chino con ese arroz! ¡Que gracia ni que gracia!. Tienes que decirme quien la panzonió y ¡Orita!. No, pos' no.

No supo decirme quién había sido y cuando ya se iba, le dije espérame un momento *pa'ir pa'llá* . . . ¡No!-, me dijo, -con una cara de espanto, tú no puedes entrar a ese lugar sagrado; espérame aquí, que yo vuelvo enseguida. ¡Fíjate nomás!, Me negaron hasta el derecho de llorar a mi propia hija, de abrazar su cuerpo, de besarla por última vez. . .no logré que me dejaran verla y. . .ésa ha sido mi mayor desgracia y mi mayor dolor, no poder ni en su muerte, estar cerca de mi muchachita, *pa'* poder darle el beso que en vida, ella no dejó que le diera.

. . . Cuando volvió, *traiba un tambachi*, bueno, eso creí, pensé que era su ropa, ¡Nada!, Eran dos bultitos, eran dos *güilillos*, hombre y mujer, que había parido *mi'ja*. Crees que aunque tenía motivos *pa'* dudar que fueran hijos de *mi'ja*, ¿Lo hice?, ¡No! y al verlos tan, ¿cómo se dice?... tan desvalidos, tan desamparados, indefensos, desde ese momento, los quise como lo que eran, carne de la carne que yo había parido y que quise como jamás he querido a nadie después de *mi'ja*. Al otro día, muy temprano me despertó la tal monjita, te digo me despertó nomás por decir, porque tú crees que iba a dormir con aquel dolor, *pa'* decirme que si quería ver de lejos el entierro de *mi'ja*. Al ratito vi pasar a todas las mulitas del diablo rumbo al panteón y parada en la puerta, en el frente de mi casa, le dije: Adiós, hijita de mi alma, perdóname por todo lo

que te hice sufrir, ¡Ve con Dios! Y pasado un buen rato, volvió la monjita, *pa'* darme el rumbo de la sepultura de *mi'ja*. ¡Fíjate, nomás!, ¡Ver de lejos el entierro de *mi'ja*! Pude haber renegado y preguntarle a mi Diosito, ¿por qué? ¿Por qué mi Dios? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? . . . Créemelo, ¡No lo hice!

¿Ahora sí? ¿Ahora sí, ya te cayó el veinte? ¿Ahora entiendes por qué te digo que ese fue el día más méndigo que yo he vivido?. Como te dije, después de que pasa algo así, como que la vida ya no tiene *valía*, ya no tienes un *pa'* que seguir viviendo.

. . . Te voy a contar lo que yo pensaba pero que *alueguito* me arrepentí. Cuando chillaban los cuatitos por hambre. . .pensaba en dejarlos morir, ¡Ay! Dios mío, que loca estaba y es que se me *afiguraba*, que ellos tenían la culpa de la muerte de *mi'ja*, ¡Pobrecitos!, ¿Qué sabían ellos *de'so*?, ¿Qué culpa iban a tener ellos?, y terminaba diciéndome. . .y, ¿Qué culpa tenía *mi'ja*?, Si al final de cuentas, ¡Yo era la culpable de todo! Sí, ¡yo era la culpable de todo!. La monjita siguió visitándome hasta el último rezo y después, ¡Ni sus luces!, Me dejó olvidada como se deja un costal de perras hembras, ja, ja, ja, oye, ¿Cuántas veces te he dicho esto?, Pero ni modo, no tengo otro refrán que le quede tan al pelo a la situación.

. . . Con el dinero que me dio doña Lupita, puros veintecitos de oro, la fuimos pasando, que por cierto, me las vi negras *pa'* que me creyeran que era dinero bien habido; con decirte que me los recibían como si fueran cobres y eso gracias al enanito, aquél que me llevó a la casa de doña Pachita, que me hizo el favor de gastarlos buenamente, comprando lo que necesitaba porque lo que es a mí, pues no me quedaba tiempo *pa'*

salir a buscar ropa ajena, ya que los cuatitos me quitaban todo el día, aunque no me preocupaba, porque estaba atendida a los veintecitos, a los billetes y a los cobres que había juntado con la paga de lavandera oficial del Gobernador, que a decir *verda'* eran *munchos*, porque durante los cuatro años que trabajé con doña Lupita, no gasté ni en calzones, ya que todo me lo regalaba ella, además de que contaba con los pesos fuertes que desde que llegué, había dejado bajo el cuidado de la Virgencita, así que por eso ni me preocupaba. Así pues, el dinero era *pa'* la pura *tragadera* y es que gracias a Dios, los cuatitos nunca se enfermaron; sus males no pasaban de dolor de panza, catarros y calenturas locas. Las ropitas se las hacía yo misma de la que me regalaban, teníamos muchas cobijas, en fin, era un *cachivachero* de poca o mucha ma. . . ravilla. Como no sabía qué o de qué con los billetes, que era un buen manojo, comencé, como ya te dije con los veintecitos, después seguí con los cobres, eran un *montonal* y *aluego* eché mano de los billetes; *pa'* esto, ya habían pasado *munchos* años, con decirte que los cuatitos ya corrían como *cholis* y hablaban como cotorras y icómeme tigre!. . . Que no valían ni una mierda los méndigos billetes; *quesque* eran *bilimbiques* y lo *pior* fue, que me amenazaron con mandarme al bote, porque *dizque* estaba engañando a personas de buena fe. ¡Ai caza tus opiniones Chencho!.

. . . Cavilando y cavilando, llegué a un acuerdo conmigo misma, me convencí de que nadie tenía la culpa más que yo y como no había remedio y palo dado ni Dios lo quita, me dije: Bendita sea la ambición del *maistrito*, si no, estuviera en la calle. Eso lo dije sin saber que yo misma me estaba echando la sal y ¡Tú di si no!. Sucede que cuando le dije a la Virgencita que me perdonara porque

la iba a incomodar y que le agradecía la encomienda que le había dado, ¡Qué te cuento!. . .entonces no nomás quise que me comiera el tigre, sino el león, la pantera y hasta el pinche zopilote, anda vete, ¡No había nada! Así como lo oyes, ¡Nada! Y entonces si, me le reboté a la Virgen y le dije poniéndome como azucarera, con las manos a cada lado de las caderas: ¿Qué pasa Virgencita?, ¿Porqué me haces esto?, Lo pasado, te lo paso ¡Pero esto!, Si a las últimas sabías que era dinero *pa' la comilonga* de los cuatitos, ¿Y *ora?*, ¿Qué hago?, ¡Dime!, ¿Qué hago?, Si tú sabes que los cuido o trabajo. Seguí desbocada, eso sí, sin andar con maldiciones o amenazas y cuando me cansé, me senté y hasta creo que los cuatitos se fijaron lo *enchilada* que me encontraba, porque como perritos regañados, con la cola entre las patas, muy *espichaditos* se salieron *pa'juera*. Yo quería acordarme si los había cambiado de escondite, pero ¡No!, En *qui'otra* parte iba a estar más seguro que bajo su mirada. . . ¡En la madre!, me dije,. y como *marichi* que lo corretea un coyote, que salgo y me encamino a la casa donde vivía el fulano que según la madre superiora se metía conmigo y que llego y no miro a nadie; la puerta estaba abierta de par en par, todo me decía que allí nadie vivía y eso desde a tiempo atrás, aquello estaba abandonado. ¿A quién podía preguntarle? si en el barrio, nadie me hablaba, si en ese *tiempal* que viví allí, corrí con la fama de *repugnante*, primero *quesque* porque me creía mucho con la amistad de las monjitas, las mulitas les decía yo, y aluego por el *Fortingo* y me enteré después, que me decían: la *fufurufá*, *gata angora*, *la madame* y muchas babosadas más, así que a quién le pedía información, y en eso estaba, cuando salió una vieja greñuda que me preguntó, con muchos *asegunes*:

-¿Qué vientos traen a la señora por estos terrenos?...Me daban ganas de mandarla a la jodida, pero como yo era la que ocupaba de su ayuda, tragándome la *bilis* y disculpándole el *modito*, le dije: con la dispensa por delante, quiero que me haga el favor y me diga el paradero del hombre que vive o vivía en esta casa, se la señalé. -¿Ese pobre jodido? Si está con vida, que Dios lo proteja y si está muerto, que lo *aiga* perdonado y como la señora, siguió diciendo con *muncha* cola, no se codea con los pobres de la *vencinda'*, ¿Qué no sabe que el *tacuachi*, así le decían, se enredó y la perdió *di'atiro* feo, con un dinero que *dizque* se halló; el muy pendejo, no supo que era dinero marcado y como no le creyeron que lo había robado aquí en el caserío, *asegún* se cuenta, se lo llevaron *pa'* Mazatlán, *dizque* lo ensartaron los americanos y la dejé hablando. . . y me fui a la corre y corre hasta que sin *resuello* llegué a mi casa, preguntándome ¿Por qué corres? Y es que cuando escuché que al fulano lo metieron a la cárcel por el dinero que le encontraron, *pos'* se me vino a la memoria que era el que me dieron en Mazatlán y como aquella greñuda dijo que lo tenían marcado, pues me doy cuenta que yo corro peligro de que me busquen y corra la misma suerte. Todo estaba muy claro, Mr. Charles me seguía los pasos y también recordé la plática del *maistrito*. . .aquello de que *las alazanas no eran monedas, sino algo especial* y la ida a conocer el rancho donde yo nací, también era junto con pegado; *pa'* que me entiendas, todo era lo mismo, el robo de Heraclio, después de casi cuarenta años, seguía dándole problemas a los gringos, ¡Oh sabe! ¿Tú que crees?.

POR LOS CAMPOS TOMATEROS. . . Y CORTANDO PANOCHA

. . . Como te decía, agarrar las pocas chivas que tenía y a un cuate en cada mano, fue uno solo, pero también tienes que saber que se me vino a la memoria la plática que me hizo el hombrecito unos tres días antes de que pasara lo que te estoy contando, me dijo:

-Fíjate Juanita-, me *mosquíé* porque siempre me había hablado de *usté'*, -qué ya no nos vamos a ver-, -bueno, cuando menos no tan seguido como ahora, porque me voy a trabajar en el corte del tomate, ya me anoté en el *reenganche*. . . te lo digo *pa'* que no te vayas a enojar. . .

. . . Y porque tengo que enojarme por lo que tú haces-, le dije.....

-*Pos'*, *pos'* es que como nomás contratan a los casados. . . *pos'* yo les dije que yo era casado y que mi vieja se iba ir unos *dillitas* después *pa'l* campo donde yo iba a trabajar.

. . . Está bien, lo atajé, pero ¿*Qué pitos toco yo en tu orquesta?*. . .

-Es que yo les di tu nombre como si tú fueras mi mujer, pues y el de los cuates como si fueran mis *plebes*.

. . . Si me hubieran contado el mejor chiste o si me hubieran hecho cosquillas, aquí, abajito del sobaco que es donde las tengo, no me hubiera *rido* tanto como ese día; con decirte que se me acabó la *resollada* y me agarró una tos que me *ajogó* y que por poquito me lleva la chin. . . la calaca, pues. ¡Nooo! Le dije, no te apures y qué

bueno que pude ayudarte, pues *pa'* que son los amigos, digo ¿No? *Di'onde* me iba a imaginar que la hablada del hombrecito me sacaría del *atolladero* en que estaba metida y no hasta el pescuezo, cómo *aluego* dicen, no, yo estaba metida hasta las puntas de las greñas y mira que las *traiba* largas; así pues, que hice y pensé lo que tenía qué hacer y fue en menos de lo que dura un suspiro y ai te voy, a la corre y corre rumbo a la iglesia, que en ese tiempo era la única o cuando menos yo así lo creía y que llego y me dirijo al primer hombre que miro y que le digo, como estaría de ajustada que se me quitó lo cohibida y lo *amosomada*: Oiga, *éusté'* es de los que jalan a la gente a los campos tomateros?.

-Sí-, me contestó, pero nomás hombres, siempre y cuando lleven mujer *pa'* que los asista, pero a mujeres solas, ¡No! y menos con *plebes*. . .

. . . Pero, oiga-, le dije, -yo soy la mujer de. . .de. . .

--¿De quién chingados?-, me gritó

. . .De. . .ai tienes, que como nunca me dijo su nombre de pila y como yo tampoco nunca se lo pregunté, primero: porque como no se enojaba cuando lo llamaba con el apodo que le puse, cuando me hizo la *tantiada* del burdel aquel y segundo: ni por aquí me pasaba que llegaría el momento que su solo nombre de pila me hiciera falta saber. . .de Juan, *El chapo*, el que *traiba* y llevaba gentes al dipo en una carretela. . .

-Oigan. . ., les gritó aquel hombre a los que se habían arrimado alrededor de nosotros, se acuerdan que les dije que no me gustaba *pa'* que se llamara Antonio, *el chapo* fachada de pirineo que se fue hace unos tres o cuatro días, ¡Se llama Juan!, También acuérdense que les dije que tenía fachada de muy méndigo y no me equivoqué, miren nomás, esta mujer es su vieja y que no les quepa

duda, estos *plebitos* son los que dijo tener. . . que desgraciado, siguió diciendo, y más que desgraciado, es más ingrato que una *pichigüila*, porque después de que esta pobre ancianita lo recogió, porque me imagino que al parirlo su madre le miró que ya tenía dientes y le pidió un trago de tequila, se asustó y prefirió tirarlo como un costal de perras hembras; lo amamantó y lo cuidó y cuando creció el muy cabrón, le fincó un par de cuates. No hay duda, de que qué los hay, los hay.

. . . Yo escuché todo aquello, claro que lo oí, pero como mi pensión era tanta, lo oí como oír llover, *pa'* que me entiendas, me valió madre, en primera lo de ancianita, porque era cierto, porque hacía ya muchos años se me *via* levantado...¿Me entiendes?, En segunda, si *el chapo* me había preñado o no, eran puras *afiguraciones* del metiche aquel. Así que *ai* la dejé y nomás *pa'* que no me siguiera chingando le dije...Que quiere que le haga, cuando a la mujer le apura, le abre las *canillas* al que tenga enfrente, no le hace que le vaya empezando a emplumar el *guitacochi*, y parece que aquello fue santo remedio *pa'* que se callara y volvió a abrir la bocota, solo *pa'* preguntar que a cuál campo se había enlistado, el que hasta allí supe se nombraba Antonio, y una voz le contestó que al Campo Olimpo. Entonces, me dijo, mira que tienes suerte, precisamente aquella carreta, me la señaló con un ademán de cabeza, sale en un poquito más y como *pa'* que yo me olvidara del ataque que me había hecho, subajándome ante los demás, me ayudó con las talegas y con los pocos *tilichitos* que pude lograr cuando salimos *juidos*.

. . . En la carreta que nos subimos, después lo supe, era en la que llevaban la provisión y por eso se prestaba a llevar a cuatro o a lo más a cinco cristianos, así que

no íbamos muy *apretujados* y lo que fue mejor, que los cuatitos le cayeron muy bien a la pareja que iba con nosotros, o nosotros con ellos, ¡Oh, sabe!. La pareja era un matrimonio que venía, te aclaro que por su gusto me lo platicaron, de Durango, que aún no tenían hijos y que se habían venido porque Tiodoro, así se llamaba o a lo mejor todavía se llama el hombre y ella era mi Tocaya, había *picado* a un fulano que lo *traiba bocabajado* y como Tiodoro no era de pleito, que no es lo mismo a que Tiodoro no *juera* hombre, el fulano envalentonado había gritado a pecho abierto, que le iba a quitar a la mujer y *ai* tienes tú, que Tiodoro se resolvió y no esperó a que el *bravucón* viniera, ¡No! Él fue a buscarlo y cuando Tiodoro lo enfrentó, le dijo que el mundo era muy chiquito y que uno de los dos salía sobrando: yo me imagino que aquél le vio la calaverita en los ojos y le contestó que no era *pa'* tanto y que lo que había dicho era efecto del chacaleño y que *pa'* que viera que él lo daba por olvidado, le brindaba un trago y precisamente de chacaleño, pero *ai* tienes, que además de bocón, era traicionero, porque mientras le daba la botella con una mano, con la otra le tiraba el *tasajo*, que por poquito atrasa a Tiodoro, pero Tiodoro voló como pájaro *pa'* un lado y antes de caer a tierra, le soltó su daga cabeza de águila, la que le entró como el cuchillo al queso, en el *olotillo* del contrario. Tiodoro, a ciencia cierta no sabe en que paró todo aquello, ya que por consejo del mismo gobierno, nomás pasó por mi tocaya y puso tierra de por medio. Así que ni sentimos el camino, tanto por la plática, que nos les paraba la lengua, como porque cada uno agarró un cuate y los durmieron en sus muslos. Mientras tanto, yo me decía como dijo el pata de palo: *así me las dieran todas. . .¿Ya te sabes esa?, Pos' mira, era un hombre*

al que tuvieron que ponerle una pata de palo y cuando fue a la cantina, que se suelta una balacera y uno de los balazos le pegó en la pata de palo, después, el mismo se pegó un machetazo y *aluego* en el monte le picó en la pata de palo también, una víbora y entonces fue cuando dijo: *así me las dieran todas*. A la rayada del sol llegamos al dichoso campo y como se suponía que yo era la mujer de Antonio, *pos'* tenía que taparle el ojo al macho, preguntando por él y su galerón. Desde el día anterior había pensado que tanta coincidencia, es decir, que todo se estaba presentando como hecho por la mano de Dios y era *muncho* como *pa'* que *juera* cierto. Lo digo por lo que pasó cuando andaba en las *arengas* de encontrar a mi *dizque* marido. Al primero que le pregunté, me dijo que no lo conocía y me mandó con el mayordomo, ¡Qué a toda madre!, me dije a mi misma, ora en vez de buscar a uno, voy a tener que buscar a dos. Y como te decía, ya no me gustó...pero bueno, al mal tiempo buena cara y que *ai* te voy caminando con un *plebe* a cada lado, los *tiliches* los había dejado en el *tendajón* y *ai* tienes, pregunte y pregunte, hasta que llegué con el mentado mayordomo, un hombre que tenía la cara picada y una mirada de pocos amigos y cuando le pregunté que si él era el mayordomo...me contestó con un pujido y al preguntarle por Antonio se le hicieron chiquitos los ojos y tentándose la pistola, me dijo: -Así que tú eres la vieja de ese hijo de la chingada; me deberías agradecer que te quité un peso de encima, porque no creo que *aiga* sido vida la que llevabas con esa pantera, con ese león cebado, porque ese no era otra cosa. Sábetе nomás, que su nombre no era Antonio, sino Carlos Payán, éramos *di'onde* mismo y cuando *plebes*, éra mos más que amigos, casi hermanos, comíamos del mismo plato, no daba un

paso uno sin que lo diera el otro.

Un día me reclamó un chiste y llegamos a las manos y como fue él, pude haber sido yo el que sacara la *pior* parte. Como no pudo desquitarse conmigo, por la tarde fue a mi casa, *onde* entraba con más confianza que a la *de'l* . . . ¿Y que crees? estando allí mis viejitos solos, sin malicia alguna, los acuchilló a los dos sin ninguna piedad. . .

. . . Miré que aquél hombrón se estremecía, como si tuviera calambres en todo su cuerpo.

--No le dieron lástima, me decía, no le dieron lástima, los degolló como si fueran unos cochis. . . Desde entonces lo seguí como cuando se busca al *nagual*. Un día, cuando venía *pa'bajo*, se me escapó por un pelito allá por el rumbo de Badiraguato y en Pericos le perdí la pista, porque me fui siguiendo una huella falsa que me llevó hasta el Valle de Mexicali; tienes qué entender que no me fue fácil cruzar por los pueblos, ya que por lo regular estaban llenos de guachos, cuando no eran revolucionarios, eran del gobierno. . . Tuvieron que pasar muchos, muchos años, hasta llegué a creer que no podría cumplir con el juramento que les hice a mis viejitos. En los primeros días, me ponía muy triste por las noches y le rogaba al cielo que no me fuera a ganar una bala o una cuchillada. . . Y mira, quién le iba a decir, que cuando ya casi se me perdía en el recuerdo, por su propio pie llegó hasta mis barbas y lo demás *afigúratelo* tú. Así que ya sabes y. . . *pos'* tú dirás si me denuncias, pero te advierto que ni el dueño, ni el administrador general se dejan ver seguido por aquí y *pos'* aquí el que sigue de *autorida'*, *pos'* soy yo. . . ¿Cómo la ves?. . . pero si te quieres desquitar, puedes pedirle que lo haga en tu nombre a cualquiera de los *aguachiles* que hay por

aquí, son fácil de distinguir ya que no duermen en las barracas; a esos los encuentras por las noches allá entre los surcos, pero no creo que quieran *patiar* el pesebre cuando les digas de quien se trata.

. . . Todo aquello me lo dijo como sintiendo desesperación, como si tuviera ganas de arrancar, de perderse en la neblina de la vida, como si *desiara* que el cuerpo que se estaban comiendo los zopilotes fuera el de él y no el de Antonio o Carlos o sepa Dios como se llamaba. Mientras oía lo que me platicaba, también pensaba que tenía que seguirle *pa' delante*, porque lo que era *pa' tras*, ni muerta. Después de la *platicación* que me hizo, el mayordomo se quedó *asilenciado*, muy quietecito, pero eso no le duró mucho, ya que al ver que me acompañaban dos *chamaquios*, dijo:

--Si hubiera sabido, me agunto unos dillitas más, *pa'* que hubiera sabido el muy bestia; cómo te digo, eso lo dijo al ver a los cuatitos. Yo pensaba dejarla de ese tamaño, es decir, que siguiera creyendo que era la mujer de aquél, pero cuando escuché que dijo aquello al mismo tiempo que le rechinaban los dientes, se me juntó el cielo con la tierra y que le digo:

. . . ¡Estos no son hijos de ese tal por cual!, ni yo soy su vieja, era por seguir la treta y también, *pa'* que los *plebes* y yo pudiéramos tener una sombrita mientras buscábamos otros aires. . . Así que *usté'* también sabe que lo que está pasando es lo más *pior* que un hombre, que se dice hombre pueda pasar y parece que le di en el clavo y como si con la mano le hubieran quitado un trapo de los ojos, se volvió hacia mí y me dijo. . .

-Y aunque fueran sus hijos y tú su vieja, ustedes no tienen la culpa de nada.

. . . Así que a un ademán lo seguimos, no sin antes tener

que trotar, *pa'* poder aguantarle la trancada. Llegamos a lo que era la casa del administrador y el mayordomo se metió a un cuartito donde se miraba una mesa y unos cajones.

-Éntrale-, me dijo, *pa'* ver donde te voy a poner *pa'* que trabajes. A ver, ¿sabes seleccionar el tomate? ¿No?, Entonces ahí no, porque te mueres de hambre; allí es por lo que hagas. . .Bueno, de rezagadora, ¿tampoco?, Pues mucho menos haciendo cajas. Ya sé, con Chalío en su carreta y le ayudas con la palanca a llevar el agua a la guardarraya, a los cortadores: eso sí, no te vayas a encabronar, porque lo menos que te van a gritar es *¡Agua, zorra!*, *¡Dámela con tus manos!*, así que *¡Aguántate!*-

. . . Como no tenía con quien dejar a mis plebes, tuve que despertarlos en la madrugada grande, con dolor de m corazón, pero qué le hacía. Pasó el primer día y al regresar, ya casi pardiando la tarde, lo primero que me encuentro, fue a mi tocaya, quien me preguntaba por los cuatitos, mírelos, le dije, vienen dormidos, ¡Pobrecitos!.

-Mire- , me dijo mi tocaya, si no me lo toma a mal, yo puedo cuidarlos sin compromiso. . .y si usted quisiera, también pueden vivir todos con nosotros-.

. . . Así pasó la primer semana y en realidad cuando uno ya está vieja, como que le tienen respeto, por eso no fue tanto lo que me hizo lo que me gritaban. Eso sí, cuando me gritaban. *Zorra, ¿Qué esperas?*, me recordaba que con ese apodo ya eran dos, primero: *La polla y aluego, La zorra* y te diré, que el primero me hacía sufrir, mientras que el segundo me gustaba, porque al ser llamada así, sentía que era porque me necesitaban y el otro, nomás era por mortificarme y sí, eso sentía. Como el mayordomo me había gritado cuando regresaba de la labor, me había

dicho que el siguiente día no fuera a repartir el agua, me quedé bien *amuñada*, pero que se me quitó al otro día en que me dijo que me fuera *pa'* la cocina como ayudante de doña Lichita. Así fue la cosa hasta el final de la temporada. Como ayudante de la cocina tuve la oportunidad de platicar con muchos fulanos y entre plática y plática, supe de algunos que eran del rumbo y como no les daba la cría, pero eso sí les sonsacaba cuando hablaban del terreno. De esa forma supe que mi pueblo *La Huaracha*, había sido desaparecido por los revolucionarios, por lo que quedaba de Los Laureanos y por el gringo aquel, Mr. Charles, a quien le había entrado la curiosidad por saber el paradero del resto de las alazanas y que por eso llegó a lo que quedaba de mi rancho y empezó a hacer hoyos en donde estaba la casa de mi tata y después *voltiaron patas pa'rriba* a todos los muertitos, así que de mi pueblo, solamente queda la historia de *La Polla de Heraclio*.

. . . El siguiente año fue casi igual al primero, sin aspavientos, sin mucho que llamara la atención de mis preocupaciones y entre lo poco que te puedo contar está el bautizo de los cuatitos. Como no podía aunque quisiera, estar todo el día con mis pobres chamacos, éstos se fueron acostumbrando a Tiodoro y a mi tocyita. Entonces sucedió que los llevaban todos los días al catecismo que allí había o no sé que cosa, lo cierto es que se los llevaban a la ramada que servía de capillita y cuando llegó el momento de bautizarlos, *pos'* que no sabía como los llamarían y que me pregunta mi tocyita.

-Oiga Juanita, hace muchos días que quiero comunicarle que ya es tiempo de que les echen cuando menos el agua *pa'* que no estén herejes y *pos' usté'* dirá

cuáles son los nombres que se les van a poner y de paso, *pos'* quiero pedirle que nos deje a mi marido y a mí ser los padrinos de los niños, pues les hemos tomado cariño. . .

. . . ¡Fíjate nomás!, *di'onde* me iba a figurar que tenían que llevar un nombre, ora me pregunto ¿Lo ignoraba por tonta o porque no tenía tiempo ni pa' pensarlo? Dime tú, ¿Por qué chingados se me olvidaba algo tan de primera importancia?-

. . . Entonces fue que le dije a mi tocapita: Francisco el cuatito y Lupita la cuatita, así que cuando menos, ellos ya no iban a tener la mancha de no ser hijos de Dios. Fueron un *titipuchal* de hombrecitos y mujercitas los que se hicieron cristianos y cristianas. Si por una parte tenía razón *pa'* estar alegre, tampoco le podía agradecer al cielo, ya que una de las vergüenzas más grandes que en mi vida he sentido, fue la que sentí precisamente ese día y fue porque al preguntar por el nombre del padre de las criaturas, *pos'*. . .no supe que decir y itrágame perra! Cerré los ojos creyendo que así nadie me miraba y de la misma manera escuché la regañona que por mi culpa, les pegó el cura a todas las madres solteras y que a cambio de su desenfreno, sus hijos llevaran el título de hijos naturales y *pos' pa'* que quieras más. Al final, ya cuando terminó todo el relajo, nos fuímos *pa'* la casa y allí hubo una *comilonguita* de carne de conejo y un pozolito de hueso de venado, garantizado por esta cruz.

. . . Cuando terminó la zafra y no teniendo otra cosa que hacer en el campo, aunque no me apuraba tener *pa' onde* arrancar, ya que a mí me daba lo mismo estar en una parte que en otra. . .Bueno pues como te decía, ya había terminado el corte de tomate y los abonados ya habían hecho rumbo, *¿Pa' onde?* Quién sabe, lo cierto

es que nos quedábamos unas cuantas gentes *pa'* esperar la siguiente temporada. Como te decía, terminó la zafra y mi comadre me dijo: -Comadre, fíjate que a Tiodoro le ofrecen un trabajito en el ingenio de Navolato y sin contar con usted, se comprometió a que se la iba a llevar, ya que se le hacía feo dejarlos solos aquí y le contestaron que no había problema, siempre y cuando él respondiera por su comportamiento por. . .por aquello de que usted es mujer sola, entiéndame comadre, no lo digo yo, sino que fue así como se le dijeron a Tiodoro. . .

. . .No se preocupen comadre-, le contesté, -ustedes mejor que nadie me conocen y además no estoy tan de cuadro *pa' que me buigan* y menos *pa'* andar provocando. Miré que a mi comadrita se le ponían bien colorados los cachetes-. Llegamos a Navolato, ¡Qué distinto a Culiacán! Era. . .cómo te digo, más bonito, más campirano, más rancho. Mucho antes de llegar, había una manguera por cada lado del camino, palmeras por las calles y las gentes nos trataron desde la llegada, como si nos conocieran de todo el tiempo. A trabajar todo el mundo. A mí me pusieron a hacer de todo: a enfriar la miel, a embotellar aguamiel, a cortan panochas cuando estaban en las bateas, pero como me quemé, los primeros días *traiba* los dedos y las manos con ampollas, ¿Ay! Nanita, me daban ganas de rajarme, pero no podía hacerlo por dos cosas: primero porque no podía fallarle a mi compadre y en segunda, porque había ganancias con las *apanizadas*, que no eran otra cosa que las raspaduras de la miel. Yo las juntaba hasta con las uñas y *aluego* las hacía bolitas y bien apretaditas y *ai* te van los cuatitos a *varillarlas*, casa por casa y no regresaban hasta que las vendían todas; creo que a cinco centavos cada una y pues era un dineral. Dinero que iba a la talega y que

por cierto no me la quitaba de la cintura, por aquello de que no te estumas y pues si le robaron a la Virgencita, *cuantimás* a mí.

-Comadre-, me dijo, -usted ya no va a ir a la molienda, ahora me va a acompañar a la casa grande, ya la comprometí *pa'* que sea la que lave la ropa de los señores, pues como me contó que le lavaba a la mujer del Gobernador, pues ahora lo va a hacer con la ropa de los dueños del ingenio.

. . .*Pos'* que quiere que le diga, usted manda y yo jalo.

. . . El trabajo fue más fácil de lo que yo esperaba y llegando, llegando me despaché un *tambiachi* que llegaba como a veinte trapos entre grandes y chicos y lo mejor fue que cuando la ama de llaves, o sea la jefa, aparte de los patrones me dijo: *Juana, ya la hiciste*. Pasó un mes y yo lo único que hacía era ir y venir, porque no había que lavar, ya que los señores, no vivían en esa casa, sino que se iban y volvían allá cada caída de casa.

-Mire comadre-, me dijo mi tocaya, -usted por los niños no se preocupe, ya encontré quien los cuide. . .

. . .*Y. . .y ¿Por qué o pa' que?-, le arrebaté la palabra*

-Lo que pasa-, me explicó, es que todos los que trabajamos en la casa grande, nos vamos al Tambor, porque en unos días viene el papá de la señora a festejar su cumpleaños y pues parece que algo tenemos que hacer allá.

. . .*Y resultó que no era nada más el papá de la señora como había dicho mi comadre tocayita, sino que era también el papá de los pollitos, o sea pues, como quien dice de mi familia, ja, ja, ja. Por segunda vez me iba a trepar en el tren, no sé que diferencia tenía este con el primero, ya que a aquel, le decían tren a secas y a éste, le decían *El tren Tacuarinero*. Cuando llegamos *quesque**

a embarcarnos, ja, ja, ja, no miré ningún barco, había mucha gente y sin preguntar nada, me dije a mi misma, ¿*ónde* va a caber tanta *tamuchinada*?. Mi comadre, como si adivinara el pensamiento, me dijo: No se preocupe, va a ver que ya tenemos un campito. Muchas veces me pregunté como era posible que mi comadre, siendo *aguachile* igual que yo, supiera tanto. Estaba ida, *di'atiro* pensando que nosotros nos íbamos a ir en otro viaje, ya que no cabía ni una sola alma más, cuando me dijo mi comadre a la vez que me daba un tirón del brazo, véngase comadre, ya llegó el especial, donde vamos los catrines y soltó una carcajada y como no había hombres que subieran los *tiliches*, pues nosotros los subimos, así como viendo de *tranchete* y por arriba del hombro a los que iban amontonados en el carro de adelante. Desde entonces les di la razón a los gatos y gatas de las casas de ricos, *pa'* que se sientan superiores a los que andan en la calle mendigando. Porque así es, los sirvientes se portan más mal con los pobres que los mismos ricos. Tiene razón porque con ellos vale el refrán, nomás que *voltiado*, *es mejor ser cola de león y no cabeza de ratón* y yo digo porque así lo sentí, a lo mejor estoy mal. . .pero eso sí, te lo juro por lo que más quiero, que nunca hice menos a nadie mientras que fui gata y con decirte que varias veces metí las manos por los que eran maltratados por los mismos compañeros que a leguas se veía que se creían más.

. . . Bueno, te contaba lo del viaje. . .como mi comadre y yo fuimos las primeras en subir, ella me jaló y nos fuimos a sentar al rincón, a lo mero atrás. El carro estaba dividido: de la mitad *pa'* atrás, tenía los asientos por la orilla y de la mitad *pa'* adelante tenía los asiendo viendo *pa'* enfrente y eran muchas las hileras con dos asientos

a cada lado. Las ventanas eran de cristal y se podían bajar hasta la altura de los hombros de las personas sentadas. En la parte en que íbamos nosotros, estaba techado con madera y la otra parte con algo que parecía cristal, pero no era cristal, lo cierto es que se podía ver el cielo, y digo, como no usaron sombrillas, creo que el sol no quemaba, ¡ O sabe, Dios! Como era costumbre, cuando mi comadre y yo estábamos juntas, era ella la que hablaba y hablaba, yo nomás le decía: si, no, ¿a poco? ¡Mire, nomás! y en ese rato, me platicaba que las personas que iban sentadas en la parte de adelante, eran muy importantes, muy finas y que no se equivocaba, ya que eran invitadas por el papá de la señora Alicia, así se llamaba la patrona, o de su esposo, don Jorge y de ella misma. Pues, como te digo, eso platicaba cuando de pronto vimos que una pareja se dirigía hacia donde nos encontrábamos sentadas nosotras y. . . Virgen Santísima! ¡Qué gusto! ¿Quiénes crees que eran? Pues nada menos que doña Lupita y el General Gaxiola y como si me hubiera picado un alacrán, me *alevanté* y ella, como si hubiéramos sido iguales, me abrazó y lo hizo como lo hace una madre, me acariciaba los cachetes y me volvía a abrazar y me preguntaba, que si cómo me iba, que si cuando me animaba a irme con ella y como no me daba chance de contestarle, pues nomás pelaba chicos ojotes. -Mira Macario-, le dijo *voltiando a onde* estaba aquel hombre, que de no traer el uniforme nadie lo hubiera creído General, por el semblante de buena gente que se le miraba en su cara y en su manera de hablar, -ella es Juanita, de la que tanto te he hablado, ella es la que te hacía sentirte orgulloso por la ropa, acuérdate de que tus uniformes nunca perdían la línea-. . .-Oiga Juanita-, le arrebató la palabra, -cómo la buscamos, pues dónde

se metió, no quedó piedra sobre piedra, estuvimos buscándola y ¡Nada! . . . Me da mucho gusto en conocerla y recuerde que la oferta sigue en pie, todo es cuestión de que nos mande avisar. . . Mire, aquí vamos pasando por las tierras del Limoncito, son de mi propiedad y como creo que vamos *pa'* donde mismo, tendremos la oportunidad de seguir platicando, con permiso-. Doña Lupita, al despedirse me volvió a abrazar y se despidió de mi comadre, cosa igual que hizo el General a la vez que le decía *a sus pies, señora*. Los vi alejarse y mientras tanto, le pedía al cielo que los cuidara, por lo buenas gentes que eran. Cuando *voltié* a ver a mi comadre, la vi con los ojos llorosos. -Y ora tú-, le dije, ¿qué mosca te picó comadre ¿. . .

-No te fijas comadre-, me dijo entre hipo y llanto, -lloro de alegría, porque todo esto y más te mereces por bien portada.

. . . Y *ai* tienes, que unas viejas *emperifolladas*, que se habían sentado en el asiento que estaba por la orilla, eso sí, pegaditas a *onde* iban las gentes importantes, se les torcía el *buchi* voltiando *pa'* con nosotros, hasta que no hubo lucha, una por una se fueron arrimando y sacándonos plática. ¿Qué crees? También eran gatas, *quesque* damas de compañía de la misma doña Lupita y de la señora Alicia, que también viajaba en el mismo carro. Y entre plática y plática, les presumí que yo era la encargada de lavar la ropa de la señora y todavía más, les dije que estuviera donde estuviera la señora, me mandaba la ropa, porque yo era la única en quien ella confiaba. Como ves, de vez en cuando me hago presumida y bocona y eso, nomás *pa'* que te des un quemón.

. . . Cuando nos bajamos, creyendo que ya habíamos

llegado al final del camino del *Tacuarinero*, aquí por abajito le pregunte a mi comadre, ¿*ónde* chingados da vuelta este camalión?, recordando que estos animales necesitan una parcela *pa'* dar vuelta.

-Pues, no sé-, me contestó, -pero el camino de este camalión, como tú le dices no termina aquí, sino que llega hasta el mar, en un lugar que le llaman *Puerto de Altata!*.

. . . Lo que digo, mi comadre sabe mucho. Llegamos al rancho del Tambor y sentí un escalofrío por todo el cuerpo, al ver guachos por todos lados, sentía que nos querían traspasar con las miradas y sin querer, vinieron hasta mí los recuerdos de Mazatlán; miré en segundos y como en sueño los destrozos que hacían en cuanto sentían un trago en la panza. Hasta creo que mi comadre me vio el temblor que me recorría el cuerpo, porque me dijo.

-No tengas cuidado, los soldados que miras, son los que cuidan al General Calles, quien es más importante que el mismo Presidente de la República.

. . . ¡Ah, caray!-, pensé y dije en voz alta, -General Calles, General Gaxiola, entonces aquello que dijo doña Lupita. . .enemigos, contrarios, venganzas. . .eso siempre será ayer y ahora. . .

-¡Apúrate comadre!-, aquel grito, me sacó de la cavilación en la que me encontraba, -te quedaste como ida, ándale, tenemos que llegar y poner orden-.

. . . ¡El mar! . . . ¡Bendito mar! Por ser mar, ¡Maldito mar! Por lo que significó no conocerlo antes. Cuando amaneció, el día nos sorprendió trajinando con la comida *pa'l* desayuno, unos poniendo mesas, otros manteles, sillas, floreros y todo lo que se ocupa *pa'* servir la mesa donde van a comer gentes de la importancia de

los que allí estaban. Después del ajeteo se presentó una mujer que no habíamos visto por la cocina y con mucha formalidad, como si ya nos diéramos cuenta que ella era harina de otro costal nos dijo: -En cuanto terminen, disponen de dos horas para que vayan, las que así lo deseen, a la playa: se van a ir por el lado de donde sale el sol, allí no hay ningún hombre, salvo un guardia armado, que tiene estrictamente prohibido mirar para donde ustedes estén, así que la que quiera bañarse, puede hacerlo, eso sí, con mucho cuidado y no se vayan muy adentro-, . . . y así como llegó se fue, sin decir nada. Parece que aquella noticia les cayó bien a todas, porque no dejaban de hablar: que la playa, que el mar, que el sol y así siguió el *guáguara* que tenían, hasta que mi comadre les dijo: -Delante de mi comadrita, no presuman de playas y mar, porque ella si conoce y conoce bien, porque vivió en Mazatlán, ¿verdad comadre?-, lo dijo mirándome, -¡Ay comadre! Qué voy a saber de todo esto, si en Mazatlán, con decirte que nunca oí decir nada de la playa, menos de bañarme en el mar-. Unas carcajadas de burla se dejaron escuchar y una mujer le dijo: -Cuando quieras-, dirigiéndose a mi comadre, -echar mentiras, pon de acuerdo a la Juana- y más risas y pullas soltaron *pa'* mi comadre; yo miré que a mi tocaya un color le llegaba y otro se le iba.

. . . Fíjate Chenchó, que lo que dije era tan cierto, como lo era la salida del Sol; en Mazatlán nunca, ¿lo oyos?, nunca oí hablar de playas y mar y a lo mejor fue porque cuando llegamos *pos'* era una de buscar trabajo, una méndiga tortilla *pa'* llevárnosla a la boca y después era tanto el trabajo en el restorán, porque como dice el refrán: *Al ojo del amo, engorda el caballo*, aunque de ese caballo yo no fui el amo, por lo que te conté, que el

maistrito lo puso a su nombre y a fin de cuentas, ni él lo era, ni yo tampoco, ya que por acuerdo y conveniencia, corrimos la voz de que el mero-mero era el gringo jodido aquel, Mr. Charles. Entonces te digo que a eso le cargo la culpa de que no haiga sabido del mar y las playas.

. . . Como manada de chivas llegamos a la playa y que vamos mirando aquel mundo de agua, por Diosito santo, te lo repito, era la primera vez que miraba aquello. Ya en la orilla, unas metieron una pata al agua, otras agarraron agua con las dos manos y se mojaron la cabeza, por aquello de la mollera y otras de plano, se *bicharon* y así, a *ráis* se metieron a bañar. Yo por mi parte, me puse a ver lo que aquellas hacían, ya que algo me *bullía* adentro, como si me estuviera llegando el *agüitamiento* y sí, lo que me había figurado en el camino a la playa, se hizo realidad cuando regresamos a la casa. Toda esa tarde, mi comadre no se daba cuenta ni por enterada cuando la buscaba con la mirada y de plano me cortó cuando me dejó con la palabra en la boca. . . -¡Ah caray!-, me dije, -tienen bola las mulas. . . en la *nochi*, al acostarnos, mi comadre no lo hizo en la cama que nos habían dado *pa'* las dos y antes de preguntarle el motivo, ella me dijo que lo hacía *pa'* que yo durmiera *agusto* y se fue y como estaba muy oscuro no supe ni onde pasó la *nochi*. Otro día, que era el día del General Calles, me dijo. . .

-Oiga-, así a secas, *-ai* le dejaron un *tambiachi* de ropa *pa'* que la lave y se fue. Entonces me di cuenta que no nomás tenían bola las mulas, sino que estaban *cuartiadas* y como urgía la lavada, pensé que más tarde aclararíamos culpas. Como a eso de media mañana, se oyeron muchos balazos y cañonazos, ya que en ese momento llegaba el que todos esperaban: El General Calles. El *agüitamiento*

se desapareció porque me olvidé por completo de lo que sufría, porque me la llevé bobiando como los güachos, no sirven nomás *pa' trair* un carramplón al hombro y echar bala, sino que también son buenos *pa'* tocar y los de mayor grado, también son buenos *pa'* la bailada. Me di cuenta de que estas fiestas, no son iguales a las de mi rancho, como las que hacía Heraclio, que quede claro, yo sólo miré una, la de mi fiesta de mis quince años, pero decían que hacía muchas, pero como te digo, allá el Heraclio escogía con la que él quería bailar y aquí, las mujeres son las que invitan al hombre y lo más curioso, que todas o casi todas, se morían por bailar con el General Calles; pobre hombre, no le daban chanza ni de resollar dos veces seguidas. La fiesta seguía y yo como el chinito: *Nomás milando*. Llegó mi comadre y me dijo: -Si quiere váyase a dormir, ya no hace falta aquí- y se fue. Yo le entendí como si *viera* sido una orden y me dirigí al dormitorio; por eso no supe cuando dejaron de bailar, lo cierto es que la música amaneció tocando. No pude dormirme, no tanto por el ruido, sino que empecé a darle vueltas al modito que se *traiba* mi comadre, el “*váyase*”, fue muy seco, no me sostenía la mirada, y no me tuteaba, digo, como lo hizo cuando veníamos en el tren, porque aunque no creas me di cuenta que empezó a hablarme de tú *alueguito* de que doña Lupita y su esposo me distinguieron con su amistad. No supe si ella se recostó o no, lo cierto es que cuando ya me ganaba el sueño, llegó y me sacudió la tarima, a la vez que me decía: -A levantarse, *pa'* que haga el *tambiachi* de ropa sucia que tiene que lavar *pa'* tenerla lista *pa'* mañana en la tarde-. ¡Madre mía! No era un *tambiachi*, sino muchos y iseñores *tambiachis!*. Pero, donde si no me gustó y entendí que la cosa estaba *pior* de lo que yo

pensaba y que además de tener bolas las mulas y de estar cuarteadas, se habían enredado las riendas con el tiro, fue cuando un güachito se acomodó a ayudarme a subir los *tambiachis* a la carreta que nos llevaría a la vía: y entonces ella le dijo: -¡Gracias, pero ella puede sola!- Y lo que tú me dijiste que no estabas allí me dijo ella en el camino de regreso. Al mucho rato de haber llegado a la casa, como no me daba la cría de ir por los muchachillos, le pregunté que si con quién estaban y me contestó muy cortada: -¡Ah!, Esos están con la fulana, pero tiene que llevar dos pesos que le prometí-. No, *pos'* de plano, esto apesta de lo perdido que está. Al día siguiente, me gritó que me apurara con la ropa, que iban a venir por ella. Con todo mi empeño logré sacar la tarea, más o menos como a media tarde ya tenía toda la ropa bien planchada, pero ¿Qué crees? Que la mendiga ropa se quedó allí, cuando menos en el tiempo que yo estuve allí, nadie fue por ella.

. . . Al tercer día de que amanecimos en Navolato, me dijo que ya no iba a ir yo a la casa grande, por lo tanto, tiene que ir a la molienda y de nuevo le entré a cortar panocha y a raspar los asientos de los casos. . . A la llegada de mi compadre Tiodoro, se había quedado en el rancho del Tambor, cambió un poquito la situación, mi comadre se comportó de otra manera con los cuates. Cuando regresaba de la chamba, ya muy tarde, me habló mi compadre y con una risita muy *afigurada* me dijo:

-¡Que buena se la hizo a su comadre!, la dejó como mentirosa ante las viejas, pero no se acongoje, ya se le está pasando y mire. . . si usté' le pide perdón se arregla todo y . . . como si nada hubiera pasado-.

. . . ¿Perdón?-, le dije, -cómo que pida perdón por algo de lo que no tengo culpa. . . -Ahi se lo dejo de tarea-, y

se fue. . .No, pos no, no cabía en mi, ni a la *de a güevo* eso de pedir perdón y como no di señas de que pidiera perdón, dejaron pasar unos *dillitas pa'* decirme que ellos se volvían al Tambor, donde él tenía trabajo de velador y como yo me iba a quedar sin su responsiva, pues, que le buscara por otro lado. Pobrecito de mi compadre, que Dios lo tenga donde deba tenerlo, ya que tuvo la buena acción de buscarme un lugarcito en el tren y le dijo a los señores que me bajaran en San Pedro y que de ahí le diera preguntando *pa'l* Campo Olimpo. ¿Porque crees que te digo, Maldito Mar? Por no conocerlo, perdí lo que me había mandado la mano de Dios.

Pero no siempre me iba a tocar bailar con la más fea, ya que a la llegada *-asegún* la dueña del comedor- fue como una bendición de Dios, que era como si el cielo la hubiera escuchado, de que nos llevara lo más prontito, ya que la temporada del tomate ya había empezado, porque los almácigos ya tenían la planta llegada y que los muleros ya tenían las eras limpiécitas y muy bien trabajadas, así que con una mirada, agradecía al señor de los cielos y terminé diciendo en voz que nomás yo oía, *no hay duda, nunca falta un roto pa' un descosido*. Pero. . .el pero nunca falta, ya estaba escrito que nada ni que nadie que me rodeara llegaría a viejo. Cuando llegaron los cortadores y los carretoneros, unos ya conocidos y otros nuevos, era tanto el *reborujo* que había, que más bien parecía el día de la Virgen. Entre los nuevos que llegaron, venía aquel muchachillo que nos sacó en la carreta de Coyotitán al Dipo, *pa* que agarráramos el tren. Claro, ya no era el mismo plebe delgaducho, no, ora era un hombrón bien dado, eso si, parecía todo, menos trabajador, sus manos las tenía lisitas, no se le miraban callos, como las tienen los hombres del campo

y su cara aunque prietita no se le notaba quemada por el sol, se le notaba diferente su ropa y no se quitaba un sombrero con falda chiquita y con listones rojos. Te voy a ser sincera, yo no lo reconocí al principio, pero él sí y fue tanta mi animación que le tuve un trato especial, cosa que no le pasó de *nochi* ni a la patrona y mucho menos al mayordomo y te lo digo por lo que vino después. En muchas ocasiones, me decía que no era lo mismo manejar carretas de bueyes a manejar carretones con mulas y que a él le era más fácil arriar hombres que quisieran cambiar de vida. Yo nomás lo oía y así empezara con una plática, terminaba con lo mismo.

-Juanita-, me dijo un día la patrona, -ya sabe que su amigo no trabaja ni deja trabajar a los demás y el mayordomo ya lo *traí* entre ojos.

. . .No-, le contesté, -porque así era, yo no sabía. Esa misma noche se me acercó y no hubo saludo, ni un cómo están sus *ñetos* y él sabía que eran mis *ñetos*, no, nada de eso, se fue derecho con una pregunta que me destantió todita-, me dijo:

-Oiga Juanita, ¿qué tanto vale para usted el favor que le hice?. . .usted sabe de lo que hablo. . .

. . .*Pos'* que te puedo decir, le contesté, tú lo has visto, el distingo que hago contigo. . .

-Está bien-, siguió, -pero. . .pues ahora quiero que me lo vuelva y es muy fácil lo que tiene que hacer, es decirme su nombre y apelativo *pa'* anotarlo en esta lista y después, como usted no sabe firmar con su nombre, lo hace con su huella digital, con su dedo pues. . .Como estoy seguro de que puedo confiar en usted, le voy a explicar a que me dedico, y cuando dijo lo último voltió *pa'* todos lados y *aluego* siguió hablando y me dijo: -Escuche bien Juanita, yo soy agente del Gobierno de la República, soy

agente del gobierno que encabeza el General Cárdenas y él nos mandó, porque somos muchos, a los campos para formar sindicatos de trabajadores, con la idea de que en el momento que él de la orden, empiecen a luchar por quedarse con la tierra que ellos mismos trabajan; sabemos que esto no es fácil cuando cada quien jala por su lado, pero si nos unimos, al dueño no le queda otra cosa más que aceptar. . . Como le digo, contamos con el apoyo del Presidente Cárdenas; aquí ya son muchos los que se anotaron y están decididos, pero faltan muchos más-. . . se calló un momento mientras tomaba resuello, -mire, yo sé que no me voy a morir de viejo, yo sé que de ésta no salgo, pero no lo hago por mí, sino por ustedes que nada tienen y que se van a morir de viejos, sirviendo con su trabajo para que se hagan más ricos los terratenientes, es decir los dueños de las tierras. Óigame bien, si yo desaparezco, no quiere decir que se acaba todo, no, aquí hay cuatro camaradas que van a tomar mi lugar y uno por uno van a llegar con usted y la señal será *¿cómo ves las carretas?*, se lo digo porque usted nos va a ayudar a convencer a los cortadores. . . Usted va a pedirle al mayordomo que quiere irse de *zorra*-.

. . . Oye, lo interrumpí, ¿quién te dijo que yo servía *pa'* eso? Y antes ¿quién te dijo que te voy a ayudar?. . . -Por sus nietos-, me lo dijo, -por ellos. . . para que les deje una parcela de diez hectáreas, de la mejor tierra, tierra que usted va a escoger, porque usted es de las primeras que aparece en la lista-. . . La llegada de unos carretoneros lo hizo que se fuera. Ya no lo volví a ver, pero me afiguré cuál había sido su fin, porque al tercer día, vi unos *chopilotes* rumbo a la marisma y me acordé que el mayordomo me había dicho cuando preguntaba por Antonio: -Allá ve y pregúntale a los pajarracos que

si qué han dejado de ese cabrón. El temblor que sentí al ver la *chopilotada*, me arreció cuando la patrona me dijo como aconsejándome: -Juanita, no se enrede, el mayordomo ya está enterado, palabra por palabra, lo que le dijo el comunista ese...Así que, siguió, -córtele por su bien y el de sus chamacos, córtelos inmediatamente, al que va a venir a la tarde o mañana, haga lo mismo con todos, dígame, qué harían sus muchachitos sin usted. Porque a como va Juanita, le va a servir de alimento a . . .esos que usted ya sabe-.

. . . Lo ultimo, me lo dijo haciendo un ademán hacia la marisma. -El mayordomo-, siguió hablando, -sabe que usted no tiene vela en el entierro, pero también sabe que esos agitadores no la van a dejar de la cola. . .Así que, piénsela bien; mañana viene el mayordomo a platicar con usted, ¡Ah y no se niegue a lo que le va a proponer-

. . . A como le caía a la tierra una lluvia de estrellas, así me cayó el recuerdo de todas las veces que he tenido que salir corriendo, comenzando por mi pueblo y siguiendo con Mazatlán, Coyotitán, Culiacán y no se queda atrás, la repentina salida de Navolato y ora de aquí...pero de aquí ¿*Pa' onde* jalaría?. ¿Crees tú que esa *nochi* pegué los ojos', pues *di'onde*, me di más vueltas en la cama, que un destorcedor en el mecate de un marrano. Toda mensa me levanté en la madrugada grande *pa'* poner lumbre en los hornillos, pero cuál sería mi sorpresa, allí estaba la patrona, siendo que yo la levantaba cuando ya tenía en el *pollate* su buena taza de café, ora no, me dijo, ora no Juanita, y no es por mi gusto. Tú sabes que si por mi *juera*, no te dejaría ir, por todo, eres muy trabajadora, muy curiosa y siempre estás dispuesta; sé que cuando me voy, todo queda en buenas manos y lo último lo dijo *jirimiueando*, ¿Por qué Juanita? ¿Por qué? Si todo

marchaba tan bien.

. . . A eso de que empieza a calentar el Sol, me hizo una seña la patrona y yo seguí el movimiento de su mano, hasta que mi mirada se topó con los *chopilotes* que volaban en rueda y volví a estremecerme cuando la oí que decía.

-Otro que no podrá descansar en una santa sepultura; qué será de sus padres, de su mujer, de sus hijos, digo, si los tenía.

. . . Nos quedamos calladas por un buen rato, hasta que ella me dijo, a la vez que me señalaba con un movimiento de cabeza, ahí te hablan y como yo sabía de quien se trataba, me di media vuelta y sin alzar la cabeza, le dije: -A sus órdenes, señor mayordomo-. Me *afiguro*, que a los que van a fusilar los desespera el momento que hay entre ¡Apunten! y ¡fuego! Lo digo porque a mí se me hizo eterno el tiempo en que aquel hombre *garraspiaba* y tosía componiéndose el pecho. Y al final empezó diciendo:

-Oiga Juanita, yo no tengo nada contra usted, yo sé que usted es inocente aunque todo la acusa, sobre todo la plática que tuvo con el General Gaxiola, su regreso al campo, cuando pudo quedarse en Navolato, con trabajo seguro y bien pagado. Tal vez usted será la única que ignora, digo, porque todos comentan que Gaxiola tiene la idea de que los grandes latifundios sean repartidos en ejidos, beneficiando primeramente a los peones de los campos donde trabajan y que por eso, Gaxiola repartió gran parte de sus terrenos a su peonada, para poner el ejemplo. Y lo que la pierde, es el contacto que tuvo con los rojillos esos, que lo mejor que pudieron hacer, fue irse de aquí, porque los que quedan, no tardan en seguir el mismo camino-. . .

. . .Yo me di cuenta de que lo último, lo dijo temblándole la voz y que sin querer, volvió rumbo a la marisma, donde se miraban unos cuantos animales volando, ya que los muchos estaban en tierra. . .

-Como le digo-, siguió, -esto no es cosa mía y la orden que tengo es de ponerla en manos de los guardias del campo. . .pero como no soy tan *pinchi*, ni tan malo y menos con una mujer, he pensado mandarla a Culiacán y que Dios la bendiga. . .no sé cómo me vaya a ir por eso, pero esa ya es mi bronca-. . . Ya *pa'* irse, le dijo a la patrona que no se olvidara de darme el paquete y la provisión *pa'* varios días.

. . . Cómo explicarle a mis plebes, cada vez, que ellos me preguntaban por qué nos íbamos; cómo decirles en el predicamento en que me encontraba, con qué palabras se los decía-, siendo tan bruta, -que me acusaban de algo que yo no podía, y hasta la fecha, entender. No sé si los plebes entendieron por lo que estábamos pasando, lo cierto fue que en todo el camino, no se pelearon, ni hicieron preguntas y qué bueno, ya que esa calma me sirvió *pa'* *cavilar* y echar un sueñito, que me duró hasta que el carretonero me despertó *pa'* decirme que ya *viamos* llegado. Se bajó y se metió a la casa que teníamos enfrente, luego salió, nos llamó y *aluego* bajó las poquitas cosas que portábamos y las metió. Cuando volvió a salir, venía acompañado de una mujer ya muy viejita, que nos recibió como si ya nos conociera, nos llamó por el nombre a los tres y nos invitó a cenar diciéndonos: -Pásenle a lo barrido, ésta es su casa, mientras quieran quedarse aquí-. Mientras tanto, los plebillos se sentían como chivo en un *guaje* con muchos ejotes. Yo rezaba en silencio, agradeciendo a mi Diosito, que todavía tuviera en la tierra almas caritativas.

. . . Doña Belén, así se nombraba la viejecita, resultó ser a como me *afiguré* cuando la vi, muy buena, una santa, que muy *alueguito* se encariño con los cuates, en particular con la niña que a sus pocos años, era muy vivilla. Al cuate le dijo que era el hombre de la casa, pero que eso no lo liberaba de ayudar y a mí me dejó la responsabilidad de la casa; me encontré con otra Filomena que en paz descanse. Yo no sabía por qué el mayordomo nos mandó con tanta confianza a esa casa. Lo supe hasta el día que llegó y que sin pedir permiso entró, *como Juan por su casa*, así dice el refrán y abrazó a doña Belén y después le preguntó que si como nos portábamos y al tener la respuesta de ique muy bien! me dijo.. .

-Juanita, ella es mi madrina, pero primero fue mi tía, es hermana de mi *apá*, a ella nomás me dejó. . .me dejó. . . mi Dios.- No pudo reprimir unas lágrimas y terminamos llorando todos.

. . .En esa casa le salió el bigote a Pancho y a la Lupe le crecieron las chichis y aunque haciéndole la lucha, no llegaba a los quince años cuando ya tenía el cuerpecito bien formado. Lo de su edad, lo digo no porque le llevara la cuenta, sino porque doña Belén le hizo números y a cada rato le decía: -Dos años más y a festejar los quince años de la muchachita de Culiacán-.

. . . Pero. . .otra vez el pero. . . -como dice el dicho, *uno pone, Dios dispone y llega el diablo y todo lo descompone*- no se pudo cumplir el buen deseo de doña Belén y la ilusión de la niña. Cuando faltaban unos meses, no sé cuántos, llegó una persona con la noticia de que Pedro, el mayordomo, tenía dos meses de que había desaparecido. -Yo bien sabía-, dijo doña, -que no era por su gusto el no venir y eso quiere decir-, continuó,

-que en cuanto llegó aquí, le pasó lo que le pasó- y como lo buscábamos por todos lados, volvió a tomar la palabra el que *traiba* la noticia, *pos'* el dueño del campo ya lo da por muerto- . . . A mí se me quedó la palabra en la boca, ya que no me animé a hacer la pregunta *que si no habían visto chopilotes por el rumbo de la marisma*, pero mejor me quedé callada. Doña Belén duró lo que dura el novenario, ya que al día siguiente amaneció muerta. Hacía falta dinero *pa'* pagar el entierro y ¿de dónde echar mano?. A la mejor estás pensando en el paquete, *pos'* si, allí estaba y era algo así como cincuenta pesos, cuándo se iba a imaginar el mayordomo *pa'* lo que serviría el dinero que me regaló y. . . otra vez nos dejaban solos las gentes que nos querían y otra vez la misma pregunta, ¿y *ora pa' onde* jalamos?. Lo bueno fue que el dueño de la casa, por cierto de buen comportamiento, cuando llegó me dijo: No le estoy cobrando, pero *pa'* que sepa, se deben dos meses de renta, pero entiendo por lo que está pasando, pueden quedarse mientras que encuentran donde vivir.

. . . Como los muchachos y yo vivíamos atendidos a doña Belén, nunca se preocuparon por enseñarse en un oficio y como nos dábamos por bien pagados con el amparo que nos daban, llegamos o mejor dicho yo llegué a perderle importancia al dinero. Así que *ora* teníamos el resultado y no quedaba *di'otra*, al otro día muy de mañana, dejé dormidos a los muchachos, no les quise despertar porque *pa'* ellos todavía era de madrugada. Así que me fui a recorrer el pueblo y sin querer, cuando menos esperaba, me encontré con una hilera de casitas pegadas una tras otra; miré a una mujer muy pintarrajeada, me acordé de las plebes que se quedaron en Mazatlán y por estar recordando, no me daba cuenta de que me preguntaban: ¿Qué se le ofrece?

Y así sin pensarlo le contesté, trabajo. Aquella mujer se me quedó viendo un buen rato y al fin me dijo: -Pero tía, no se te hace que tú ya no estás *pa'* estos trotes?- Con todo y lo mensa que soy, entendí de lo que se trataba la respuesta y empecé a caminar como la perra que se comió el jabón, es decir, con la cola entre las patas. Ya iba lejecitos, cuando oí, -pist, pist, oye, ven-, era la mujer que me hablaba para decirme: -Perdóname, no te quise ofender, pero si quieres trabajar, aquí tienes trabajo, si tú quieres. Yo les hablo a las muchachas y les digo que tú puedes lavar la ropa, porque me imagino que sabes lavar-.

. . . Ya tenía trabajo y los primeros días, parecía loca con el *tambiachi* al hombro, cruzando por todo el pueblo, pero no fue sólo eso lo que me obligó a buscar casa, sino que quería desocuparle su casa al hombre, que tan bien se había portado. Sólo el que no busca no halla. *Aluego* me topé con una casita que estaba por el rumbo donde están las tamboras, no estaba lejos del trabajo, bueno, adonde recogía y llevaba la ropa. También tenía cerca el panteón donde estaba *mi'ja*, aunque lo último de nada me sirvió, ya que un día me fui sola, pero qué ganaba, no se leer y no di con la sepultura de *mi'ja*. Eso por un lado y por otro, no podía convidar a los plebes, que *pretesto* les ponía, ellos no sabían nada. De chicos no les dije nada, por lo que tú quieras y *ora* de grandes, qué ganaba, ¡Nada!. Así que la dejé de ese tamaño, aunque te digo, el recuerdo sigue aquí, dentro, muy dentro, allí está y nada ni nadie lo puede borrar.

-*Ai* la llevábamos, Pancho seguía de flojo, no le daba por buscar trabajo y lo peor, es que le dio por la tomada y yo la muy alcahueta, no nomás le daba dinero, sino que llegó el día en que por sus exigencias también se la

compraba y se la llevaba hasta *onde* estaba acostado. Yo creo que no sólo era alcahueta, sino pendeja y tú, ¿Cómo la miras?. En cuanto a la Lupe, también le compraba sus cosas, vestidos y todo lo que una mujer joven y bonita, porque era bonita la condenada muchacha, necesita. Me *estrañó* que hacía mucho tiempo no me pedía dinero y tampoco me pedía que le trajera algo. Eso sí me di cuenta que se ponía ropa nueva, zapatos y otras cosas que yo no le compraba y todavía más, miraba que los vestidos que usaba eran muy *curritos*, muy entallados y le figuraban el cuerpo tal como si no trajera nada encima. A ella no le pregunté nada, pero a Pancho sí. -¡Oye Pancho! ¿Ya viste a tu hermana cómo se viste? y no es con lo que le compro, fíjate, tiene muchos zapatos y casi no se la lleva en la casa y cuando le pregunto que si porque no viene en toda la noche, me contesta que está en la casa de su amiga, esa que a veces viene y se queda algunas noches y pues se lo creo, como su amiga también se queda aquí, pues no es nada malo que ella se quede a dormir en su casa-. . .

-Mira *ma'*, me gritó Pancho, no te hagas la que no sabes. ¡La Lupe anda de puta! Tú no la miras en el *bule* a donde vas, porque ellas es puta de ricos, de esos que tienen pa' pagar el hotel-. . .

. . . ¡Dios mío!-, grité, -¿Porqué me pasan todas estas cosas a mí?-. . . No te voy a contar con moños lo que pasó aquel día, pero si que me revolqué de dolor y amargura, también qué no me pasó en la noche la acusación que me hacía Pancho, se repetía lo del Tambor, en el sentido de que yo tenía qué saber a lo que se dedicaba la Lupe, así que por mi ignorancia yo era culpable; allá por no conocer el mar, aquí por lo de la Lupe. ¿Qué me quedaba?, ¿Correrla? No, ¿Gritarle maldiciones?

Tampoco, lo que hacía era rogarle a Dios que no saliera panzona, para que no echara al mundo hijos que no iba a poder atender-. Primero fueron unos días en que no sabíamos nada de ella, después semanas que se volvieron meses y luego años, muchos años. No sé por qué, pero yo sentí su ausencia después del año cumplido de no verla, ya que antes, yo me hacía tonta porque no era otra cosa y lo digo porque me ilusionaba que cualquier chico rato llegaría. Y entonces sí, me sentí sola porque. . .con Pancho no contaba, a él le llegó el amor y un día se fue al burdel y le llamó la atención una de las muchachas. Yo si le creo que no sabía que cobraban maquila, porque mi Pancho nunca había sabido lo que era tener una mujer ¿me entiendes?. . .y cuando terminó el trabajo la dama, pues le exigió la paga y el Pancho le dijo. . .

-¿Cuál paga?, ¿Qué no es por amor?.

-¡Qué amor ni que tu chin. . .o pagas o te mando al bote!. No hubo lucha y cuando lo llevaban los polis, les gritaba. . .

-No sean desgraciadas, yo soy hijo de la mujer que les lava y plancha.

. . .Por eso lo supe, porque al llegar a la mañana siguiente, la primera que me encontró, me dijo:

-Oye Juanita, creo que tu hijo está en el bote. . .

. . .y me contó lo que sucedió y pues no me quedó *di'otra*, más que buscar a la muchacha *pa'* rogarle que fuera a perdonar al Pancho y que yo le pagaría con planchadas. Así lo hizo y después le quedó la fama al Pancho de padrote, ya que decían que las usaba, a las mujeres, les pegaba y no les pagaba y todavía lo sacaban del bote. No es cierto, ya que Pancho nunca volvió y como luego dicen, ni por la feria. No creas que se me olvidaba la Lupe. Eso sí, volvió después de los cinco

años, ¿Quieres saber por qué lo digo? Fíjate bien, lo poco que sé contar, lo hago con los dedos de una mano. Estiró la zurda y dijo: -Uno-, y me lo enganchó con el mismo dedo de la mano derecha y así me la llevó hasta que los enganchó todos, hasta que son cinco -y como quiero seguir, pero como desaparto las manos y es allí donde pierdo la cuenta y me queda la flojera por volver a empezar, porque voy donde mismo. Por eso te digo, que la Lupe volvió después de cinco años y hubieras visto el teatrillo que hizo cuando llegó. Te lo cuento con pelos y señales. . Precisamente esa mañana me quedé un rato más en la casa, ya que a Pancho se le puso que aparte de dejarle hecho el desayuno, también le dejara la comida, porque *pa'* él, era mucha batalla cocinar... Bueno, en eso estaba, cuando oí que un carro se paraba en el mero enfrente de mi casa y como no esperaba a nadie, ni me mortificó saber de quién se trataba. Al ratito se oyó un ivete a la chingada! y un momento después entró una mujer que la mera *verda'* *pa'* mi era una desconocida y me espetó casi en la cara. . .

-¿Qué, no me conoce?

. . . ¡Ahi si, si, por la voz me di cuenta que era mi Lupe y me fui con los brazos abiertos *pa'* abrazarla, pero ella me esquivó y lo que hizo, fue dejar en el suelo, un niño que *traiba* en el brazo y una mochila en la otra. Después entró una niña caminando agarrada de la pared.

-¡Esto no ha cambiado nada!. ¡Todo sigue igual! Y al mantenido de Pancho lo encuentro acostado donde lo dejé. . .Se acercó a la cama de Pancho, lo arrempujó, se acostó y al minuto estaba roncando-

. . .Como yo no podía fallar al trabajo, me fui y como por cosa del diablo, ese día hubo más trapos que lavar y *ai* tienes que llegué ya oscurito. Al entrar, que miro

acurrucados a los dos niños y a Pancho borracho como de costumbre, pero también a la Lupe y con un señor cigarro en la boca; a las muchachas les pedí permiso *pa'* no ir ese día, *pa'tender* o mejor dicho, *pa'* platicar con la Lupe, esperanzada a que me dijera el por qué de su lejanía, *pa'* decirle que me perdonara si yo tenía la culpa, que me dijera en qué o por qué le fallé. Ya por la madrugada me despertó el llantito del niño. ¡Pobres criaturas!, Los acurruqué conmigo y esperé a que *allanara*, *pa'* hacerles de comer. Tragaron como desesperados, estaban tan *chamagosos* que daban lástima; los bañé y al buscar su ropa, me encuentro con la novedad de que no tenían y rapidito me puse a lavarles la que les quité, mientras, que anduvieran peladitos, pero eso de que anduvieran, nomás es por un decir, porque la niña apenas daba paso y el *mocosío*, pues no salía de la dieta todavía. Ya que le lavé la ropa, me puse a secarla con la plancha y a *chantárselas* de nuevo.

. . . Como nunca lo hacía, me sorprendió Pancho cuando se levantó, porque se levantó muy risueño y me puso el brazo en mi hombro, diciéndome: -¿Cómo amaneció la mamá más buena del mundo?- -Y ora tú, qué te *trais--*, le dije medio mosquiada. -Nada-, me contestó, -lo que digo es que usted tiene suerte este día, ya que la Lupe me dijo *anochi* que *ora* ella va a poner la tomadera. . .pero hay un problemita. . .no tiene dinero y me dijo que si le podía prestar *pa'l* rato-. -Ya sabía que tus arrumacos me costarían caro y como quería llevar la fiesta en paz, le di el dinero. . .

-*Pérese* un tantito-, me dijo Pancho, -aquí falta, porque la Lupe quiere botella, dice que *anochi* tomó cerveza porque no había más y acuérdese de que ella le va a pagar el dinero-.

. . . Al medio día llegó una de las muchachas, *de'sas* que les decían *vedette*, con un vestido *pa'* que le subiera la bastilla, *quesque* se le hacía muy largo, ¡cual largo!, si era una zapetita que no le bajaba del ombligo ni una cuarta de mi mano. No se lo dije, nomás lo pensé, *pa'* que quiere el vestido, si en cuanto comienza a bailar se lo quita, pero allá ella. En eso salió la Lupe del cuarto y cuál sería la sorpresa y la alegría de la muchacha cuando la vió, corrió y la abrazó diciéndole:

-Tú aquí, María de los Ángeles, ¿Cuándo saliste del bote?, ¡Qué gusto me da verte! Yo siempre dije que no tenías que pasar encerrada, mientras que tu pinche padrote la gozaba; porque debiste de haber sabido que los piquetes que le diste nomás fueron entre cuero y carne, se los hubieras metido hasta el puño, *pa'* que se muriera, *pa'* lo que te servía a ti-

. . . Sin dejar de hablar, voltió cuando Pancho salía con la botella de vino y se volvió con la Lupe *pa'* decirle: -De plano, tú no tiene lucha, sigues arrastrando con padrotes y ahora éste, te salió fino el cabrón, porque toma botella- *Pa'* ese entonces yo terminé con la costura y se la di y como si fuera eso lo que esperaba, la tomó en sus manos y se dirigió a la puerta a la vez que me decía:

-Apúntemelo- y mirando a la Lupe le dijo: -No lo hagas por ti, sino por tus plebes, que ya tienen bastante con haber nacido en la cárcel-

-No creas nada de lo que oíste-, me dijo la Lupe a manera de aclaración, --esa puta me confunde; ¿te fijaste?, ni mi nombre supo-

. . . A esas alturas ya no me importaba si me daba o no explicaciones, ni tampoco ella quería darlas, porque en cuanto me dijo aquello, se metieron al cuarto ella y Pancho a seguir bebiendo. Cuando regresé al siguiente

día, me encontré a Pancho solo y sin preguntarle nada, me dijo que la Lupe se había ido *pa' no se onde* y en tres o cuatro días volvía.

-¿Volvió?, Volvió madre. También me dijo que él se iba a ir *pa' Empalme-*, nunca supe qué rumbo tenía ese lugar, *quesque pa' engancharse pa'l* otro lado, que allá pagaban con dólares. A como él era, no le creí la hablada, pero la cumplió porque cuando volví, ya no estaban ni él, ni sus cosas. A la Lupe, la he visto desde entonces un ratito nomás y fue cuando llegé con unos cambios *pa'* sus hijos. Cuando se los puso, el niño parecía torero, el pantalón le quedaba a media canilla y la camisa de plano no le entró. El vestido de la niña, le quedó como blusa, no le tapaba nada y como yo le dije: *-Perombre* hija, apenas se puede creer que no sepas lo que tienes y eso fue suficiente *pa'* enojarse y salir echando maldiciones. . .y ya no ha vuelto. Cuando Pancho regresó, *traiba* mujercita con tres chamacos, que *asegún* mis cuentas, no eran hijos de él, pero él me aseguró que sí, no había nada que alegar, además yo no era nadie *pa'* alegar, pero siguió igual, el trabajo lo enrronchaba y *ai* tienes que yo seguía siendo *la burra de las botas*. Después de unos días de su llegada, noté que al *pardiar*, salían Pancho y la mujer y me decían que iban con unos parientes de ella, que me durmiera ya que regresarían tarde. También noté que movían dinero, eso sí, no eran egoístas, porque compartían con mis chamacos, igual que con los de ellos, los motivos cambiaban, que al cine, que a ver las estrellas, que a cenar al centro. Una *nochi*, Pancho tomó de más y se salieron, *asegún* yo porque vi unos bultos en la cama, pero al rato, oí entre dormida y despierta unos ruidos, como pasos de nagual, así rapiditos y oí también el rechinado de la puerta y pensé que sería alguno de

ellos, que iba al servicio, ya que estaba en el fondo del solar. Lo que te cuento, se repitió por muchos días, hasta que una madrugada que me levanté *pa'* hacer todo y poder irme a trabajar, porque no cambió nada en el trabajo de la casa, es cierto que compraban o me daban dinero *pa'* que yo lo hiciera, pero nomás le pegué una *ojiada* a donde dormían y miré un solo bulto, pensé que él o ella se habían ido al servicio, *ai* quedó todo y yo me fui. Como yo tenía que pasar por la cuartería del burdel, *pa'* llegar al lavadero que estaba en el último rincón, que me topo con una mujer que al verme se *jondió pa'los* botes de basura y miré como que se cayó, así lo creí, me acomedí a levantarla creyendo que era una borrachita amanecida, pero cuando vio mis intenciones, solita se *alevantó* sacudiéndose el poco vestido que portaba, pegó un resoplido y le picó *pa'* otro lado. 'No te voy a decir lo que pensé en ese momento, porque no pensé nada, ya lo había pensado mucho tiempo. Cuando de regreso me encontré a Pancho en la casa, cosa rara, ino estaba tomando! Y a las primeras me dice: -Amá, quiero que sepa que mi vieja trabaja. . .trabaja en lo mismo que la Lupe y quiero que sepa también, que sus chamacos no son mis hijos. . .y *pos'* yo sabiendo lo que hacía, me convino y pues me junté con ella-. . .

. . .No me des explicaciones, hijo-, le dije, -las madres no tenemos por qué reprochar o impedir lo que los hijos hacen, menos cuando creen que lo que hacen está bien. . . No se preocupe *mi'jo* que yo no se lo tomo a mal, ándele vaya a dormir-, se lo dije dándole una *palmiada* en la cara. En la *nochi* me acordé de lo que pasó cundo fue la primera vez con una mujer, que fue cuando le pusieron Pancho el padrote. Pasó el tiempo, pero antes te digo que los pleitos de palabra y de manos se repetían muy

seguido. Una mañanita, cuando me disponía a irme al trabajo, vi que aquella mujer entró como alma que lleva el diablo, juntó sus pertenencias, despertó a sus tres chamacos y cuando iba de salida me dijo. . . -a su hijo le salió lo macho, anoche llegó y empezó a cobrar celos, me dio una sarta de chingazos y remató con mi cliente, y también a el lo dejó como a Santo Cristo: Yo ya no lo aguanto más, me voy. . .y si quiere verlo, vaya a verlo a la cárcel-. *Pos'* pobre Pancho, él sabía a lo que le tiraba, *pa'* que se hace *ora*. Eso lo dije *pa'mi* sola, porque la mujer se había ido ya.

. . . Como en las casa en que vivíamos nos la pidieron porque iban a hacer un edificio de apartamentos, tuvimos que buscar otra, y como nos corrieron a todos los vecinos, *pos'* con quién dejaba mi nuevo domicilio, por aquello que llegaron la Lupe o el Pancho. No se cómo tomarlo, si como una jugarreta del destino o una orden del cielo, ya que de tanto ir de una casa a otra, llegué al mismo cuartito que estaba pegado al *pantión*, donde viviera con *mi'ja* Melitona. Digo orden, *pa'que* contarle a mis *ñetos* la historia de *mi'ja*, de quien ellos dependían; le di muchas vueltas y al fin me animé y como los plebes ya estaban cachorritos me entendieron, les platiqué que ellos no eran mis hijos, que yo no los había parido, pues. . que yo no había parido ni a su tío Pancho, ni a su mamá Lupe, que yo nomás tuve una hija y que ella fue la mamá de su tío y de su mamá, que ella murió *pa'* que vinieran sus hijos, que su mamá Lupe se había ido al cielo y que desde allá los miraba. . .y mucho más. . .Me sentí como cuando alguien sale de debajo de un árbol que lo apachurró en la caída. Aquello que me apretaba en el pecho ya no lo sentía, lo que sí sentí fue no habérselo dicho a los cuates cuando estaban en la

edad de estos, tal vez mi vida interior, la que llevo aquí *adentrito*, hubiera sido distinta. En esa casa estábamos cuando nos cayó Pancho con otra mujer, la que tú conoces y los plebitos esos que miras allí. El güerito, tiene la misma cara de Melitón, fíjate hasta donde vino a salir la sangre; Melitona sacó en los ojos y el color a su papá, pero en el carácter nomás no. De esa casa nos vinimos *pa'ca* y lo demás *pos'ya* tú lo sabes, así que no tiene caso que te lo platique. . .Oye, volviendo a lo del carácter y viendo que Manuel quiere ser policía, pero con las mañas, creo que no o a lo mejor eso le ayuda, ja, ja, ja. La otra no le perdió patada a su madre, a la de ella, ja, ja, ja, en todo salió *alebrestada*, con el ojo muy vivo, sabrá Dios en qué va a parar. A veces me pregunto quién es el culpable de que mi familia sean malas reces. Primero le eché la culpa al que embarazó a *mi'ja*, ipero, no!, la Melitona por las pruebas que dió, llevaba el mismo camino, entonces, creo que va mas atrás la sangre, en cuanto a Melitón y a su familia, ¡Ni pensarlo!, yo los conocí como a la palma de mi mano. . .Oye, no seré yo la que *traiba la malura* metida y que tanto *trajineo* no se pudo desarrollar, ja, ja, ja. En cuanto a buscar al culpable de mi *trajineo*, tengo a tres en la lista: Heraclio es el primero, ¿cómo se le fue a ocurrir llegar a mi fiesta?, pero qué iba a hacer él; las alazanas que me regaló Heraclio y la méndiga polla avada, ésa si que fue la culpable, porque si no se hubiera aparecido, Heraclio no *viera* tenido motivo *pa'* insistir en dejarme las alazanas, ya que mi tata lo había convencido de que no era causa *pa'* aceptarlas, pero cuando apareció la polla, Heraclio se agarró de ella, *pa'* salirse con su antojo. . .-

-¿Tú crees que alguien se acuerde de *La Polla de Heraclio*? Alguien por allá en las rancherías que rodeaban

a mi pueblo, ¿Tú lo crees? ¿Se acordará alguien? . . -

-Mire doña Juanita, con su permiso voy a hablar para decirle que usted me ha prohibido terminantemente que la interrumpa, no puedo hablar-.

. . . Déjate de pendejadas y contesta mi pregunta. . . -

-Creo doña Juanita, que *La Polla de Heraclio*, nunca se va a olvidar, porque los que la conocieron a usted, lo más seguro es que ya hayan muerto, a no ser que fueran *talistes* como usted y como la polla está muy ligada a Heraclio y él sigue vivo en la leyenda del pueblo y pues como cuando los ancianos les narran a sus nietos que conocieron al famoso Heraclio Bernal, pues también les cuentan de sus mujeres y al hablar de sus mujeres pues ahí meten a *La Polla*. . . -

. . . Espérate tantito-, interrumpe doña Juanita. -¿De donde sacas que yo fui vieja de Heraclio? . . -

-¡No! si yo no digo que usted fue su mujer, lo dijo la gente y eso usted lo escuchó. . . -

. . . Bueno, una cosa es una cosa y otra cosa es otra, que quede claro-.

-Como le decía doña Juanita, las leyendas se van convirtiendo en verdad; las mentiras, cuando pasan de los padres a los hijos forman una cadena que con el tiempo se va convirtiendo en leyenda. Por eso le digo doña Juanita, que allá por el rumbo de su rancho, *La Polla* sigue viva, vea usted, ¿Cómo lo supo Mr. Charles? ¿Cómo lo supo el maistrito? Pues así como le digo. Pero bueno, si usted me autoriza a que se la cuente a mis nietos, yo lo hago. . . Ahora bien, si llegado el momento pudiera escribir un libro con todo lo que me contó. . . -

. . . Y los agregadillos que tú le pongas. . . -

-Entonces, si uno solo lo lee, la historia de *La Polla de Heraclio*, la conocerán también acá abajo. . . -

. . . ¡Haz lo que quieras! Que al fin y al cabo tú me has brindado más consideraciones que todos los cabrones y cabronas que yo crié o ¿crees que se me olvida el pastel? No, *mi'jito*, eso no se me olvidará nunca, después de aquella fiesta ni se habían acordado de mi día y ¡Tú lo hiciste! Y no te rías, que al rato que me verás llorar. . .y *pa'* que me espero al rato si ya estoy *chillando*-.

Yo aproveché el momento para desgarrar el nudo que tenía en la garganta, el cual se me fue formando mientras ella me hacía partícipe de los sufrimientos vividos durante cien años. Lloramos los dos. . ., los cuatro, porque los hijos de Pancho, al ver llorar a *su mamá Juanita*, también lo hicieron. . .

**SU ÚLTIMA ESCAPADA.
COMO SIEMPRE, SIN DESPEDIRSE
DE NADIE.**

2 de Noviembre de 1973

Con un ramo de gladiolas, entre las cuales se dejaba ver un par de claveles rojos: uno rojo, con un rojo púrpura, mientras que el otro era de color matizado; el color de éstos contrastan con lo blanco, amarillo y lila de aquellas. Atada al ramo una tarjeta de imprenta donde se dejaba ver una yuxtaposición de una carita morena tocada por un par de trenzas, que descansaba en el cuerpo de una polla; al pie de ésta, se leía: “¡Felicidades!”, además con la viva esperanza de encontrar a doña Juanita, llegué ante la puerta de aquella casa, donde escuché de viva voz una historia que ese día cumplía ciento un años de haberse iniciado. No se cuánto tiempo transcurrió entre el momento en que llegué y me decidí a tocar, lo cierto es que durante ese lapso pasó por mi mente todo lo que había sucedido: desde que terminó el relato y mi salida al estilo de doña Juanita.No habían pasado cuarenta y ocho horas de haber declarado doña Juanita, que ya no tenía nada de que hablar de sus andancias por la vida, por los caminos del señor.

Por fortuna, si me es valedera la expresión, siempre

transcribía lo más pronto que me fuera posible lo que se había grabado, por una sencilla razón, isólo tenía un carrete!, y esto sirvió para cumplir la palabra dada, para poder publicar llegado el momento; de lo contrario, un vejete con carácter agrio y destemplado lo hubiera echado a perder. El día que para mí fue el último, ya que perdí el título de huésped de aquella honorable casa, llegó un individuo, que por fortuna y otra vez me valga, hecho una fiera buscándome con pistola en mano, quesque para matarme. Así me lo dijo la vecina de enfrente, porque yo era *un hijo de la. . .* y de paso, un mala paga. Ambos conceptos muy justificados: El primero, por burlarme, según él, al no corresponder a los sentimientos amorios de una mujer entrada en años y en carnes, que no desaprovechaba el momento y ocasión para manifestármelos y que precisamente compartía con nosotros la misma casa, pero lo peor para mí, es que era hija de aquel hombre.

-¿Oye, Chenchó!-, me dijo un día doña Juanita, -tú sufres porque quieres, digo porque lo que se mira no se pregunta; qué te cuesta, una firmita y ya estuvo, te conviertes en el dueño de la casa y de coleada me bajas la renta, ja, ja, ja. Mira, en los años quién se fija y por lo gordita, pues te ahorras la cobija en tiempo de frío, ja, ja, ja, iándole! si no es ora ¿cuándo?-. El segundo concepto era de mayor razón: No tenía dinero, cierto, pero también eran pinchadas del viejo, fijarse por diez meses que me había atrasado con el pago de la renta. Como no me encontró, consideró que estaba en todo su derecho de confiscar mis pertenencias, como abono por la deuda de la renta y lo otro, pues se arreglaría cuando me encontrara en buen terreno. Entre los objetos, iba la grabadora y el primer tomo del capital de Carlos Marx,

que me habían prestado en la biblioteca de la Escuela de Economía. A mi regreso y antes de que lograra introducir la llave en la cerradura, sentí un tirón por el hombro a la vez que escuchaba un grito de miedo que me hizo buscar su origen.

-¿Qué estás haciendo aquí? ¡Vete!, que ahí adentro está el viejo ese y te quiere matar; Ya le contó su hija que tú te ríes de ella y parece que le puso cola, porque el viejo anda que no lo calienta ni el sol del mes de mayo. Yo, que no sabía de la magnitud del problema, le dije que no había motivo por tanto argüiende, pero estaba muy equivocado, porque siguiendo la mirada de terror de mi vecina, a quien estaba a punto de salirse sus ojos de las cuencas, me encontré con la figura de mi buscador, el individuo que empuñaba una pistola que por el hoyo que se le miraba, más parecía el del cañón que está en la plazuela Álvaro Obregón. Parafraseando a doña Juanita con el ¿Qué hago Dios mío?, porque sentía un lastre que me inmovilizaba y mientras mi potencial matador me daba los motivos de su proceder, vi que la tercera en discordia se echaba encima materialmente del vengador de su honor, mientras me gritaba: -¡Vete! ¡Vete!- y como yo no hacía el intento de iniciar mi huida, que me vuelve a gritar: -¡Que te vayas!, te digo, aunque seas un desgraciado, no quiero que te maten, ¡Vete!- y antes de que se conjugara el odio que sin motivo me tenía ella y el coraje del viejo, puse toda la esperanza de mi salvación en mis piernas, sin despedirme de nadie y sin voltear para atrás me perdí por las calles citadinas.

Recordando aquel pasaje de mi vida, toqué una vez y inada! Y al mucho insistir y cuando tenía las esperanzas perdidas y me disponía a retirarme, se abrió, mejor dicho se medio abrió la puerta por donde asomaba

Cresencio Montoya Cortés

un rostro de muy mala catadura, apreciación que se confirmó cuando aquella persona me preguntó: -¿A quién busca?- Y sin darme oportunidad de responderle, volvió a gritarme: -¡Váyase a la chingada!-, cerrando la puerta. . . Volví la cara al escuchar una voz que me preguntaba:

-Chencho, dichosos los ojos que te miran-, esto me lo dijo la ex-vecina de enfrente, -¿a qué vienes a buscar? ¿a doña Juanita? ¿verdad?, mira, aquí tengo anotada la nueva dirección, me la dejó la nieta, por si se ofrecía y mira que sí-.

Le agradecí su atención y me fui en búsqueda de mi objetivo, no estaba lejos, nomás pasando la loma rumbo a Sanalona. Llegué y toque y me contestaron que no vivía allí, pero que me darían su nuevo domicilio. Por fin llegué a una casa, si se le puede llamar casa, de lámina de cartón; sus medidas no pasaban de un cuatro por cuatro, al fondo se miraba una sombra que servía de lavadero y pegado un *tucurucho* que usaban como baño y servicio. Inmerso en los recuerdos, me sorprendió la voz de una joven mujer que me preguntaba: - ¿A quien busca?

-A doña Juanita-, le contesté enseguida

-¿Es su familiar? -, me volvió a interpelar,

- Si, soy su familiar. . .

-¿Y hasta ahora llega?-, esto lo dijo con un tono de reproche.

- Si, hasta ahora llego. . . le constesté.

-Pues llega muy tarde-, remató, -porque ella, hace casi el mes de que murió-.

-¿Murió?, ¿y cómo fue eso?-, le pregunté, ya una vez repuesto de la impresión

-¡Ay oiga!, pues en la peor de las miserias y deje usted

eso, abandonada, nomás con lo poco que le pudimos echar la mano. . . ¡Pobre doñita!-

-Mire-, le dije, -en realidad yo fui-. . . y le conté cómo y donde había conocido a doña Juanita, entonces miré que aquella expresión de yo acuso, se tornó más amable. -Oiga y Pancho y los demás, ¿dónde están?. . .

-Aquí no llegó ningún Pancho que yo sepa, venían con doña Juanita, un Manuel y una muchacha que nunca supimos como se llamaba, porque doñita, siempre que le hablaba le decía *mi'jita*. . .-

-Y ¿dónde están ellos?-

-Pues la muchacha desde que llegó, se fue con el marido de mi prima y ya no ha vuelto; desde que llegó andaba de *birrionda* y *calienta-lonchis* y el Manuel, pues ese está en el panteón. .

-Y eso ¿cómo sucedió?

-Primero lo agarraron por una muerte que le achacaron y se lo llevaron *pa'* la grande y hará cosa de un mes y medio que salió retratado en el periódico y decía que en un enfrentamiento entre los mismo internos, resultó muerto, no sé cómo lo supo doña Juanita, porque nosotros se lo ocultamos, pero ella tuvo que saberlo, porque desde ese día, ya no quiso comer y a puro llorar se la llevaba. Cuando cayó de veras enferma, le avisamos a la Cruz Roja y que más al rato, que ya mañana, pero nunca vinieron. La última noche pasamos cuidándola y en la madrugada que nos vinimos todavía resollaba, pero al ir muy de mañana ya la encontramos fría, ya se había muerto. Llamamos a la policía, vinieron y nos preguntaron en fea forma y por poco nos llevan detenidos. Preguntaron su nombre completo y pues les dijimos que sólo la conocíamos como doña Juanita y su apellido que nomás no. . .

-¿Su apellido?, era cierto, cuál era su apellido, nunca lo mencionó y yo nunca se lo pregunté.

-Y se la llevaron. Aparte de su recuerdo, nos quedó una cuentecita en la botica, sesenta o sesenta y cinco pesos.

Cierto fue que no lo tomé como un cobro, no obstante y en aras de la amistad sincera que doña Juanita me brindó y como un acto de desagravio a su memoria, puse esos pesos en manos de aquella buena mujer que veló los últimos días de ella, de *Doña Juanita, La polla de Heraclio, La Zorra*.

-Al abordar el camión que me llevaría al centro, me llamó la atención una joven señora, cuando me dijo. ¿onomástico o cumpleaños de su mamá?, porque para nadie más puede ser ese ramo tan bonito.

-Si-. le contesté, -para mi madre-, y hasta entonces me percaté de que aún conservaba el ramillete que yo mismo escogí: gladiolas y claveles pidiéndoles que las colocaran tal y como estaban, porque eran para mi madre; para *Mi ma'* Juanita.

-Acudí a los lugares donde podían darme información y lo único que logré saber, fue que una mujer con el alias de *Juanita*, como de noventa años, casi cientouno me dije a mí mismo, había muerto el día doce de octubre del año que corre, por *inanición*. Que su cadáver en estado de rigidez, fue encontrado por una vecina que se negó a proporcionar sus generales; que el C. Agente del Ministerio Público adscrito. . .al ser declarado, manifestó: *que el levantamiento del cuerpo, se llevó a cabo con la presencia de la ya citada vecina, la cual declaró que la occisa vivía en el total abandono de los que según ella, eran sus familiares...*

Aquel merolico oficioso siguió hablando, pero el

dolor que laceraba mi pecho, mi corazón, mi todo, me impidió que siguiera oyendo. Con un *Gracias* y un *Con permiso*, salí de aquel lugar, repitiéndome, fue inhumada en la fosa común. . . fue inhumada en. . . Una banca de la plazuela Obregón se atravesó en mi camino me sirvió para reforzar mis pensamientos y tranquilizar mis sentimientos, en tanto que mi mirada, mecánicamente se topaba con una *rascalería* que se llamaba Las Paraguas o las sombrillas que al final vienen sirviendo *pa'* lo mismo, pero ni su nombre ni el movimiento de clientes y empleados me llamaba la atención; no, más bien, era el lugar donde se ubicaba. Me imaginé que allí pudo ser el lugar de reunión de las carretas que llevaron a doña Juanita a los campos tomateros, allá donde ella vivió la época más feliz de su vida y no es que me lo hubiera dicho, no, sino que al relatarme ese pasaje, afloró en su rostro una tenue sonrisa en sus labios y se vislumbró en sus ojos el remanso de su mirada. Un pétalo de gladiola blanca se desprendió y el viento, que aún era de noviembre pero que parecía del invierno, lo arrastró sin dificultad, llevándolo a escasos dos metros hacia mi lado izquierdo, lado cora diría doña Juanita; lo observé por algunos instantes y al levantar la vista me encontré con la escalinata que lleva al atrio de Catedral, la única iglesia que había en Culiacán, según doña Juanita; me dirigí hacia ella por la puerta lateral y cuando me encontraba en el umbral, se originó en el *yo* que llevo dentro una lucha cuya causa la motivó la decisión de entrar o no a la iglesia: Algo me decía *si entras traicionas el recuerdo de ella, isi, de ella! a quien se le negó el acceso a ese lugar* y mientras que el otro *yo* me invitaba a que entrara y llegara hasta el altar. Opté por lo segundo pero no pude llegar al pie del altar, porque me lo impidió una monja, *pingüinita* para

doña Juanita, quien me pidió con mucha amabilidad el ramo, preguntándome que si a quien se lo ofrecía. Estar en aquel lugar me provocó una sensación de tranquilidad, como si mi kilaje pesara menos, como si se me hubiese caído una venda que me impedía ver, mirar. ¡Qué irónicas!, murmuré para mis adentros, son las normas que rigen el hacer religioso, normas prohibitivas, que en lugar de acercar, alejan a los que caen en el pecado y recordé también que a ella nunca le fue permitido adorar a su Diosito, como lo decía, en su nicho; primero porque la prohibición fue dicha con todas sus letras por un ministro del señor: Tú no puedes entrar a la casa de Dios, porque vives en pecado. ¿Tenía acaso la culpa de que nadie la hubiera encausado por el camino que lleva al reencuentro con Dios? Ni siquiera esas monjitas que se le atravesaron en su vida, ¿Tenía acaso la culpa de no haber sido bautizada en tiempo y forma? , más en forma que tiempo. Ironías, porque mientras a ella le negaban el bálsamo de la reconciliación con el dador de la vida, a mi se me permitió la entrada a lugar donde ¡ÉÉ!, si, ¡ÉÉ!, a quien yo le niego la existencia, tiene su morada aquí en la tierra. Posé mi mirada en unos nichos en donde descansan unos ángeles, pero instintivamente la regresé, porque creí ver el rostro de ella que me decía: *Ya estoy con él, a su lado, en su reino; ya bebí de sus manos el cáliz de la vida eterna. . . con un grito que logré reprimir, dije: Es su voz, pero no es ella la que habla.....*

De mi estado de tranquilidad, pasé al desasosiego, a la incomodidad y repetidamente cerré y abrí los ojos y sin que me importara que me vieran, me pellizcaba y lo volvía a hacer y en ese trance estaba, cuando la misma monja se me acercó y me dijo: *Hermano, ¡está operando en ti la presencia de Dios Nuestro Señor!*. Como si esperara a

oír aquello, me incorporé para salir y al hacerlo, me di cuenta de que había estado hincado, ¿cuánto tiempo? No lo supe. Salí y mis pasos se encaminaron hacia el edificio donde *Ma'Juanita* estuvo presa, acusada impunemente por una Sierva del Señor. Martilló de nuevo en mi cerebro la palabra *ironía*, que desapareció para que tomaran forma las últimas palabras, aquellas que dije cuando salí del ministerio público: *Fue inhumada en la fosa común*. La asociación de las palabras me sirvieron para hacer una reflexión a propósito. No fue suficiente el valor que representaban, convertidas a dinero legal, *las cinco alazanas de oro*, para cubrir el costo de un ataúd y una sepultura para que *La polla de Heraclio*, descansara como vivió, prácticamente ¡Sola! Sí, como ella decía: *Solita y mi alma*,

. . .Que *La polla de Heraclio* y todos aquellos que ella tanto quiso y que le dieron dolor y le causaron lágrimas al adelantársele en el viaje sin retorno, descansen en paz...

Que así sea.

INDICE

La polla de Heraclio	1
De quinceañera a cenañera	9
¿Dónde quedaron las alazanas?	15
Melitón	27
Vivir en el pecado	51
Por los campos tomateros... Y cortando panocha	95
Su última escapada. Como siempre, sin despedirse de nadie	135

La polla de Heraclio
se imprimió en Creativos7editorial
durante el mes de Julio de 2009.

El tiro consta de un mil ejemplares más sobrantes
para reposición.

Culiacán Rosales, Sin,
Julio 2009